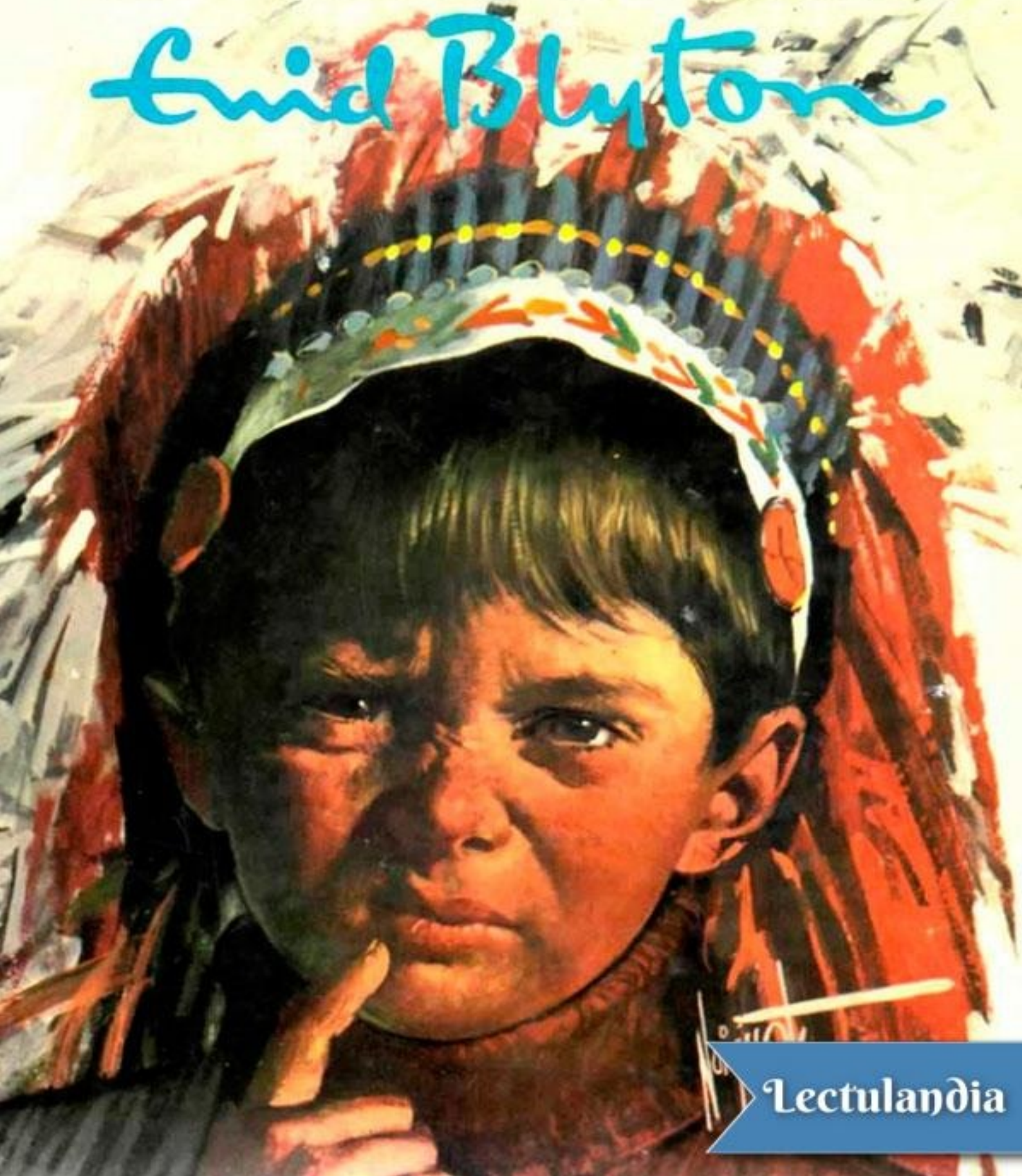


# MISTERIO EN LA CASA VECINA

*Enid Blyton*



Lectulandia

Algo extraño está sucediendo en la casa vecina. Robin, Betty y Lucy tendrán que descubrir el misterio enfrentándose a una peligrosa banda de delincuentes.

**Lectulandia**

Enid Blyton

# **Misterio en la casa vecina**

ePub r1.0

Titivillus 27.07.15

Título original: *The boy next door*  
Enid Blyton, 1944  
Traducción: Ramón Margalef Llambrich  
Ilustraciones: Alfred E. Bestall

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

MISTERIO  
EN LA  
CASA  
VECINA

*Erid Blyton*

*Erid  
Blyton*

SERIE AVENTURA

51

**MISTERIO  
EN LA  
CASA VECINA**



# MISTERIO EN LA CASA VECINA

BY  
ENID BLYTON

*Illustrated by*  
A. E. BESTALL



## El chico de la casa de al lado

Era aquel un día de los últimos del mes de julio. Betty no acertaba a estarse quieta.

—Robin vuelve a casa desde el internado —decía a todo el mundo—. Y hoy llega mi prima Lucy para quedarse. Tenemos dos visitantes en el mismo día. Por fin, después de estar tanto tiempo sola, voy a poder divertirme un poco.

Betty llevaba, desde luego, una vida muy solitaria. Su hermano Robin se ausentaba, camino del internado, en cuanto comenzaba el curso. Por no haber ninguna escuela por las cercanías, Betty estudiaba en su casa, dándole clase la institutriz, *miss Thomas*. Los padres de la niña habían fijado su residencia en un lugar aislado, una región muy bella, rodeada de ríos y de altas colinas. La única casa de las proximidades era la gemela de la ocupada por Betty y los suyos, no habitada.

En fin... Betty iba a disfrutar de la compañía de su prima Lucy y de la de su hermano. Sería maravilloso tener aquellos dos compañeros de juegos.

—Robin tiene once años, Lucy diez y yo nueve... Toda una escala. Mi hermano se alegrará mucho cuando vea a Lucy aquí.

Esta última, fue la primera en llegar y lo hizo en coche. No estaba mucho más desarrollada que Betty, pero era completamente distinta. Betty era rubia y de ojos azules, al igual que Robin. Lucy, en cambio, era muy morena, llevaba los cabellos muy cortos, que eran rizados, y tenía unos ojos muy oscuros. Betty salió corriendo a su encuentro.

—¡Lucy! ¡Qué contenta estoy con que hayas venido! Robin no está aquí aún, pero no tardará en llegar. ¡Mamá! ¿Puedo llevar a Lucy a mi habitación? ¡Lucy! Vamos a compartir mi dormitorio.

—¡Betty, Betty! ¿Quieres hacer el favor de dejarme que vea siquiera a tu prima? —contestó la madre, riendo—. ¿Has hecho todo el viaje sola, Lucy? ¡Qué crecida estás!

—Bueno... Sola, sola no he venido —respondió Lucy volviéndose hacia el coche—. ¡Oh, tía Jane! Espero que no te importe. Tenía que traerme a «Sandy»...

—Pero, ¿quién es «Sandy»? —inquirió la madre de Betty extrañada.

—Aquí lo tenéis —dijo Lucy. En aquel instante saltó del coche un diminuto «Foxterrier» de pelaje castaño y blanco, un cachorro—. Tía Jane: se metió en el vagón del ferrocarril al subir yo, introduciéndose luego debajo del asiento, cuando nadie miraba hacia nosotros. Una vez el tren en marcha, ¿cómo iba a obligarle a regresar? ¿Te importará tenerlo aquí? Es buenísimo. No necesita perrera. Por la noche podría dormir en mi cama.

—Me parece que no es esa, precisamente, la idea que más podría gustarme. Bueno, como ya está aquí, lo menos que podemos hacer es darle la bienvenida. ¿Te gustaría que te diese un hueso, «Sandy»?

—¡Guauu! —Ladró «Sandy» cortésmente.

Estaba llevando a cabo una demostración de buenos modales.

—Espero que no tengáis gatos —dijo Lucy al entrar en la casa con su prima—. «Sandy» es implacable con ellos. Por lo visto está convencido de que existen solamente para que él les dé caza.

—Tenemos a «Tiger» —respondió Betty—. Pero aún no ha aparecido por aquí ningún perro que le dé caza. Es demasiado feroz nuestra gata. Tiene un pelaje rojizo, a rayas. Me inclino a pensar que será ella quien haga correr a «Sandy». Subamos al piso, Lucy. Tengo ganas de que me des cuenta de las últimas noticias. Espero que Robin no tarde en llegar. Se alegrará mucho de verte.

Pero la verdad es que Robin no dio la impresión de hallarse muy complacido al encontrarla en su casa. Habiendo llegado poco después que ella, la saludó correctamente. Betty observó que estaba bastante de encontrarse satisfecho. Le siguió hasta su dormitorio, adonde se dirigió el chico para desembalar sus cosas.

—¿No te es simpática Lucy, Robin? ¿No te alegras de estar nuevamente en casa conmigo? Robin: Lucy ha traído un perro llamado «Sandy».

—¡Oh! Estoy muy contento de volver a casa —respondió Robin aflojando la correa de una maleta—. Pero las vacaciones me van a resultar un tanto aburridas. Me veré obligado a jugar solamente con Lucy y contigo. No esperaréis que ande todo el día de un lado para otro con vuestras muñecas, ¿verdad?

—¡Robin! ¡No digas tonterías! Tú sabes muy bien que nunca juego con las muñecas cuando tú estás en casa. Me gusta subirme a los árboles y otras cosas por el estilo. Yo pensé que te gustaría tener durante las vacaciones dos compañeras de juego en lugar de una.

—Bueno, es una lástima que una de vosotras no sea chico —opinó Robin poniendo el contenido de la maleta en el suelo—. Después de todo me paso el curso entre muchachos. Por eso la perspectiva de pasarme las vacaciones jugando con vosotros no me seducía. Por ejemplo, ¿quién de las dos es capaz de jugar al béisbol?





—¡Yo! —contestó Betty, irritada—. Eso lo sabes tú muy bien, Robin. Y apuesto lo que quieras que a Lucy le pasa lo mismo. ¡Oh, mira! ¡Aquí tienes a «Sandy»!

«Sandy» entró en el cuarto corriendo, moviendo incansablemente el rabo. En seguida se dirigió hacia Robin y apoyando las patas delanteras en sus rodillas comenzó a lamerle las manos y el rostro con su sonrosada lengüecita.

—¡Guauu! ¡Guauu!

«Sandy» no paraba de agitar frenéticamente su menudo rabo.

—No creo que Lucy le deje salir contigo a pasear por ahí quedándonos nosotras en casa —dijo Betty, tan dolida que de repente Robin se echó a reír.

Extendiendo un brazo obligó a Betty a acomodarse a su lado.

—Este año me siento ya como si fuera un chico mayor —explicó Robin a su hermana—. He pasado a otra clase superior. Mis compañeros piensan igual que yo. ¡Es que hemos dejado de ser los chiquillos del colegio! ¡Vamos, Betty, ánimo! Al fin y al cabo los tres juntos nos divertiremos de lo lindo... Pero, claro, me gustaría que hubiese aquí otro muchacho de mi edad, con el que poder jugar todos los días.

Betty contó a su madre cuanto Robin le había dicho.

—Se cree ya muy crecido para verse acompañado de chicas —comentó gravemente—. Naturalmente, Lucy y yo estamos tan a gusto porque nos hacemos compañía mutuamente. A Robin le veríamos más contento si hubiera aquí otro chico. ¿No tenemos ningún primo a quien pedirle que venga a pasar una temporada en casa, mamá?

—No —repuso la madre, riendo al observar la seriedad con que su hija le había hecho aquella pregunta—. No te preocupes por lo que diga Robin. En cuanto se haya ambientado de nuevo os pediré que le acompañéis en sus paseos o excursiones en bote. De todos modos... Es posible que este año venga a vivir aquí un muchacho, en la casa vecina.

—¡Mamá! ¡Pero si esa casa está vacía! —dijo Betty—. Nadie ha vivido en ella desde hace mucho tiempo...

—He oído contar que una familia se ha quedado con la finca y piensa pasar en esa vivienda todo el verano. Tú ya sabes que la casa se encuentra amueblada. Los últimos que la habitaron dejaron su mobiliario en ella. Por lo que he averiguado estimo muy seguro que Robin se encuentre por fin con un compañero de juegos. ¡Y hasta pudiera ser que fuesen varios!

Se trataba de una noticia verdaderamente trascendental. Los tres, Robin, Betty y Lucy, esperaron con ansiedad la llegada de la nueva familia. Ésta se produjo a los dos o tres días. Ahora bien, como los desconocidos se presentaron de noche, fue difícil descubrir el número de miembros que componían aquella.

Robin notó su aparición por verdadera casualidad. Se hallaba acostado cuando oyó el rumor de un motor en la carretera. Se levantó para ver si el coche se detenía ante la puerta de la casa vecina. Así fue. El automóvil le pareció grande, de lujo. De él salieron tres o cuatro personas. Esto pudo ver Robin desde su ventana.

Asomándose a ésta podía distinguirse un tramo del camino en forma de curva que moría ante la puerta de aquella vivienda. Una de las figuras que advirtiera se le antojó que era de escasa estatura...

«¡Esperemos que sea un chico!», se dijo Robin al volver a tenderse en el lecho. «Mañana nos enteraremos. Tal vez le oigamos dar gritos por los alrededores. Es posible también que vaya al poblado a comprar algo o a hacer cualquier recado».

Pero el chico, si es que de un chico se trataba, no apareció por ninguna parte. Betty, Lucy y Robin se mantuvieron a la expectativa a lo largo del siguiente día, sin resultado. Varios vendedores callejeros del poblado cercano entregaron paquetes de mercancías en la casa. El chófer se puso a lavar el coche frente a la puerta del garaje. Seguían sin ver al muchacho.

—Debes haberte equivocado —señaló Lucy a Robin—. Mira... Por ahí viene el hombre de la tienda de comestibles. Preguntémosle a él.

Esto fue lo que hicieron, en efecto.

—Creo que hay un niño en la casa —respondió el interrogado—. Tuve que coger algunas cosas y me parece recordar que vi un chico. Bueno. Pronto podréis comprobar si estoy o no estoy equivocado.

Pero no había manera de ver a aquel chico...

—¡Qué raro! —exclamó Robin—. ¿Qué estará haciendo ahí solo, metido en la casa? No sale nunca a dar un paseo. Nunca le hemos oído dar voces por el jardín. Subámonos a cualquier árbol. Quizás descubramos su paradero. Junto a nuestro jardín hay un enorme castaño, cuyas ramas quedan cerca de los patios de la casa vecina. Nos podrán servir de observatorio.

Los tres treparon por el tronco del gran castaño. Robin subió el primero, para que las chicas vieran dónde tenían que ir poniendo los pies. Betty se las arreglaba bastante bien, pero a Lucy le faltaba práctica. Le costó minutos y minutos de penosos esfuerzos encaramarse a las alturas. Pero, ¡que estupendo resultaba quedar montada a caballo sobre una de las ramas más altas, contemplando las cosas del jardín de su tía... y las que había en el del vecino!

—No veo nada —dijo Robin.

—Sí... Mira por entre estas ramas, hacia allí —indicó Lucy, de pronto.



Volviéndose hacia donde la chica había señalado, Betty y Robin divisaron la casita. Ante la puerta, sentada en una mecedora, se hallaba una mujer de feroz aspecto, haciendo punto de aguja. Al cabo de un rato aquélla dejó sus moldes, arrellanose en el asiento y bostezó. Se disponía, seguramente, a echar un sueño.

—No veo a ningún chiquillo —manifestó Lucy.

Los tres se quedaron mirando fijamente a la mujer, que ahora dormía tranquilamente. ¡Alguien salía del macizo próximo! ¡Alguien se había puesto a gatas, deslizándose detrás de la mecedora!

—¡Un piel roja! —exclamó Betty, desconcertada—. Fijaos en esas brillantes plumas. ¿Qué se propondrá?

Súbitamente, el piel roja se puso en pie y lanzando un terrible alarido, capaz de desgarrar los oídos, comenzó a describir círculos y más círculos en torno a la mecedora, exactamente igual que un salvaje, perdiéndose después entre la vegetación de las cercanías. La mujer naturalmente, se despertó en el acto. Se le veía muy enfadada.

—¡Kit! No me gusta que me gastes esas bromas. Ya te lo he dicho muchas veces. Ven. Quítate todos esos atributos indígenas. Te ordené que no te los pusieras, porque basta que los uses para que empieces a portarte mal.

Pero Kit continuaba oculto.

La mujer se acercó al macizo y comenzó a hurgar con un bastón por entre los matorrales.

—¡Sal de ahí, Kit! Si no me obedeces se lo contaré todo al señor Barton. Tu tutor te dijo que no hicieses ruido y sabes perfectamente por qué. ¡Dios mío, gritarme de esa manera junto al oído!

El bastón halló por fin al oculto Kit y éste abandonó las espesuras, sonriendo. Llevaba el rostro pintado de una manera muy original. Unas brillantes rayas cruzaban

su faz.

—Lo siento, señorita Taylor —dijo—, pero la verdad es que estoy cansado de vagar por ahí sin tener nada que hacer. Voy a volverme loco durante unos minutos. Después me quitaré todas estas cosas y descansaré.

Y, con gran regocijo por parte de sus secretos admiradores, el chiquillo procedió a volverse completamente loco, danzando en torno a la escandalizada señorita Taylor, blandiendo algo que parecía un hacha, aullando de un modo que daba miedo. Interpretó una especie de baile guerrero, que Betty, Robin y Lucy contemplaron con interés y luego se despojó de su hermoso casco de plumas, inclinándose en una respetuosa reverencia ante *miss* Taylor.

—La función ha terminado —dijo quitándose el traje de indio.

Robin y las dos niñas pudieron apreciar que Kit era un chico bien desarrollado, que contaría los once o doce años de edad. Tenía unos ojos muy vivos, llevaba el cabello muy corto y su faz estaba iluminada continuamente por una amplia sonrisa. Echándose encima del césped, se entregó a la lectura de un libro mientras *miss* Taylor se alejaba de allí murmurando.

—Creo que no tardaremos mucho en conocer a ese chico —manifestó Robin—. ¡Dios mío, qué danza guerrera! Oídme... Kit debe ser americano. Lo digo por la manera de pronunciar, arrastrando las palabras.

—Sea lo que sea —argumentó Betty—, esto significa una cosa: diversión. ¿Cómo podríamos trabar relación con él? ¡Ah, ya sé! Vistámonos con nuestros equipos de pieles rojas. Mañana, sin ir más lejos, podríamos deslizarnos por el borde del macizo. Nos lanzaremos sobre él y le daremos un susto terrible.

—¡De acuerdo! —contestó Robin, iniciando el descenso.

## Los Pieleros Rojos pasan un mal rato

Betty, Lucy y Robin hablaron animadamente acerca de su plan para dar al chico de la casa de al lado un buen susto.

—Va a ser una cosa parecida al sobresalto que propinó a esa mujer de ceñuda mirada —opinó Lucy—. ¿Tendréis por ahí algún traje de piel roja que me venga bien?

—El viejo mío —contestó Robin—. Las últimas Navidades me regalaron otro. En realidad, representando el papel de una muchacha india no debieras llevar un montón de plumas en la cabeza pero, en fin, por una vez da lo mismo.

La madre de Betty y Robin se quedó muy sorprendida al saber que era verdad que había un chico en la casa de al lado.

—Pues yo diría que es un niño muy tranquilo, muy pacífico —manifestó—. ¡Ojalá fuerais vosotros iguales! A veces pienso que lo mismo da vivir aquí que en la jaula de los monos del Parque Zoológico de la ciudad o en la de los papagayos. Comparados con esto, he llegado a pensar en ocasiones que aquéllos son lugares de reposo.

Lucy y los dos hermanos se echaron a reír.

—Yo me alegro de que haya por aquí otro chico —declaró Robin—. Me gustará jugar con él. Al parecer, vamos a divertirnos. Yo diría que tiene mi misma edad, aproximadamente.

Nadie habló de lo que iban a hacer al día siguiente. Robin sacó del fondo de un baúl su traje de piel roja viejo y Lucy se lo probó. Si ella se molestaba en subirse los bajos de los pantalones le quedarían perfectamente. Luego, la chica probó con el casco de plumas.

—¡Es grande para mí! —exclamó—. Parezco más bien un guerrero que una muchacha india. ¡Uf! Estoy deseando que llegue mañana.

Aquel día llegó. Robin trepó a lo alto del castaño para ver por donde andaba su vecino. Al principio no pudo verle... Luego llegó a sus oídos un alegre silbido procedente de la casa. Kit, pensó Robin, debía estar allí. No logró descubrir a la mujer de la severa mirada por ninguna parte.

—¡Estupendo! —exclamó Robin—. Ese chico está ahí, la mujer no, en cambio. Ente es el momento más indicado para lanzarse sobre Kit.

Estas frases las había pronunciado Robin tras haber descendido rápidamente del árbol al que momentos antes se encaramara.

—Vamos —agregó—. Pongámonos ya nuestros trajes.

Así lo hicieron. Cobraron un aspecto impresionante, especialmente después de haberse pintado las caras con manchurriones rojos, amarillos, azules y verdes.

—¿Cómo vamos a entrar en el jardín de la casa de al lado? —quiso saber Betty.

—Nos deslizaremos por entre los arbustos del macizo —contestó Robin—. No nos costará mucho trabajo pese a que aquél es espeso. ¡Adelante!

Se encaminaron al macizo que separa los dos jardines. Entre ambos había unos espacios muy grandes realmente, pues cada uno mediría cinco o seis acres, conteniendo partes de huerta y de prado. Robin intentó localizar un pasillo. Primeramente esto le pareció una empresa horrible porque entre la vegetación abundaban las espinas.

—Vamos a salir de aquí con nuestras ropas destrozadas —señaló Lucy—. ¡Oh! Ya me he hecho un arañazo en la mano. Robin; por aquí no podemos pasar. En serio, es imposible.

Por fin lograron dar con un punto en que había menos vegetación, el cual se acomodaba a sus propósitos. ¡Ya estaban en el jardín de al lado! Allí reinaba el desorden más absoluto. Por todos lados crecían hierbajos y los senderos se perdían bajo capas de musgo y descuidado césped. Había rosales trepadores aquí y allá, con las retorcidas e interminables ramas cargadas de flores. Algunos postes que sostenían aquéllos aparecían doblados. En su camino a la casa Robin y las dos chicas hallaron un arboleda, dentro de la cual se ocultaron.

Tendiéndose en el suelo como si fuesen indios de verdad, empezaron a arrastrarse. Robin y Betty estaban muy enterados en este tipo de trabajos porque hacía años que venían jugando a los pieles rojas. Lucy no estaba tan habituada y sus primos fruncieron el ceño cuando oyeron bajo su cuerpo el característico crujido de una ramita seca al quebrarse.

—¡Sssss! —susurró Robin—. ¿Es que no te has enterado aún de que los pieles rojas cuando avanzan así no hacen el menor ruido, estúpida? Ahora fíjate en esa otra rama... Está tan seca que se quebrará en el acto nada más la toques.

Avanzaban en silencio por el bosquecillo, todo lo más silenciosamente que podían. Reinaba allí la oscuridad y los matorrales casi les cubrían. Un mirlo salió disparado de la copa de un árbol, avisando ruidosamente a los otros pájaros con su canto para que anduviesen con cuidado.

—Separémonos —anunció Robin, siempre en silencio— tú te irás por ahí. Betty se quedará aquí, yo iré en esa dirección. Más adelante cuando yo silbe abandonamos nuestros escondites, cazando a Kit en cuanto aparezca.

Riéndose los tres y manteniéndose en todo momento escondidos entre los matorrales que había más allá del prado se dispusieron a rodear el sendero cubierto de hierbas.



Cuando menos se lo esperaba, Betty recibió un susto de los grandes. La más feroz de las caras había puesto sus ojos en ella al salir de detrás de unos arbustos. Era en su totalidad roja y azul, hallándose rematada por un espléndido casco de plumas. Se trataba de Kit, desde luego. Saltó sobre Betty y antes de que ella pudiera gritar en demanda de auxilio se encontró de pie y con la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

El asaltante se quitó una cuerda que llevaba arrollada a su cintura, con la que ató a Betty al árbol, pese a los gritos de ésta.

—¡Un prisionero! —exclamó el chico con una sonrisa—. Y ahora, ¡a por los otros!

Lucy se sobresaltó mucho al oír el grito de Betty, tendiéndose en el suelo, donde aguardó inmóvil a ver qué pasaba. Pero Robin se dispuso a acudir en auxilio de su hermana, poniéndose en pie y echando a correr hacia donde estaba.

—¡Cuidado, Robin, cuidado! —aulló Betty al divisar a su hermano—. Ese chico se ha subido a un árbol... ¡Por ahí, por ahí!

Pero, ¡ya era demasiado tarde! Cuando Robin levantaba la cabeza, Kit se descolgó de una rama, cayendo encima de aquél. Los dos rodaron por el suelo. Kit era muy fuerte, no necesitando más que unos segundos para montarse sobre su contrincante y atarle los brazos de manera que no pudiese forcejear.

—¡Un segundo prisionero que voy a atar a otro árbol! —dijo Kit, siempre riendo. Se echo hacia atrás las numerosas plumas de su casco, girando la vista en torno a él.

—¡Rápido, Lucy! ¡Acude en seguida! —gritó Robin.

Pero Lucy estaba demasiado asustada para moverse. Kit llevó a Robin hasta un árbol que quedaba junto al de Lucy, amarrándolo de manea que no pudiera escapar.

Robin estaba muy irritado. Forcejeaba continuamente, tratando de soltarse de sus amarras. Pero Kit sabía cuánto había que saber acerca de nudos y lazadas. Betty y Robin podrían estar allí hasta que él quisiera.

Luego le tocó el turno a la pobre de Lucy. Para Kit fue algo muy fácil porque la chica estaba asustada. La ató a un tercer árbol. Después, Kit se situó en medio de ellos, sonriendo, siempre sonriendo.

Ahora una danza guerrera —anunció—. Luego quizás me entretenga utilizándoos como blanco de mis temibles flechas.

Robin y las chicas tuvieron ocasión de verle interpretar por segunda vez la danza india. Kit no paraba de dar vueltas en torno a los árboles, al tiempo que lanzaba verdaderos aullidos. Sus prisioneros lo miraban asombrados, no sin admiración también, debido a que Kit en tales momentos parecía un piel roja auténtico.

—Supongo que lo que os proponíais era entrar sin que me enterara a mi jardín y hacerme prisionero. —Kit se había quedado quieto por fin—. Pero, ¿es que creéis que a Anthony Armstrong se le engaña así como así? Voy a por mí arco para disparar sobre vosotros unas cuantas flechas. ¡Vuelvo en seguida!

Horrorizados vieron que Kit echaba a correr en dirección a la casa. ¿Se atrevería a

hacer lo que había anunciado? Convertirse en blanco de sus disparos no era algo agradable... Lucy empezó a llorar.

Robin tiró con fuerza de la cuerda que Kit le había atado las manos. Si conseguía librarse de las ataduras soltaría acto seguido las de su hermana y Lucy. No logró nada, Kit había apretado los nudos.



Luego oyó un rumor de voces en las inmediaciones de la casa. Al parecer, Kit se había encontrado allí con alguien. Prestó atención. Kit volvía... ¡sin arco y sin flechas!

—¡Eh! —dijo—. El Dragón ha regresado de su paseo. Se pondrá furioso si os ve aquí, en nuestro jardín. Será mejor que os deje en libertad. No... ¡No tengo tiempo! ¡Se acerca a la casa! Escuchadme... Permaneced aquí quietos. Quizá no os vea. Yo me esconderé entre tanto en algún sitio y me acercaré para soltaros a la primera oportunidad.

Kit se perdió entre unos arbustos. En este preciso instante apareció la mujer de la expresión feroz, que llevaba un libro en las manos. Grande fue el desaliento de los jóvenes cuando vieron que aquella cogía su mecedora, acomodándose en ella para leer.

Desde allí la mujer no podía verles, de manera que decidieron seguir las instrucciones de Kit, manteniéndose en silencio e inmóviles. Betty se dijo que el chico había bautizado a aquella señora con el nombre que mejor le cuadraba. En realidad daba la impresión de ser tan feroz como un Dragón.

Después Lucy sintió en la garganta algo extraño. Debía ser una brizna de hierba, cualquier cosa por el estilo. El caso es que le molestaba y no se atrevía a carraspear. Entonces tragó saliva. Peor que peor... Ahora notó aún mejor aquel cuerpecillo. Tragó de nuevo. ¡Ay! Sufrió un acceso de tos que no pudo reprimir. La tos era más bien ronca y la mujer, naturalmente, levantó la vista en dirección al sitio en que se encontraban ellos.



—¿Eres tú, Kit? —preguntó.

No recibió respuesta alguna. La pobre Lucy se esforzaba inútilmente por reprimir su tos. Robin la hubiera pulverizado con sus miradas, de haber podido. Inmediatamente, el Dragón se puso en pie.

En cuanto hubo dejado atrás unos matorrales divisó a los tres atados a los árboles. Se quedó mirándoles en silencio desconcertada, con un gesto de asombro tan cómico en el rostro, que a Betty le dieron ganas de soltar la carcajada. ¡El Dragón no daba crédito a lo que sus ojos estaban contemplando!

Los cuatro guardaban silencio. Robin intentó dar la impresión, que la cosa más natural del mundo era hallarse atado al tronco de un árbol situado en un jardín ajeno...

El temible dragón recuperó la voz.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió—. ¿Cómo os habéis atrevido a entrar en mi jardín sin pedir permiso? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Por qué os habéis atado a estos árboles?

—Somos de la casa de al lado —declaró Robin—. Vinimos para jugar con el chico...

—¿Qué?, —contestó la mujer con unas palabras que dejaron sorprendidos a Robin, Betty y Lucy.

—¿Un chico? ¡Un chico aquí! ¡Si en mi casa no hay ningún chico! Debéis estar locos. Me quejaré a vuestra madre, por haberos portado mal. Aquí no tenéis que venir nunca, para nada. En cuanto a lo de ese niño que suponéis que vive en esta casa, he de deciros que estáis completamente equivocados, quien quiera que os ha hablado de él os ha mentado, aquí no hay ningún chico.

Robin y las dos niñas escucharon este discurso presas de un gran estupor. Robin estaba a punto de afirmar que fue precisamente ese chico cuya existencia negaba la mujer quien les había atado a los árboles del jardín.

Inesperadamente, divisó a Kit a lo lejos, a espaldas del Dragón. Le estaba haciendo señas. Evidentemente Kit no quería que Robin pronunciara una sola palabra más.

Dragón soltó las cuerdas que habían mantenido atados a Robin, Betty y Lucy a los árboles.

—Tomad buena nota de esto ahora: la próxima vez que os vea por aquí no os escaparéis sin una zurra —dijo la feroz mujer—. Y acordaos de que aquí «no hay ningún chico».

Los chicos, asustados, confusos, emprendieron veloz carrera en dirección a su casa.

—Esto es un misterio —declaró Robin solemnemente cuando los tres se vieron a salvo en su jardín—. Un verdadero misterio. ¿Por qué tenía que contarnos la mujer tal historia? Muchachas: hemos de hacer lo posible por averiguar qué hay detrás de ella.

## El comienzo de la aventura

Robin, Betty y Lucy se pusieron a charlar acerca del episodio que acababan que vivir mientras se quitaban sus trajes de pieles rojas.

—Mejor será que no digamos nada a nadie —manifestó Lucy—. Tal vez hayamos procedido mal al introducirnos en el jardín de la casa vecina sin permiso. Hay que reconocer que Kit desplegó una gran habilidad, gracias a ella logró capturarnos. Parece ser que iba a soltarnos hasta que se nos acercó la mujer.

—Me gusta ese chico —dijo Betty—. Desearía que me enseñara a bailar su danza guerrera. Para ensayarla podríamos irnos a la parte más alejada del jardín. A mamá le daría un ataque de nervios si nos oyera dar esos aullidos. ¿Es que vamos a volver a espiar a ese chico? —inquirió—. La verdad es que esto me da un poco de reparo. Si logra sorprendernos la mujer-dragón de nuevo. Y, ¿por qué dijo que en la casa no había ningún chiquillo? Supongo que se imagina que no le hemos visto. ¡Tiene que ser tonta para imaginarse que nos atamos nosotros mismos a los árboles!

—Voto por que mañana llevemos a cabo otra expedición —dijo Robin—. Hoy no puede ser porque hemos de salir con mamá, aparte de que la mujer es posible que se mantenga a la expectativa, por si repetimos la visita. Mañana realizaremos otra intentona de penetración.

—Yo no quiero —replicó Lucy.

—Ni yo —dijo Betty.

—¡Bah! ¡Qué cobardes sois! —exclamó Robin despreciativamente—. Con las chicas siempre ocurre lo mismo. Os echáis atrás en cuanto pasa algo. De acuerdo, ¡iré yo solo!

Antes de salir, al día siguiente, Robin trepó a lo alto del castaño para ver si la mujer-dragón andaba por las inmediaciones. No logró divisar a nadie en el prado. Cuando descendía del árbol se le acercó Lucy que venía corriendo.

—¡Esa mujer acaba de salir! —dijo la chica jadeante—. Yo me había lanzado tras «Sandy», que cruzó la puerta de la entrada, y la vi en el camino. ¿Por qué no te cueles ahora en su jardín y buscas a Kit?

—Sí, eso es lo que voy a hacer —repuso Robin.

Aproximándose al macizo buscó el pasillo que con su prima y su hermana utilizara el día anterior.

Una gran sorpresa le aguardaba. Ahora era imposible pasar al jardín vecino porque alguien había instalado una valla de alambres al otro lado.

—Fíjate —murmuró Robin, profundamente extrañado—. Esto ha debido hacerse ayer, mientras nosotros nos hallábamos con mamá. El avance ya no es posible por culpa de ese enrejado de tela metálica que han puesto, semejante al que se emplea en los cercados de las reses. Hay que ver las molestias que se han tomado. ¡Y todo para impedir que pasemos nosotros!

—Esto me hace pensar que el misterio existe realmente —opinó Lucy, interesada

—. Tampoco podremos saltar esa valla. ¡Es demasiado alta para nosotros! A mi parecer, el chico de la casa de al lado es una especie de prisionero.

Mientras contemplaban pensativos aquel inesperado espectáculo, los tres oyeron un rumor de distantes voces. Una de ellas, era la de Kit. Se percibía también la de un hombre.

—Llamémonos uno a uno —propuso Robin—. Así Kit sabrá que estamos jugando por aquí y quizá venga para hablar con nosotros. No le llaméis... Por una razón u otra la mujer que vive en esta casa desea que ignoremos que ese niño se halla en este lugar. Empezad. Vosotras me llamáis y yo os contestaré.

Así lo hicieron, con el propósito señalado por Robin. Pero a pesar de que estuvieron esperando un rato, Kit no se presentó del otro lado de la valla.

—Volveré a trepar a lo alto del árbol para comprobar si sigue ahí —anunció Robin finalmente.

Una vez arriba miró hacia el jardín. Kit estaba allí, estaba acompañado por un hombre y no de la mujer de la feroz mirada. Por lo que Robin pudo apreciar, el desconocido tenía una cara que no inducía precisamente a la cordialidad y era ya bastante entrado en años. Pensó que estaba dando clase al chico.

Luego, el hombre cerró el libro en el que los dos habían estado leyendo, recostándose en su silla. Robin no oyó sus palabras, pero se imaginó que le decía a Kit que era libre, que ya podía entregarse a sus juegos. Quizá fuera en busca de ellos ahora...

Se equivocaba en sus suposiciones. El desconocido continuó en su sitio y Kit entró en la casa, de la que salió con una pelota en las manos. Empezó a lanzarla hacia arriba y a botarla en el suelo. El hombre inclinó la cabeza, concentrándose en la lectura de su libro.

Kit insistía en su solitario juego. La pelota alcanzaba progresivamente más y más altura. De repente la arrojó con todas sus fuerzas dentro del jardín de la casa vecina.

Aquella pasó por encima del árbol en que se encontraba apostado Robin. Kit sacó inmediatamente otra pelota y reanudó su juego. Después se sentó y utilizando una navajita se entretuvo en afilar una rama de pequeño tamaño, la primera que halló a mano.

—¡Qué extraño! —murmuró Robin.

«Voy a ver si encuentro su pelota», pensó luego, iniciando el descenso. «Es posible que la haya arrojado a nuestro jardín para facilitarnos una excusa. Querrá que vayamos a su casa a devolverla y que preguntemos por él».



El chico refirió a Betty y a Lucy lo que había ocurrido y los tres se dedicaron a la tarea de buscar la pelota. «Sandy» les ayudó también. Agitaba el rabo frenéticamente. Ignoraba qué era lo que ansiaban encontrar sus jóvenes amigos. Confiaba, sin embargo, en que fuera un conejo...

La pelota parecía haberse perdido para siempre. Resultaba una labor cansada aquélla. Escudriñaron en los sitios más improbables. ¡Fue «Sandy», por fin, quien la halló! Lanzó un gruñido y colocó una de sus menudas patas encima de ella para señalarla. En pago a su meritoria acción recibió una interminable serie de caricias. La verdad era que lamentaba mucho que hubiese sido una pelota lo que se había extraviado y no un conejo.

—¡Qué buen perro el pequeño «Sandy»! —exclamó Robin—. ¡Vales lo que cien gatos juntos! En tu lugar, «Tiger» hubiera permanecido tranquilamente sentado, mirándonos.

—¿Crees que nos atreveremos a devolverle la pelota? —inquirió Betty—. ¡Yo, no!

—Yo me haré cargo de ella. No está mal... Pero veo que se ha hecho un desgarrón. Para botarla no servirá ya.

Lucy la cogió. Impulsada por la curiosidad introdujo dos dedos por la abertura. Iba a sacarlos ya cuando sus ojos se dilataron por el efecto del asombro.



—¿Qué pasa? —inquirió Robin.

—Aquí dentro hay algo —repuso Lucy—. Espera... ¡Déjame sacarlo!

Paseó la yema de su dedo índice por el interior de la pelota. Hasta que oyó débilmente el crujido de un papel. Cogiéndolo entre dos dedos, logró sacarlo en seguida.

—¡Está escrito! —exclamó—. ¡Dios mío! ¡Qué procedimiento más ingenioso se le ha ocurrido para enviarnos este mensaje!

—Y todo ha sucedido ante las narices de ese desconocido —señaló Robin—. Creo que Kit es un chico muy inteligente. Me gustaría que figurase entre mis amigos. Dame la nota, Lucy. ¿Qué dice en ella?

El papel estaba doblado. Robin lo desplegó. El escrito era breve. La letra

denotaba una innegable energía en el autor de aquél.

*A mis tres prisioneros:*

*No creáis al Dragón cuando os diga que yo no estoy aquí. Tiene una razón para obrar así. Estoy muy solo y me aburro, por lo cual me agradaría conocerlos. Pero no debéis ser vistos dentro de mi jardín. Han puesto una valla de alambres y enrejados para impedir que volváis a entrar. Ahora bien, no es tan difícil hacer un agujero debajo de la cerca. ¿Qué os parece? Devolvedme la pelota con vuestra respuesta cuando se os presente la ocasión.*

*K.A.A.*

El mensaje no podía ser más emocionante. Los tres se miraron entre sí, intrigados. Ciertamente que existía un misterio y únicamente Kit se hallaba en condiciones de explicarlo. Tenían que penetrar de nuevo en el jardín vecino, valiéndose de un medio u otro. Pero habrían de hacerlo con el máximo cuidado, para que nadie les viera.

Tornaron a leer la nota. Esta vez se les antojó todavía, más interesante.

—Contestaremos el mensaje —dijo Robin—. Y, desde luego, abriremos una zanja debajo de la cerca para poder pasar al otro lado. La idea es estupenda. Pero lo más prudente será que nos situemos en la parte más alejada del jardín. Así atenuaremos el riesgo de que nos pueda ver alguien.

—Lo haremos distribuyendo el trabajo por turnos —dijo Betty—. Nos veremos obligados a montar guardia. ¡Oh! ¡Será divertidísimo! ¡Uf! ¡No quiero pensar en lo que pasaría si al llegar al lado opuesto de la valla nos encontráramos con la mirada del Dragón fija en nosotros! Nada más que de pensarlo me estremezco.

—¿No vamos a contestar la nota de Kit? —preguntó Lucy—. ¿Qué le diremos?

Los tres penetraron en la casa, en busca de papel y lápiz. Fue Robin quien redactó la respuesta.

*A nuestro apresador:*

*Vamos a abrir un hoyo. ¿No podríamos salir de noche? Sería la mejor hora para vernos. Por ejemplo: hoy, a medianoche, junto al cenador, de ser posible. Devuélvenos la pelota con tu respuesta.*

*Robin, Lucy y Betty.*

La pelota volvió al otro jardín. Robin, experto en estos menesteres, fue el autor del disparo. Betty se subió a lo alto del castaño para comprobar si aquella caía en el prado. La chica bajó del árbol aguantándose la risa. Lucy y Robin esperaron a que ésta se le pasara, a ver si les explicaba su actitud.

—¡Oh, Robin! La pelota fue a caer encima, precisamente, del libro que estaba leyendo ese hombre. ¡Qué salto dio!

Después volvió la cabeza, riñendo a Kit por habérsela tirado. Kit cogió la pelota y entró en el cenador con ella.

—Sí que debió ser cómica la escena, Betty —respondió Robin, sonriendo—. Supongo que en estos momentos Kit estará leyendo nuestra nota. Veamos... ¿Cuál será el mejor lugar para hacer esa excavación? ¿Qué os parece si empezáramos ya? ¿Dónde para «Sandy»? No estaría nada mal que nos ayudara rascando el suelo con sus menudas pezuñas.

Los cuatro se perdieron en el fondo del jardín, con sus palas. Bueno, «Sandy» no llevaba ninguna, aunque le hubiera gustado mucho hacer lo que sus amigos. Detrás de éstos, avanzaba con el aire de quien se cree un personaje importante.

Después de examinar el macizo atentamente, Robin y las niñas dieron con el sitio indicado para la excavación que pensaban practicar.

—Entre estos dos grandes espinos —señaló Robin—. Cortaremos las partes más bajas de los mismos para que no nos hagamos ningún araño mientras trabajamos. Aquí nos será posible abrir un hoyo profundo fácilmente porque la tierra es blanda y apenas hay piedras. Me imagino que se llevará algún tiempo practicar una perforación por la que podamos deslizarnos.

—No necesitaremos que aquélla sea muy grande —alegó Betty—. Nos colaremos por el túnel que hagamos arrastrándonos, igual que si fuésemos pieles rojas. ¡Esto va a ser la mar de divertido! Tú, «Sandy», empieza ya a cavar. ¡Aquí mismo, aquí!

«Sandy», obediente, se situó entre los espinos comenzando a dar unos zarpazos tan violentos que parte de la tierra que hizo saltar fue a parar a los rostros de Robin, Lucy y Betty.

—Lucy, tú estarás de guardia —indicó Robin—. Betty: tú y yo iniciaremos el trabajo. Vamos a él. «Sandy»: ¡fuera de aquí ahora! No está nada mal lo que has hecho para empezar.

Los tres trabajaron de firme a fin de ensanchar el agujero y poder utilizarlo aquella noche como pasadizo. ¡Qué aventura estaban viviendo! A medianoche se colarían en el jardín vecino. Estaban ansiando que dieran las doce.

—Voy a pasar un mal rato —confesó Betty—. Pero después de todo, el miedo forma, también, parte de la diversión.

## El hoyo bajo la valla

Los chicos trabajaron con ahínco. Cuando la madre de Robin y Betty llamó a éstos para comer, los tres se hallaban cansados y hambrientos y también bastante sucios.



—¡Santo Dios! ¿Qué demonios habéis estado haciendo? No parece sino que hayáis estado abriendo un pozo para llegar a las antípodas o cualquier otra cosa por el estilo.

—Pues sí... —contestó Betty—. La verdad es que hemos estado cavando.

Lucy y Robin la miraron frunciendo el ceño. ¿Sería Betty tan estúpida que revelara ahora su secreto?

—¿Habré de ir allí donde habéis estado para ver qué es lo que habéis hecho?

Nadie parecía dispuesto a dar facilidades a la madre de Robin para que inspeccionara el trabajo que habían llevado a cabo los tres.

—Es... algo así como un secreto —manifestó Robin.

Su madre era muy comprensiva en estos casos. Hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien. No es necesario que me lo reveléis. Supongo que se tratará de algo verdaderamente agradable para todos.

Hubo tres suspiros de alivio. Robin y las niñas comieron con excelente apetito y luego salieron para proseguir su labor. Charlaban acerca de Kit mientras trabajaban.

—Debe ser muy aburrido vivir en una casa como ésta, en compañía de la mujer-dragón y del desconocido que vimos —manifestó Robin—. Mira que no tener con quién jugar ni reír...

—Y a todo esto la mujer diciéndonos que Kit no se encuentra en casa —señaló Betty—. ¡Vaya unos cuentos que se trae la buena señora!

—¡Seeee! —dijo Lucy repentinamente. Ésta se mantenía atenta a cuanto podía ocurrir por los alrededores, para evitar que les sorprendieran en su tarea—. ¡Hay alguien en la puerta del jardín vecino!

Inmediatamente los tres escondieron sus palas en el matorral, tendiéndose detrás del mismo, manteniéndose quietos. Oyeron los ruidos característicos que produce una persona al andar por entre una espesa masa de vegetación al otro lado de la cerca y luego llegaron a sus oídos unas voces.

—Esto parece una selva en pequeño. Buena cosa es que no sea posible observar la casa desde fuera.

—¿Has dado la vuelta al recinto? —inquirió la mujer-dragón.

Robin intentó ver el rostro de su compañero. Estaba seguro de que era el hombre que había estado en el cenador.

—Sí... Cuando George colocó el enrejado —respondió la otra voz—. Ahora nadie podrá entrar aquí ya, ni ver lo que sucede dentro del jardín.

La mujer-dragón y el hombre estuvieron muy cerca del punto en que los tres habían estado trabajando. «Sandy» gruñó suavemente. Y Lucy le echó mano al collar para obligarle a estarse quieto si hacía falta. Ni Robin ni las chicas pudieron reprimir unos cuantos estremecimientos, temiendo que aquellos dos misteriosos personajes descubriesen lo que habían estado haciendo.

Afortunadamente no ocurrió nada de esto. La pareja pasó no lejos de ellos, sin llegar a ver el hoyo de la cerca. Una vez les hubieron perdido de vista, Robin, Betty y Lucy reanudaron su labor. Ahora le tocó vigilar al chico.

A la hora del té el pasillo había alcanzado las dimensiones precisas.

—Dentro de un rato lo habremos terminado —manifestó Robin—. ¡Dios mío! ¡Y cómo me duele la espalda! ¡Uf! ¡Si casi no puedo ponerme derecho!

—Lo más prudente sería en estos momentos asearnos un poco antes de que vuestra madre nos vea —opinó Lucy, contemplando sus sucios «monos».

En consecuencia se lavaron detenidamente, procediendo a continuación a cepillarse las ropas. Con el té comieron una cantidad tan grande de pastas que la madre de Betty los contempló en silencio y con atención, enormemente sorprendida.

—Cualquiera diría viéndoos comer que habéis estado trabajando como fieras —comentó la buena señora al observar que todos los platos que había puesto sobre la mesa iban quedando sucesivamente vacíos—. Mira, Robin... No puedo creer que te apetezca otro bollo. ¡Si ése debe ser el quinto de los que llevas engullidos!

—¡Te has equivocado, mamá! —respondió Robin—. ¡Es el séptimo!

A las seis el hoyo quedaba terminado. En aquel momento tenía las dimensiones necesarias para que los tres pudieran deslizarse por él hasta el otro lado de la cerca. La trayectoria de aquél venía a ser una línea inclinada que llegaba hasta el pie de la valla, seguida por otra recta y otra más igual que el primer tramo. Esta última parte había sido más difícil de cavar. Había sido preciso que Robin se introdujera en el hoyo boca abajo, por completo, ensanchando éste al tiempo que ganaba terreno.

—Ha llegado el momento —anunció Robin.

Y, uno tras otro, Robin, Betty y Lucy pasaron al jardín de la casa vecina.

La aventura era realmente emocionante. «Sandy» era el que daba muestras de mayor excitación. Al abandonar la zanja su rabo se movía como las aspas de un molino.

—¿No creéis que no estaría de más que tapáramos el hoyo con unos cuantos ramajes? —preguntó Lucy a sus primos—. Podría verlo cualquiera que pasase por



aquí y...

—Sí, eso es lo que vamos a hacer ahora mismo —replicó Robin. Seguidamente se puso a quebrar unas ramas grandes, que comenzó a tender sobre el hoyo—. Cuando emprenda el regreso nos llevaremos estos ramajes para no dejar ninguna huella de nuestro paso por aquí. De eso se encargará el último que se deslice por debajo de la cerca.

«Sandy» se quedó quieto de pronto, empinando las orejas. Su rabo osciló lentamente, subrayando su actitud de atención. Arrugó algo el hocico también. Gruñó sordamente.



—¡Alguien se acerca! —dijo Lucy en un susurro—. Volvámonos.

Ya no disponían de tiempo para eso. El hombre estaba dando una vuelta por el recinto y los chicos divisaron su figura entre unos árboles.

—¡Subamos a este árbol! —susurró Robin, señalando el que tenían más cerca—. ¡Ánimo, Lucy! ¡Yo te ayudaré!

Robin trepó una vez hubo puesto la chica a salvo. Betty se había acomodado ya entre las ramas de otro árbol. El hombre se acercaba. Afortunadamente para ellos, avanzaba muy despacio.

—¿Qué vamos a hacer con «Sandy»? —inquirió Lucy en voz baja—. ¡Mi perrito no es capaz de trepar por el tronco de un árbol! ¡Tiéndete, «Sandy», tiéndete!

¡Pero «Sandy» no quiso obedecerle! Se apostó debajo del árbol en que se encontraba Lucy, mirando a su ama con una expresión de sorpresa inquietante.

—¡Nos van a descubrir por culpa de él! —dijo Lucy.

Pero tan pronto como el hombre se situó a su alcance, «Sandy» abandonó aquel sitio para arrojarse sobre él, gruñendo fieramente, enseñándole los dientes. El desconocido se detuvo, atónito.

—¡Vaya! Conque has conseguido entrar aquí, ¿eh? —exclamó dirigiéndose al perro—. No sabía que la cerca tenía una tronera. Seguramente te cogió aquí dentro cuando ayer cercamos el terreno. Bien... ¡Fuera! Y basta de gruñidos si no quieres que te dé un poco de jarabe de látigo.

Esta última palabra no pareció gustarle mucho a «Sandy». Su rabo se abatió. El animal dejó que el hombre le sujetara por el collar. Al poco, «Sandy» cruzaba el jardín, siendo encaminado hacia la casa.

—Va a abrirle la puerta que da al exterior —dijo Lucy en voz baja a Robin—. ¡Uf! ¡Menos mal!

—Vale más que permanezcamos aquí un rato, por si a ese hombre se le ocurre volver inmediatamente —sugirió Robin.

Esperaron, pues, en silencio. Confiaban en que en el instante menos pensado verían a Kit. Pero éste continuaba sin dar señales de vida.

Después oyeron un suave rumor de pasos. Un cuerpecillo se deslizaba vertiginosamente entre los árboles.

—¡Es «Sandy»! —exclamó Lucy, ahogando una risita—. El hombre le echó fuera, sí. Pero, sin duda, se ha apresurado a volver a nuestro jardín, procediendo a localizar luego el hoyo para reunirse de nuevo con nosotros. ¿Verdad que es muy inteligente? Confío en que el hombre no tornará a dejarse ver por aquí. ¡Le extrañaría mucho volver a descubrir a «Sandy» en el mismo sitio!

—Lo más prudente será que bajes de este árbol y te vayas a nuestro jardín con «Sandy» —dijo Robin—. Podrías echar un vistazo fuera, avisándonos con un silbido cuando veas que no es preciso que Betty y yo sigamos aquí.

Lucy hizo lo que Robin acababa de indicarle. «Sandy», encantado, no paraba de lamerle los tobillos. La chica se tumbó boca abajo e, igual que lo hubiera hecho un piel roja, se deslizó por la zanja, pasando al lado opuesto. Aquellas andanzas perjudicaban bastante a las ropas. Lucy se dijo que la próxima vez se pondría las más viejas que tuviese.

Se puso en pie, avanzando a lo largo de la valla cautelosamente para comprobar si en el jardín vecino había alguien. Todo parecía estar en orden. Entonces silbó. Robin y Betty se apresuraron a abandonar sus árboles, deslizándose por el pasadizo. Robin, que marchaba en segundo lugar, tapó con todo cuidado el hoyo con unas cuantas ramas. Así no había peligro de que nadie le descubriese.

—La aventura es emocionante, ¿verdad, chicas? —Preguntó a Betty y a Lucy mientras procuraba cepillarse parte de la tierra que impregnaba su chaqueta y sus pantalones a fuerza de golpes—. Creo que nos hemos ensuciado mucho. Supongo que mamá querrá que le demos más detalles acerca de nuestro secreto si continuamos presentándonos ante ella de esta traza. Habremos de procurarnos ropas más a propósito para hacer de topos.



Su madre, desde luego, no los acogió con mucha satisfacción cuando se presentaron ante ella para cenar. Y eso que se habían aseado un poco. Tan pronto los vio les dijo que se metieran en el cuarto de baño.

—Esos juegos con la tierra tienen que terminarse. Os ponéis perdidos cada vez que salís.

—De acuerdo, mamá, haremos lo que tú dices —le prometió Robin.

Cenaron con un apetito excelente. Estaban tan cansados, por efecto de los incidentes de la jornada, que en la sobremesa comenzaron a bostezar los tres.

—No debéis tardar ni un minuto en acostaros —dijo la madre de Betty—. Estáis agotados. Lucy: estás más blanca que la cera.

Esta noche, por vez primera, los chicos no se negaron a irse a la cama tan temprano.

—Hemos de estar despiertos al filo de la medianoche, de manera que no nos vendrá mal ahora dormir un poco —dijo Robin a sus compañeros de aventura cuando estuvieron solos.

—¿Quién se encargará de despertarnos? —quiso saber Lucy.

—Yo tengo un despertador —contestó su primo—. Pondré la campanilla para que suene a las doce menos cuarto y luego os llamaré a vosotros. Bueno, ¡a la cama ahora! De veras que me encuentro muy cansado.

Los tres se tendieron en sus respectivos lechos y no habían acabado de acomodarse en los mismos cuando se quedaron dormidos. En sus sueños vieron innumerables túneles, pasadizos misteriosos y zanjas de todas clases, así como niños desaparecidos y mujeres-dragón que miraban frunciendo siempre el ceño.

Por último, bajo la almohada de Robin empezó a sonar la campanilla de su despertador. Había puesto el pequeño reloj allí por temor a que su madre pudiera oírlo sonar a aquella hora, cosa que habría ocurrido, sin duda, de haberlo dejado encima de

la mesita de noche. El chico experimentó un gran sobresalto e introdujo la mano debajo de la almohada para parar el mecanismo de alarma.

Seguidamente se levantó para despertar a las niñas. Éstas, muy emocionadas, se quedaron sentadas en sus camas.

—Poneros esas ropas usadas que preparamos después de la cena —susurró Robin—. ¡Daros prisa! Falta un cuarto de hora para las doce.



A los cinco minutos del aviso dado por Robin éste se deslizaba fuera de la casa con todo género de precauciones, llevando a sus espaldas a Betty, Lucy y «Sandy». La linterna de Robin iluminaba el camino. Avanzaban en la impresionante oscuridad del jardín, rumbo a la abertura que practicaron bajo la valla. ¡Santo Dios! ¡Y qué emocionante resultaba aquello!

## En la zanja a Medianoche

Robin, Betty y Lucy pasaron al otro jardín, deslizándose una vez más por la zanja que abrieron bajo la cerca, «Sandy» les acompañaba. Estaba excitado como sus jóvenes amigos. ¿No podría ser aquello una especie de caza del conejo a la luz de la luna?

Dos grandes y brillantes ojos verdes reveló la luz de la linterna. Lucy dio un gritito de terror. «Sandy» se quedó inmóvil. Luego aulló alegremente, lanzándose hacia delante. Los ojos se perdieron instantáneamente y se oyó el rumor de algo vertiginoso que trepaba por un árbol.

—Era «Tiger» —replicó Betty, aliviada—. ¡Hay que ver qué efecto tan extraño producen sus ojos en la oscuridad! Lucy: cuídate de «Sandy» antes de que empiece a ladrar.

«Sandy» fue apartado del árbol al cual «Tiger» se había encaramado. Los ojos de éste brillaban de nuevo en las sombras. El reducido grupo echó a andar. Betty no podía evitar cierto cosquilleo en las rodillas. ¡Era una aventura demasiado impresionante aquélla!

Al llegar al agujero Robin había enfocado la entrada con su linterna.

—Tú primero, Betty —le dijo a su hermana—. Lucy te seguirá. Luego iré yo, con la linterna. Me quedaré aquí un momento. Así veréis claramente el camino.

«Sandy», sobre los talones de Lucy, Betty y Robin, movía el rabo entusiasmado. El foco de la linterna de Robin se paseó por los espesos matorrales del jardín de Kit.

—Espero que no llegará a ver nadie esta luz —susurró—. Casi la tapo con los dedos. Cojámonos de las manos y caminemos en fila india.

Caminaban con cierta dificultad por culpa de los hierbajos que hallaban al paso. Por último llegaron a la zona arbolada que rodeaba el prado.

—¿Hacia dónde queda el cenador? —preguntó Robin—. ¡Oh! ¿Qué es eso?

Divisaron a lo lejos un destello rojo. Después éste desapareció. Luego volvieron a verlo...

—Esa luz es de una linterna que alguien enciende y apaga —explicó Robin a las chicas—. ¿Será Kit? En este momento nos hallamos en el prado. Sujetaros bien de las manos que vamos a avanzar a oscuras, en dirección a la luz.

Así llegaron hasta una masa de incierto perfil. Era el cenador. Dentro de éste vieron brillar nuevamente la luz roja. Luego ésta se desvaneció.

—¡Kit! ¿Eres tú? —inquirió Robin en voz baja.

—¡Sí! Sois puntuales. Acaban de dar las doce.

Kit y sus amigos acortaron la distancia ya escasa que les separaba. «Sandy» iba de unas piernas a otras. Su rabo no paraba un instante...

—¿Estamos seguros aquí? —quiso saber Robin, tanteando para ver de hallar el asiento que corría por la pared interior del cenador—. ¿Qué es eso? ¿Una linterna?

—Sí —respondió Kit, encendiendo de nuevo aquélla—. Pensé que sería una buena guía para vosotros. Aquí no hay novedad, de momento. Oí a mi tutor, roncando

en su cama.

En cuanto al Dragón, creo que no se dará cuenta de que he salido porque puse bajo las ropas de mi lecho una almohada. Si se asoma al cuarto que ocupó no observará nada extraño.

—Tuviste una idea excelente Kit, al enviarnos el mensaje por medio de la pelota —dijo Lucy—. Hemos cavado una zanja debajo de la cerca, tal como nos indicaste.

—¡Estupendo! Me imaginé que seríais capaces de hacerlo. Estoy contento de que viváis en la casa de al lado. Quizá tenga ocasión de divertirme de vez en cuando ahora.

—Oye, Kit: ¿por qué nos dijo el Dragón que aquí dentro no había ningún chico? —inquirió Robin, curioso—. ¿Por qué mintió?

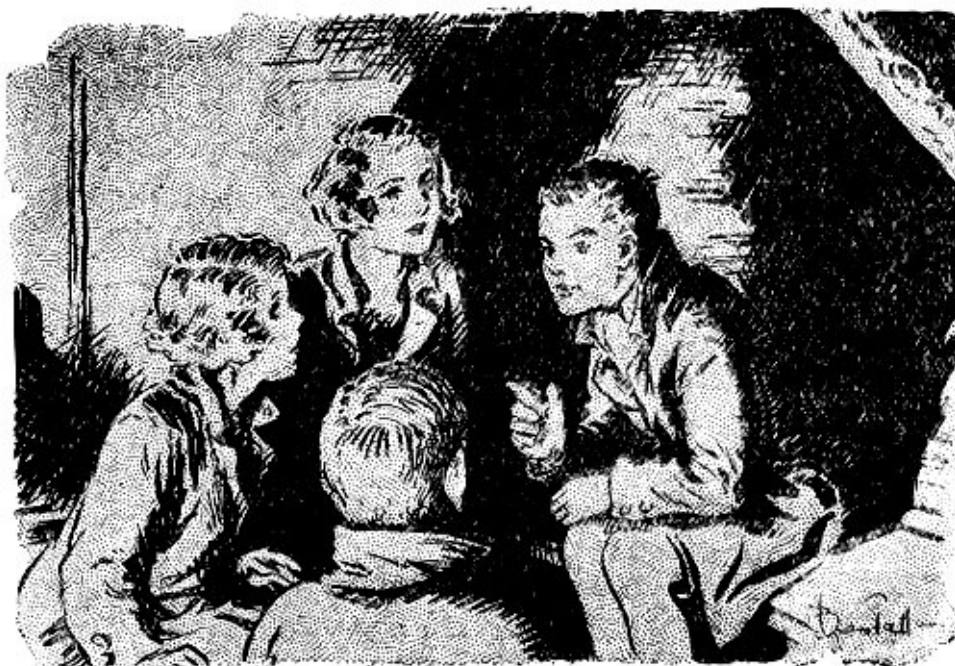
—Pues... Hay una razón que explica sus palabras —repuso Kit—. ¿Me prometéis no decírselo a nadie si os la digo?

—Desde luego —respondieron los tres a un tiempo.

—Puedes confiar en nosotros —añadió luego Robin.

«Sandy» lamió la pierna de Kit. Con ello quería dar a entender a éste que también era de confianza.

—¡Está bien, os lo diré! —manifestó Kit solemnemente. El chico encendió su linterna de nuevo y su faz brilló extrañamente bajo la tenue luz roja—. Alguien quiere atentar contra mi vida.



Por espacio de un minuto, casi, todos guardaron silencio. Aquella frase sonó de un modo raro en los oídos de Robin, Betty y Lucy.

—¿Qué quieres decir, Kit? —preguntó Robin.

—Verás... Yo soy americano y tengo mucho, muchísimo dinero. Mi padre heredó de mi abuelo una enorme fortuna, la cual heredaré a mi vez cuando el primero

desapareció, se dijo que en un accidente de aviación.

—¡Oh! ¿Pereció tu padre al estrellarse el avión en que viajaba? —inquirió Robin, compadecido de Kit.

—El avión se incendió. No se salvó nadie de los que en él iban. Se sabía que mi padre viajaba en aquél, de manera que supongo que perdió la vida al caer la aeronave y prendérsele fuego. Sea como sea... yo heredé su fortuna.

—Bueno, pero no me explico... ¿Quién va querer atentar contra tu vida porque seas rico? —preguntó Betty, confusa.

—¡Ah! Ya veréis... Si yo muriera mi dinero pasaría a ser de un odioso tío mío. Se trata de un hombre al que no he visto jamás. Ya intentó secuestrarme en dos ocasiones. Me imagino que no tendría muchas oportunidades de escapar con vida si consigue echarme mano...

Jamás habían oído contar nada tan extraordinario. A Robin, Betty y Lucy les parecía estar viviendo un sueño. Las palabras de Kit les habían sugerido un mundo fantástico poblado de tíos perversos que se lanzaban a la caza de sobrinos indefensos y de enormes riquezas. Contemplaron ensimismados el rostro de Kit, bañado por la luz carmesí de la linterna.

—¡Oh! ¿Es ésa la causa de que vivas aquí, escondido? —quiso saber Lucy—. Porque esto viene a ser un escondite, ¿no? Entonces, ¿es que el Dragón está encargada de cuidar de ti? ¿También tu tutor? ¿Qué es un tutor?

—Un profesor —explicó Kit—. Ellos encontraron esta casa solitaria en una zona tan desolada... Lo siento. Sé muy bien que es bonita, con sus ríos y colinas, pero la verdad es que resulta fastidiosa para un chico como yo, acostumbrado a vivir siempre en la ciudad... Bueno, el caso es que hallaron esta casa, que procedieron a alquilar para esconderme en ella hasta que consigan localizar a mi endiablado tío y puedan desbaratar sus manejos. Logramos burlar su persecución saliendo de América.

—¡Dalo por descontado! —repuso Kit—. Pero no os preocupéis. Yo no tengo miedo. Lo único que me inspira temor es él aburrimiento y la soledad. Supongo que si el Dragón llega a enterarse de que en vuestra casa ibais a reuniros vosotros tres no hubiera pensado ni por un momento en venir aquí. Pero, claro, se enteró de que en vuestra casa no había más que una niña y...

—Es que habitualmente no hay más que una niña, efectivamente —manifestó Betty—. La niña soy yo. Pero en las vacaciones Robin llega procedente del internado y este año Lucy decidió pasar aquí unas semanas.

—Pues ya juntos, los cuatro nos vamos a divertir de lo lindo. ¿Os gustaría aprender mi danza guerrera? Me la enseñó un piel roja auténtico. Y mi traje de indio es auténtico también y no como el vuestro.

Kit daba la impresión de hallarse muy animado. Era un amigo maravilloso... Especialmente desde el punto de vista de Robin.

—Estas vacaciones Robin estaba enfadado porque sólo disponía de dos chicas con quien jugar —dijo Betty—. Ahora tendrá en ti a un compañero. Pero tanto Lucy

como yo esperamos que nos dejéis participar en vuestros juegos.

—¡No faltaba más! —declaró Kit—. No tengo ninguna hermana y siempre me ilusionó tenerla. Podéis jugar conmigo cada vez que queráis. ¡Ya veréis cómo nos divertimos!

—¿Es mala la mujer-dragón? —preguntó Betty—. ¿Quién es ella en realidad, Kit?

—¡Oh, no es mala, ni mucho menos! —declaró Kit—. Mi tutor, el señor Barton, la trajo para que me vigilara y cuidase de que nadie se me acercara o me descubriese aquí... Se me ha prohibido que abandone este jardín y también que me deje ver por los alrededores. Cuando la obedezco en todo ella se porta bien. Ahora, os diré con entera sinceridad que si me negase a hacer lo que me ordena sería capaz de coger un bastón y darme unos cuantos palos.

—No me sorprendería nada eso —manifestó Betty—. Ya se ve por su aspecto que no le costaría mucho trabajo hacer tal cosa. Espero que no nos descubra.

—¿Crees de veras, Kit, que estás a salvo aquí? —inquirió Lucy ansiosamente—. Sería terrible que tu tío te descubriera e intentase secuestrarte...

—¿Cómo va a poder enterarse? —respondió Kit—. De todos modos, como ya os he dicho, yo no tengo miedo. Bueno, espero que no divulgaréis mi secreto, ¿eh? Quiero que seamos amigos.

—Ayer, cuando nos ataste a los árboles, ¡qué buen susto nos diste! —dijo Lucy riendo—. Luego pensamos en vengarnos propinándote a ti otro.

—Lo sé —contestó Kit entre risas—. Bien. Hagamos planes para ahora. Digo yo: ¿por qué no utilizar por mi parte la zanja de la verja de vez en cuando? Así pasaría a vuestro jardín. Para mí esto no supondría ningún riesgo, siempre que me mantuviese en un sitio dentro del cual ningún extraño pudiera reconocerme.

—Si procedes así, ¿por qué no has de acompañarnos en nuestras excursiones por el río cuando se te antoje? —propuso Robin, con mucho interés—. Conocemos un camino secreto. No correrás ningún peligro. Poseemos una pequeña embarcación. Ya lo verás: nos divertiremos. Algunos días nos llevaremos la comida a una pequeña isla que hemos descubierto, para acabar bañándonos allí. ¿Te gustan o no estos planes?

—¿Cómo no van a gustarme? —repuso Kit. Sus ojos en estos instantes brillaron bajo la luz de la linterna—. Sin embargo, para llevar a cabo eso habré de hallar la manera de burlar la vigilancia del Dragón. Una excursión de esa clase podría hacerla uno de esos días en que ella sale, después de dejarme convenientemente encerrado. Vale más que ella se haya acostumbrado a este lugar, y que se mueva por él con desenvoltura. Lo que sí podréis hacer vosotros, entretanto, es venir a verme. En lo alto de la casa hay una espaciosa buhardilla que el señor Barton me ha cedido para mis juegos. Podríamos acomodarnos allí. Yo cerraría la puerta con llave y nadie nos molestaría.

—Sí, sí —se apresuró a contestar Robin—. En los terrenos de la casa podemos entregarnos a los juegos más variados, debido a la enorme vegetación existente en sus



alrededores. Se trata de una zona maravillosa para un piel roja.

—Bueno, escuchadme... Volveréis aquí mañana —señaló Kit—. Después de la comida, ¿eh? El Dragón echa casi siempre un sueño entonces. Quizá tengamos ocasión de jugar un buen rato si nos alejamos algo de la casa. Traeros el perro. Me gusta el animalito.

—Conforme —manifestó Robin—. ¡Lo vamos a pasar estupendamente, con toda seguridad, Kit! En esta aventura no hay más que secretos y emociones. Espero que ese tío tuyo no llegue jamás a saber dónde estás. ¡Qué fastidio si tuvieras que marcharte y esconderte en otro sitio, ahora que no hemos hecho más que establecer contacto contigo!

—Entonces volveremos mañana —dijo Lucy—. Y traeremos nuestros trajes de pieles rojas, para que nos enseñes tu danza guerrera.

—Ahora deberíamos irnos ya —sugirió Robin, poniéndose en pie—. Hasta mañana, Kit. No encenderé mi linterna hasta llegar al borde del prado. Buenas noches, Kit.

—Buenas noches. Y muchas gracias por haber venido. Mañana os esperaré al fondo de nuestro recinto. ¡Adiós! —dijo Kit, arrastrando las palabras, con su característica entonación.

Robin y las dos chicas abandonaron el cenador seguidos por «Sandy». Notaban aquéllos su cálido aliento en los tobillos. Gracias a la linterna de Robin no tardaron en dar con la zanja. Uno tras otro, se deslizaron por ésta, encaminándose luego a la casa.

—Buenas noches —susurró Robin dirigiéndose a sus acompañantes—. Y, recordadlo bien, ¡ni una palabra a nadie de cuanto habéis oído!

—Desde luego. Puedes estar tranquilo, Robin —contestaron los chicos. Los tres tardaron sólo unos minutos en acostarse.

—¡Esto va a ser emocionante de veras, Lucy! —exclamó Betty. No sabía ésta ciertamente hasta qué punto...



## Una escalada emocionante

Al día siguiente los chicos prepararon sus trajes de pieles rojas para trasladarse al jardín de la casa vecina y jugar con Kit.

—Tengo ganas de aprender esa bonita danza guerrera —dijo Lucy—. Oye, Robin... ¿No nos estropearíamos los trajes cuando pasemos por la zanja?

—Pues... sí —contestó Robin—. Y es una lástima. Veamos... ¿Qué podríamos hacer para evitarlo?

—Eso se arregla en seguida —alegó Betty—. Los pondremos en una bolsa ataremos una cuerda a ésta y tiraremos de ella.

—¡Qué inteligente es mi hermana! —exclamó Robin.

Betty se sintió muy complacida al oír sus palabras. Se marchó inmediatamente en busca de la bolsa. Al poco regresaba con un saco de pequeño tamaño que había encontrado en el cobertizo del jardín.

Sus trajes de pieles rojas no tardaron mucho en ser introducidos en el saco. Luego, vestidos con sus ropas más usadas, echaron a andar por el jardín.

La madre de Robin y Betty gritó, a sus espaldas.

—¡Por favor, no volváis a jugar con la tierra!

—No, mamá. Ya hemos terminado con eso —replicó Robin.

—¡Coged algunos frutos para coméroslos a las once! ¡Id al ciruelo, por ejemplo!

Robin, Betty y Lucy hicieron lo que se les había indicado. Llenaron sus bolsillos de ciruelas maduras. Por supuesto, habían pensado en Kit también.

«Sandy» se marchó con ellos. Se mostraba tan nervioso como siempre. Estuvo buscando a «Tiger», con el propósito de darle caza, pero no vio a su adversario natural por ningún sitio. ¡Le daba igual! Tal vez aquella mañana descubriera algún conejo. «Sandy» no pensaba más que en entregarse a la caza de los conejos, lo mismo si correteaba por las colinas, que si andaba por el jardín o por las ajetreadas calles de la ciudad.

Llegaron a la zanja. Continuaba oculta bajo los ramajes.

—¡Magnífico! —exclamó Robin—. Adelante. Tú primero, Betty. Después tú, Lucy.

Unos minutos más tarde los tres se iban incorporando cautelosamente al otro lado de la cerca, haciendo saltar mediante furiosos restregones la tierra que impregnaba sus ropas. Escucharon atentamente un rato para ver si percibían rumores de pasos. Sólo oyeron los silbidos del viento al deslizarse por entre las ramas de los grandes árboles y el canto de un verderol.

Robin empezó a tirar de la cuerda que habían amarrado a la boca del saco y éste empezó a deslizarse por el túnel, con gran desconcierto por parte de «Sandy». El perro se lanzó en el acto sobre aquel objeto que se movía misteriosamente, arrojándole furiosos zarpazos.

—Es una suerte que «Sandy» sea tan callado —comentó Betty, hablando con su

prima—. De ser un perro alborotador no nos lo hubiéramos podido traer.

—¿Adonde habrá ido exactamente Kit? —inquirió Robin—. En fin... Apuesto lo que queráis a que le encontramos antes de que hayamos terminado de ponernos nuestros trajes. ¡Oh! ¿Qué es esto? ¡Pero si va a llover!

Los chicos levantaron la vista asustados. Una masa impresionante de nubes oscurecía el firmamento. Unas gotas de agua cayeron sobre sus rostros. ¡Mala señal!

—Encaminémonos al fondo del jardín —dijo Robin finalmente—. Buscaremos primero a Kit y veremos luego de encontrar un sitio en el que guarecernos hasta que cese la lluvia.

Dirigiéronse hacia el extremo opuesto del lugar en que se hallaban. Por todas partes observaron el obstáculo de la valla. No cabía la menor duda... Kit vivía como un prisionero.

—¡Hola amigos! —dijo una voz desde lo alto de un árbol. A Kit, por lo visto, le gustaba aquello de andar siempre por las alturas—. Me alegro de que hayáis venido por fin. Hace un buen rato que espero.

—¡Hola, Kit! —respondió Lucy, al unísono con sus primos—. Confiamos en que dentro de pocos minutos dejará de llover.

Había arreciado el chubasco y los chiquillos se encontraban calados. Agazapáronse bajo los árboles, deseando que aquéllas fueran unas nubes de paso.

—No podemos refugiarnos más que en el cenador y me da miedo llevaros allí, por si el Dragón sale en busca mía —declaró Kit un tanto sombríamente.

—¿Y qué nos dices de esa buhardilla en la que sueles jugar? —apuntó Robin—. ¿No podríamos llegar a ella sin ser vistos?

—Pues... quizá... —respondió Kit, adoptando una actitud reflexiva—. ¿Se os da bien esto de subir a los árboles?

—Sí —repuso Robin—. Estamos acostumbrados. Lucy, en todo caso, es la que podría encontrar más dificultades.

—¡Por mí no hay ningún inconveniente! —se apresuró a contestar Lucy, enojada. Los ojos de Kit comenzaron a brillar.

—Escuchadme entonces... Si rodeamos el jardín, para ir a parar al otro lado, podríamos llegar casi hasta lo alto de la casa sin que nos viera nadie porque los árboles son muy numerosos allí. Hay un fresno en este sitio que tiene unas ramas que tocan el tejado del edificio, así como sus muros. Es imposible trepar por el tronco porque es completamente liso. Pero en cambio no nos costará trabajo plantarnos en el tejado del garaje que es plano, subiendo a partir de este punto por las ramas. Creo que luego trepar por la ventana de la buhardilla será muy fácil.

—¡Oh! ¿Por qué no probamos? —inquirió Betty, apremiante—. El plan parece perfecto. ¡Con tal de que no nos vea nadie!

—Las únicas ventanas que la casa tiene por ese lado son las de la buhardilla. Sí. La cosa puede salir bien. Os voy a decir qué es lo que pienso hacer en primer lugar. Iré a la casa para asegurarme de que no hay nadie que os pueda ver... Después,

cuando me oigáis silbar, treparéis hasta lo alto del garaje para continuar el ascenso por las ramas del árbol.

—Probaré yo primeramente —dijo Robin—. ¿Sabes? No quiero que las chicas se expongan...

—Perfectamente. ¿Y el perro? ¿Qué haremos con el perro? «Sandy» no podrá trepar por el árbol.

Todos se pusieron a pensar. ¿Qué harían con el menudo «foxterrier»? «Sandy» contemplaba atentamente sus rostros. Él no quería perderse nada.

—¿No podríais meterlo en el saco en que guardasteis las ropas? —preguntó Kit—. ¿Creéis que será capaz de estarse quieto dentro de aquél sin hacer ningún ruido? En ese caso yo podría subirlo por las escaleras, ocultando el envoltorio bajo mi chaqueta.

—Espero que no oponga ningún reparo. «Sandy» está habituado a todo género de juegos raros. ¿Verdad, «Sandy»?

—¡Guauu! —respondió el perro cortésmente, empinando las orejas.

—Vamos a ver... Probemos.

«Sandy» fue a parar al interior del saco, el cual luego Robin se echó encima de un hombro. «Sandy» profirió un ahogado gemido, empezando a agitarse. Entonces Lucy pasó la mano por el saco al tiempo que decía:



—No pasa nada, «Sandy» querido, no pasa nada.

El perrito se tranquilizó inmediatamente.

—Bueno, pues así subirá a la buhardilla —declaró Kit, convencido—. Echemos a andar ahora. Os llevaré a la parte posterior del garaje para deciros qué es lo que tenéis que hacer. Luego yo daré una vuelta alrededor del edificio para asegurarme de que todo marcha a la perfección.

Caía la lluvia con bastante fuerza. Todos se sentían mojados y, por tanto, molestos. Siguieron caminando en silencio hasta el otro lado del gran jardín, a través

de una frondosa espesura, llegando así a la meta fijada.

El garaje estaba pegado al muro posterior de la casa.

—Para empezar... ¿Cómo vamos a subir ahí? —inquirió Robin—. ¡No podemos volar!

—Sacaré una escalera —respondió Kit—. La que hay en el garaje, precisamente.

Kit se perdió, para aparecer un minuto después, portador de aquélla. A continuación la apoyó en la pared del recinto. La punta sobresalía un poco por encima del tejado.

—¡Arriba! —dijo.

Primero sacó a «Sandy» del saco para que respirara.

—Lo volveremos a meter dentro cuando yo esté a punto de entrar en la casa.

Puso los pies en el primer peldaño de la escalera y, seguido de Robin, Kit se plantó en el tejado del garaje.

—Desde aquí, como verás, es fácil trepar por las ramas del fresno. —Aquéllas, según pudo comprobar Robin, eran enormes—. Ascendiendo de una en una alcanzarás la ventana de la buhardilla. Esa... La de la izquierda, ¿eh? Yo voy a entrar ahora por la puerta de la casa, en compañía de «Sandy». Antes de hacer nada habréis de esperar a oír mi silbido.

«Sandy» fue a parar al interior del saco de nuevo. Se hallaba bastante desconcertado, pero no opuso ninguna resistencia. Kit se echó el bulto al hombro, guiñó un ojo alegremente a sus amigos y se desvaneció en la oscuridad, rumbo a la puerta de la casa.

Antes de que transcurrieran dos minutos, Robin, Betty y Lucy oyeron a alguien silbar, sobre sus cabezas, una melodía popular. Descubrieron en lo alto a Kit, quien procedió a abrir la ventana de la buhardilla de par en par.

El chico hizo un gesto elocuente de asentimiento. Les sonrió alegremente.

—¡Vamos! —dijo Robin, excitado—. Subiré al tejado del garaje y así os podré echar una mano desde arriba.

Lucy trepó después que él. Luego le llegó el turno a Betty. Robin inspeccionó el árbol, escogiendo una gruesa rama que se proyectaba sobre el tejado.

—Por aquí parece que nos va resultar fácil trepar —declaró—. Lucy: ¿tú crees que podrás?

—¡Naturalmente que podré! No me defiendo tan bien como vosotros dos en esta clase de juegos, pero ya verás cómo salgo airoso del paso.

La verdad es que por aquella parte el acceso hasta la copa del árbol no era difícil. Había otras ramas secundarias que ayudaron a los chicos en su avance. Pronto estuvieron los tres situados sobre una que quedaba al nivel de la ventana de la buhardilla.

Pero, ¿cómo alcanzar desde allí el borde de aquélla? Con su peso, la rama descendía, especialmente al aproximarse al extremo de la misma. Kit observaba atentamente la escena sin pestañear. Los ojos le brillaban mientras trataba de indagar,

de descubrir algún medio para acudir en ayuda de sus amigos.

—¡Un momento! —dijo de pronto.

Robin y las chicas perdieron de vista a Kit, quien no tardó en reaparecer con una gran tabla que había cogido del rincón de los trastos, dentro de la misma buhardilla. Robin alcanzó el extremo de aquélla.

—Átala fuertemente a la rama con esta cuerda y así no resbalará —le indicó Kit, arrojándole una tira de fuerte cáñamo.

Robin sujetó firmemente la tabla al árbol con unas cuantas pasadas. De esta manera, un extremo de aquélla quedó apoyado en el antepecho de la ventana y el opuesto en la rama existente a su nivel. Avanzando con todo cuidado podrían llegar en unos segundos a la casa.

—¡Estupendo! —exclamó Kit, al ver pasar a Lucy, Betty y Robin por el improvisado puente—. En lo sucesivo utilizaremos este procedimiento para penetrar en la casa sin ser vistos. Dejaremos la tabla atada, en su sitio. Nadie podrá verla, de todos modos, desde abajo.

Una vez dentro de la buhardilla, los chicos echaron una mirada a su alrededor. El techo de aquélla era inclinado y en el centro había una claraboya. En un rincón descubrieron varias cajas de embalajes y unas arcas. Por todas partes se veían juguetes pertenecientes a Kit: un ferrocarril, unos bolos, arcos y flechas y otros por el estilo.

—Ahora nos pondremos nuestros trajes de pieles rojas y nos enseñarás tu danza guerrera —dijo Robin—. Bueno, vamos a ello... Oye, Kit: supongo que no andará por las inmediaciones la mujer-dragón o... tu tutor...

—No... ¡Si han salido los dos! ¡Qué gran suerte!, ¿verdad? El chófer, George, también se ha ido, acompañando a mi tutor. Así pues, podemos hacer todo el ruido que queramos. Vamos, daos prisa ya.

Todo el mundo quedó vestido de piel roja allí dentro.

—¿Qué tal si cerramos la puerta con llave? —propuso Robin, que no quería ni pensar siquiera en que pudieran irrumpir alguien inesperadamente en el cuarto.

—De acuerdo —contestó Kit, dándole dos vueltas a la llave, que se encontraba introducida en la cerradura.

Inmediatamente, Kit precedió a darles a conocer ciertos detalles en relación con su danza india. Era preciso aprender la forma en que habían de ser dados los gritos, cómo tenían que moverse, al mismo tiempo que describían continuos círculos, etc. Al



poco, los alumnos del pequeño americano, muy aprovechados, hacían maravillas. Desde luego, lo estaban pasando a lo grande...

Pero, ¡qué susto tan tremendo les aguardaba!

Súbitamente oyeron a alguien que golpeaba la puerta. La manecilla de la cerradura se movió varias veces estrepitosamente. Los chicos percibieron al mismo tiempo una voz que preguntaba en tono severo:

—¿Qué estás haciendo, Kit? ¿Qué significa este escándalo? ¡Abre la puerta en seguida!

—¡Mi tutor ha vuelto! —exclamó Kit—. ¡Santo Dios! ¿Qué haremos ahora?



## El señor Barton se enfada

Los cuatro se contemplaron profundamente desalentados, sin saber qué decisión tomar. «Sandy» emitió un leve gruñido. Lucy le hizo callar inmediatamente.

—Nadie debe saber que estáis aquí —murmuró Kit—. ¿Dónde podría esconderos?

—¡Abre la puerta, Kit! ¡Abre en seguida! —chilló el severo tutor de Kit.

Todos comprendieron que no disponían de tiempo para huir por la ventana. Miraron a su alrededor. Estaban desesperados. Robin descubrió dos o tres grandes arcas y echó a correr en dirección a ellas, haciendo señas a Betty y a Lucy. ¡Tal vez lograsen acomodarse dentro!

—Está bien, señor Barton. Le abriré la puerta —contestó Kit—. Me había dedicado únicamente a practicar un poco mi danza guerrera.

Al oído de Robin, el chico susurró:

—Probad a introducirlos en las arcas mientras yo finjo que no consigo abrir la puerta dando vueltas y más vueltas a la llave. Gracias a esta treta dispondréis de unos minutos más.

Entonces Robin abrió una de las arcas. Obligó a Betty a entrar en ella y bajó la tapa. Lucy se instaló en otra. Para él eligió una enorme caja de embalaje, dentro de la cual se encerró.

Kit ya se había acercado a la puerta y hacía oscilar violentamente la llave en la cerradura, igual que si llevase a cabo los máximos esfuerzos para abrir aquélla. Cuando vio que sus amigos podían considerarse de momento a salvo creyó llegado el instante de dejar pasar al interior de la buhardilla al señor Barton... Éste no había parado de hablar un momento.

—¡Kit! ¿Qué estás haciendo? ¿Es que no puedes abrir la puerta?

—Hago lo que puedo por conseguirlo, señor Barton. ¡Tenga usted un poco de paciencia! Me parece que ahora la llave gira correctamente.

Pues... sí. Dio la vuelta a la llave y la puerta se abrió, ¡a la primera! Entró en la buhardilla su tutor. Estaba muy serio. Miró hacia todos los rincones, igual que si hubiera esperado hallar el cuarto lleno de chiquillos. Pero allí sólo se encontraba Kit, cuyo rostro, por cierto, tenía una expresión muy inocente.

—¿Vas a decirme que eras tú quien hacía ese espantoso ruido? —inquirió el señor Barton, incrédulo—. Ya sé que tú has armado a veces unos estrépitos fenomenales, que recuerdan un parque de fieras a la hora del reparto de la comida... Ahora bien, me cuesta mucho trabajo creer que el alboroto de hace unos minutos fue cosa tuya exclusivamente.

¡Algo horrible sucedió entonces! ¡Todos se habían olvidado de «Sandy»! El pequeño «foxterrier» se había instalado en un rincón, atemorizado, cuando el señor Barton había arremetido en sus golpes sobre la puerta. A continuación había considerado conveniente desplazarse para enterarse mejor de lo que ocurría,



colocándose junto a Kit haciendo oscilar ligeramente el rabo. Al chico le daba miedo que se acercara a husmear a sus amigos, por lo cual decidió tomarlo en brazos. Su tutor se quedó contemplando a «Sandy», perplejo.

—¿Otra vez ese perro? ¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí? ¿Le has traído tú? ¿De dónde demonios ha salido? ¡Todo el recinto de la casa se encuentra cercado!

—Yo fui quien le trajo hasta este cuarto —replicó Kit formalmente—. Me lo encontré en el jardín. Estoy tan solo que le he tomado apego. Me gusta su compañía.

—Debe pertenecer a la familia de la casa de al lado —opinó el señor Barton—. Me gustaría saber por dónde ha entrado en nuestro jardín.

—Se habrá colado por alguna gazapera —sugirió Kit—. Como verá usted es muy pequeño, no mucho mayor que un cachorrillo.

—¡Guauu! —Ladró «Sandy».

La palabra «gazapera» resultaba, por lo visto, muy sugestiva para él...

—Tendrá que volver a su sitio de procedencia —dijo el tutor de Kit con firmeza—. De todas maneras, me parece extraño que un perrillo tan insignificante como éste y tú hayáis sido capaces de armar semejante alboroto. Haz el favor de no volver a cerrar la puerta con llave, Kit.

—¿Me encargaré yo de devolver el perro a nuestros vecinos? —inquirió Kit, inocentemente.

—Por supuesto que no —respondió el señor Barton—. Tú sabes que no queremos que te vea nadie. Y tengo un especial interés en que los chicos que viven en la otra casa no sepan que te encuentras tú aquí. Los chiquillos sois así... Si se enterasen de tu existencia, ¡adiós nuestro secreto!

El señor Barton tomó de manos de Kit el perro.

—Voy a dejarlo donde debe estar —anunció—. Tenemos que ocuparnos de las lecciones tuyas cuando vuelva, coge pues, tus libros y vete ahora mismo a mi estudio espérame allí.

—Sí, señor Barton —dijo Kit, como entristecido.

Tan pronto como su tutor se hubo marchado, el chico se acercó a la caja en que se había escondido Robin.

—¡Tenéis que salir de la casa en seguida! —susurro.

Robin se disponía a levantar la tapa de la caja para salir cuando, horrorizado, Kit se dio cuenta de que el señor Barton volvía, para decirle algo que se le había olvidado, seguramente. No se le ocurrió nada mejor que sentarse encima de la caja rápidamente, impidiendo así, con brusquedad que Robin asomase la cabeza.

Éste, ignorante de que el tutor había regresado, no explicándose tampoco por qué razón la tapa le ofrecía resistencia, empezó a dar fuertes empujones hacia arriba y a llamar a su amigo.

Kit, para apagar sus voces, daba fuertes golpes con los talones sobre la caja, silbando al mismo tiempo.



Su tutor se irritó.

—¡Kit! ¡No muevas más las piernas! ¡No vuelvas a silbar mientras yo te estoy hablando! ¡Ponte en pie inmediatamente!

Kit obedeció... Pero, afortunadamente, en aquel momento Robin ya había adivinado que sucedía algo extraño, decidiendo guardar silencio y mantenerse quieto. Betty y Lucy, en sus arcas respectivas, temblaban de emoción.

—He vuelto para decirte que te acuerdes de sacar la esfera terráquea. Ya sabes dónde está. Ponla en el estudio. Y no te entretengas Kit, porque yo estaré de vuelta dentro de un minuto. Quítate el traje de piel roja.

El señor Barton se marchó y Kit esperó unos instantes. Cuando oyó el rumor de sus pasos en las escaleras cerró a toda prisa con llave la puerta de la buhardilla y echó a correr hacia las arcas. Betty y Lucy salieron de éstas y Robin abandonó también su caja.

—¡Qué poco ha faltado para que nos descubriera! —exclamó Robin—. Será mejor que nos marchemos en seguida. Vámonos, chicas... Salgamos por donde hemos venido. ¿Cuándo volveremos a verte, Kit?

—No sé —repuso Kit, desanimado—. Sigue lloviendo todavía. Nada se puede hacer al aire libre hoy y se me antoja arriesgado que regreséis a esta buhardilla. ¿Qué habíais proyectado para mañana?

—Planeábamos un descenso por el río. Hay una curva de éste que no hemos inspeccionado aún debidamente... Es el trozo de cauce que queda un poco más allá de nuestra pequeña isla. ¿Te gustaría acompañarnos? ¿Podrías ausentarte de aquí por unas horas? Para salir, ahí tienes nuestra zanja de la cerca.

—¡Iré! No sé cómo, pero iré —prometió Kit—. Le pediré permiso al Dragón para que me deje ir de excursión a la parte más alejada del recinto... Me llevaré comida y,

ni que decir tiene, acabaré reuniéndome con vosotros. ¿A qué hora? ¿A las doce, por ejemplo?

—Sí, ¡estupendo! —contestó Robin, encaminándose a la ventana—. Vamos, chicas. El tutor de Kit nos sorprenderá aquí si no nos damos prisa.



Uno tras otro pasaron por la tabla, aferrándose luego con cuidado a las ramas del gran árbol. Por ellas descendieron hasta el tejado del garaje. Una vez aquí utilizaron la escalera adosada al muro. Ya en tierra firme dirigieron sus pasos hacia la zanja. Había aquí una buena cantidad de barro y sus trajes de piel roja ofrecían un lamentable aspecto al llegar a su jardín.

—No importa... Esperaremos a que se sequen, y luego los cepillaremos —dijo Robin—. ¿Dónde estará «Sandy»? No tardaron en saberlo. Al advertir su llegada les salió al encuentro. La madre de Betty se quedó muy sorprendida al ver que el animal le era devuelto por el señor Barton. Había supuesto que «Sandy» se hallaba con los chicos.

—Mamá: ¿tienes algún inconveniente en que mañana hagamos una excursión por el río? —le preguntó Robin—. Queremos ir a la pequeña isla que descubrimos el año pasado y después explorar la curva del cauce que hay más allá. No la conocemos muy bien. Vamos a divertirnos mucho. Si el día es bueno pensamos darnos un baño.

—Sí, podéis ir. Os prepararé una buena comida...



Así pues, al día siguiente, Robin, Betty, Lucy y «Sandy» echaron a andar por el jardín para ver si Kit cumplía su promesa de acompañarles. No eran aún las doce. En la azulada bóveda del firmamento brillaba un sol deslumbrante. Había cesado de llover por completo. Aquel día del mes de agosto iba a ser muy caluroso.

Se dedicaron a esperar a Kit. Dieron las doce, pero el chico continuaba sin aparecer. Decidieron seguir aguardando. Repentinamente, «Sandy» se lanzó dentro de la zanja, perdiéndose de vista. Lucy silbó, llamándole, pero él no le hizo caso. Resultaba extraño aquello...

—Supongo que ha olido algún conejo —comentó Lucy, disgustada—. Confiemos en que el tutor de Kit no vuelva a encontrárselo por ahí.

—Son las doce y cuarto —dijo Robin consultando su reloj de pulsera—. Aguardemos hasta que regrese «Sandy». Luego nos pondremos en marcha. ¡Qué lástima! ¡Kit hubiera disfrutado de lo lindo en el río, con nosotros!

—¡Eh! ¡Aquí está «Sandy»! —gritó Lucy, a los cinco minutos, aproximadamente, de haberse ausentado el perro—. ¡Ah, bribón! ¿Dónde has estado?

—¡Mira, Lucy! ¡Lleva algo en el cuello! —señaló Betty—. Se trata de una nota o algo por el estilo.

—¡Pues es verdad!

Lucy se apresuró a sacar de debajo del collar un papel. Desdoblado éste procedió a su lectura en voz alta.

*«¿No podríais esperarme un poco más? El señor Barton me ha señalado una tarea extraordinaria. Le pedí que me permitiera ir de excursión, yo solo, por los terrenos que son de la casa. Quedaré libre a las doce y media. Entonces iré en vuestra busca con mi paquete de comida. ¡Esperadme!».*

K. A. A.

—¡«Sandy», «Sandy», eres magnífico! —exclamó Robin, acariciando al animal—. De manera que no saliste disparado detrás de ningún conejo, ¿eh? Fuiste en busca de Kit y éste se las ingenió para que fueses el portador de su mensaje. ¿Qué pensáis de esto, chicas? Naturalmente, esperaremos, ¿verdad? Faltan de todos modos sólo cinco minutos para la hora fijada por nuestro amigo.

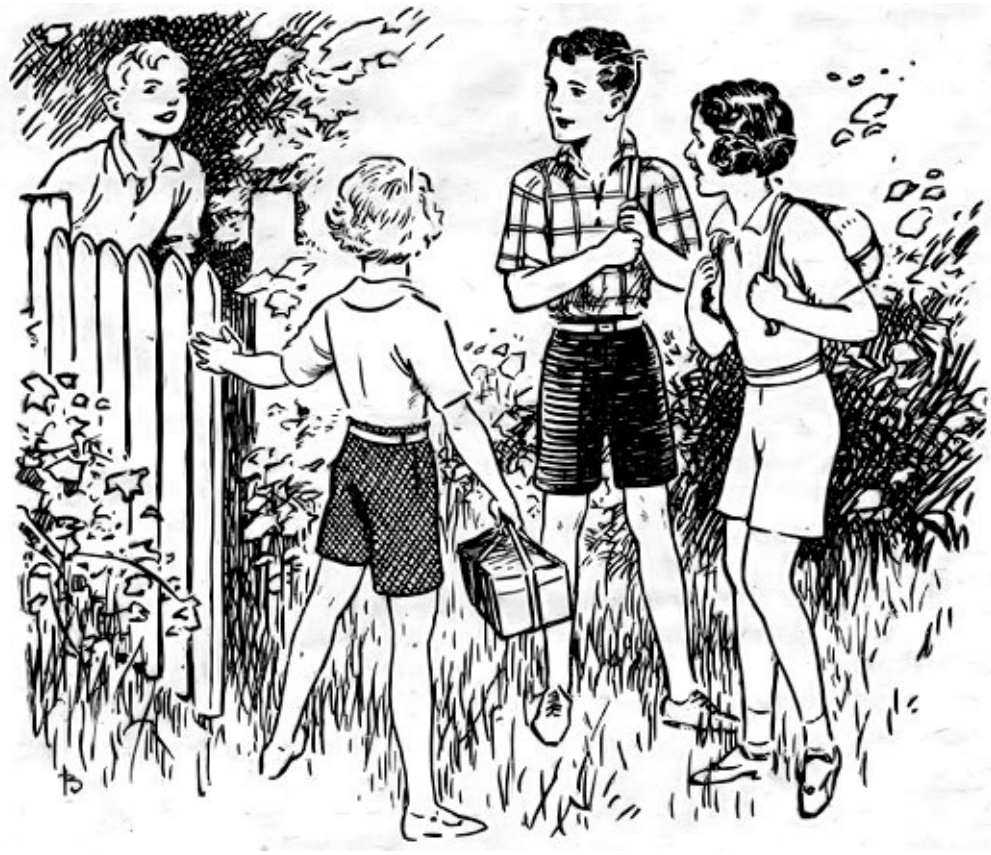
Los tres aguardaron pacientemente y al poco rato oyeron un silbido.

—¡Kit! —llamó Robin irguiéndose para que le viera y señalarle la zanja.

Kit se tendió boca abajo, deslizándose ágilmente por debajo de la cerca. Incorporándose sonriente una vez en el jardín de sus amigos.

—El procedimiento para entrar y salir es magnífico, pero resulta un tanto sucio... Gracias por haberme esperado. El señor Barton me dijo que tendría la tarde libre si le hacía ciertos trabajos esta mañana. Confío en que no les dé por ir a buscarme. ¡En marcha! ¿Qué camino hemos de seguir? Me siento lo mismo que un prisionero que acabara de evadirse. ¡Cuánto voy a divertirme!

Kit era un camarada maravilloso. A cada paso se le ocurrían graciosas bromas y no paraba de reír. Robin, Betty y Lucy estaban encantados con él. Minutos más tarde cruzaban la puerta de entrada de su jardín para comenzar a caminar a campo traviesa, con sus mochilas a las espaldas.



—Tenemos un bote ahí, en el río —explicó Robin—. Iremos remando en él hasta nuestra pequeña isla. Después de comer llevaremos a cabo algunas exploraciones.

—No sabéis hasta qué punto necesitaría yo un escondite seguro —dijo Kit, riendo—. ¿Por qué no buscarlo? Ese escondite habría de ser tan bueno que nadie pudiera encontrarme aunque anduviera detrás de mí semanas enteras.

—He ahí un trabajo que resultaría emocionante —opinó Betty—. Yo creo, Kit, que no te pareces en nada a ninguno de los chicos que he conocido hasta ahora. ¡Mira! ¡Ahí está nuestro bote! Démonos prisa. Estoy deseando verme navegando por el río.

Nada más acomodarse en el bote éste se separó de la orilla. Robin remaba. Cantaban los cuatro ahora. ¡Qué tarde más estupenda iban a pasar!

## La casa flotante en el río

—Os gustará nuestra pequeña isla —dijo Betty—. No habrás visto nunca nada semejante, Lucy. Cierta año anidó allí un cisne. Y el Martín Pescador abunda en ese paraje. Hay una arenosa playita en la que podremos bañarnos y tendernos al sol.

—Todo eso me parece de perlas —declaró Kit—. Déjame coger los remos ahora, Robin.

Kit remaba vigorosamente y la pequeña embarcación avanzaba con rapidez por las azuladas aguas del río. Al cabo de un rato llegaron a un recodo en el que el cauce se ensanchaba. En aquella curva estaba la isla.

—¡Ahí la tenéis! —exclamó Robin—. No es más que un montón de tierras y piedras, sobre las cuales crecen zarzas y césped. Pero para nosotros no hay nada mejor. Lo único que siento, «Sandy», es que ahí no encontrarás ningún conejo.

—¡Guauu! —contestó «Sandy», dolido.

El perro se había acomodado a proa y contemplaba las aguas como si de un momento a otro pensara arrojarse a ellas. Lucy, por si acaso, le retenía sujetándole por el collar.

Los chicos vararon el bote en la playita, saltando a tierra. Subieronlo un poco más por la ligera pendiente que formaba aquélla y luego echaron a andar. Era tan pequeña la isla que sólo necesitaban unos cinco minutos para recorrerla.

—¡Es maravillosa! —exclamó Kit—. ¡Lo que daría yo porque fuese mía! Bueno, ¿qué tal si comemos? ¿O preferís que nos bañemos primero?

—¡Bañémonos en primer lugar! —sugirió Robin—. ¡Uf! ¡Estoy asado!

Los chicos se despojaron de sus ropas. Llevaban debajo de éstas los bañadores. Kit era un nadador consumado. Hubo un momento en que desapareció bajo las aguas, permaneciendo tanto tiempo sumergido que sus compañeros de excursión se asustaron... Pero no había que temer nada. A bastante distancia del punto en que se había zambullido sacó la cabeza, con gran asombro por parte de Robin, Betty y Lucy.

Hacía mucho calor. Los cuatro, en unión de «Sandy», se tendieron al sol, en la arena, para secarse. Para esto no necesitaron más que unos minutos. A continuación se dispusieron a comer.

Estaban hambrientos. Las provisiones de Kit no eran tan abundantes y selectas como las de sus camaradas, por lo cual éstos reforzaron su comida. A «Sandy» le correspondieron algunas galletas y un poco de carne en conserva que Lucy le reservara a tiempo. Tras aquel banquete sintieronse adormilados y sin ganas de hacer nada.



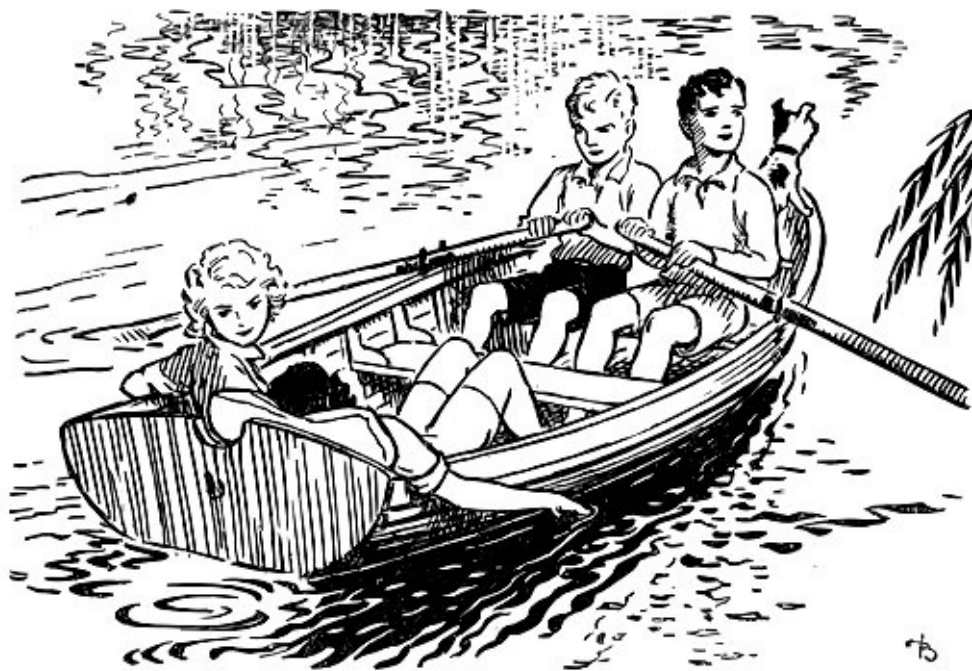
—No iremos ahora a dormir, ¿verdad? —inquirió Kit—. Para hacer eso no necesitábamos haber venido hasta aquí. Yo quisiera dedicarme a efectuar alguna exploración por los alrededores. En realidad es que yo no conozco vuestra tierra. Esto es completamente distinto de América. Embarquemos de nuevo para inspeccionar el trozo de cauce que habéis dicho que no conocíais, ahí donde se ven esas aves nadando, que mueven sus cabezas como si estuviesen accionadas por un mecanismo de relojería, con toda regularidad.

—¡Las gallinas de río! —exclamó Robin, riendo—. ¡Adelante! ¡Al bote todo el mundo!

«Sandy» volvió a ocupar su sitio en la proa de la embarcación. Los dos chicos se encargaron de los remos, alejándose seguidamente de la islita. Por la tarde se estaba muy a gusto en el río. Soplaban una fresca brisa de vez en cuando. Chapoteaba el agua en los costados del bote y el ruidillo característico resultaba muy agradable. Los chicos se sentían completamente felices en esos instantes.

Remaron a lo largo de la gran curva del río. Las orillas del mismo, por esta parte, aparecían cubiertas por una frondosa arboleda. Las aguas eran más profundas por allí.





—¡Qué a gusto se está en este sitio! —comentó Lucy, echándose a un lado e introduciendo una mano en el agua—. Me agradecería seguir así durante millas y millas.

—Seguro. Especialmente si encontráramos a alguien que remara. ¡Hombre! No sé por qué razón las chicas no han de tener su turno a la hora de bogar. ¿No te parece, Kit? —indicó Robin.

Así, pues, las chicas se encargaron ahora de los remos, mientras Robin y Kit estudiaban con interés las orillas cercanas.

—¡Mira, Kit! —señaló de pronto Robin—. ¡Por allí veo una casa! ¿Te das cuenta? Es en aquella pendiente que desciende hasta el río. Es la primera casa que descubrimos desde que salimos de nuestro jardín.

—¿Y qué es eso que veo junto a aquella orilla? —preguntó Betty.

Los cuatro fijaron sus miradas en el punto indicado. Se trataba de una casa flotante que estaba pidiendo a gritos una buena mano de pintura. Debía tener ya muchos años y ahora, abandonada en aquel lugar, caminaba a pasos agigantados hacia su ruina total. En otro tiempo había sido una vivienda de excelente aspecto, con sus brillantes barandillas de latón y sus immaculadas pinturas. Ahora su aspecto era bastante lamentable. Evidentemente, hacía mucho tiempo que nadie la usaba.

—¿Qué es eso? ¿Una casa flotante, habéis dicho? —preguntó Kit—. Jamás tuve ocasión de ver ninguna. ¿Para qué sirve?

—Su nombre lo dice todo —manifestó Robin—. Es una embarcación que sus propietarios utilizan como vivienda. Habitan en ella, es decir, dentro de la misma hacen sus comidas, durmiendo en literas... Una casa flotante debe ser algo estupendamente divertido. Pero yo creo que ésta se halla abandonada desde hace varios años. Se ve que está a punto de desmoronarse.

—Me gustaría verla por dentro —dijo Betty—. ¿Y si nos acercáramos?



Todos habían pensado lo mismo.

Hasta «Sandy» exteriorizó una opinión favorable con un enérgico ladrido. Quizá tuviera ocasión de localizar algún conejo por allí...

—¿Creéis que obraremos imprudentemente si atracamos al lado y echamos un vistazo a su interior? —preguntó Lucy a los chicos, que estaban indecisos.

—No sé... —contestó Robin—. Es posible que sea propiedad de la gente que vive en la gran casa que vimos antes. ¿Y si les pidiéramos permiso? Estoy seguro de que nos lo darían.

—De acuerdo —repuso Betty—. Ve tú, Robin. Y llévate a Kit.

—No, gracias —dijo aquél—. No puedo efectuar ninguna presentación en público y menos en estos momentos.

—¡Oh! Ya no me acordaba de eso —manifestó Betty—. Irás tú solo entonces, Robin.

Remando, remando, se acercaron a la casa flotante. Robin saltó a tierra, pisando el verde césped de la orilla para encaminarse al edificio que divisaron desde el bote. Las puertas del mismo aparecieron cerradas. ¿Había allí alguien?, se preguntó el chico. Llamó a una de aquéllas...

En el umbral se plantó una vieja que parecía muy sorprendida. Robin pensó que seguramente en aquel lugar tan solitario no estaría acostumbrada a recibir visitas.

—Dispéñeme —dijo cortésmente—. Creí que podrían informarme en este edificio sobre la casa flotante que he visto en el río. ¿Me darían permiso para subir a ella y verla, en unión de mis amigos?

—No sé de que me hablas, chico —respondió la vieja escrutando atentamente el rostro de Robin—. Aquí ejerzo una misión de vigilancia, hasta que esta villa sea alquilada. Nadie me habló de ninguna casa flotante. Pero bueno, si no causáis ningún daño...

—No, no descuide —respondió Robin, echando a andar hacia la orilla.

No le habían prohibido que subiese a la barca flotante y eso era todo lo que a él le importaba. Refirió la entrevista a sus compañeros y éstos parecieron impresionados.

—La exploraremos inmediatamente —dijo Kit.

Ataron su bote a una de las candeleras de la casa flotante y subieron a la cubierta de la misma.

Las puertas y las ventanas estaban cerradas. Betty se asomó al interior por una de las aberturas.

—¡Oh! ¡Mirad! Aquí hay un pequeño dormitorio con literas a ambos lados, una palangana con su estante, un armario y una cómoda. ¡Qué interesante debe ser vivir en una casa flotante! —exclamó la chica.

—¡He encontrado una puerta cuya cerradura está descompuesta! —anunció Kit—. ¡Ya podemos pasar dentro!

Robin y las chicas se aproximaron a su amigo. Éste, efectivamente, acababa de abrir una puerta. «Sandy» se coló inmediatamente. Llevaba el rabo muy erguido. ¿Habrá conejos por aquí?, se preguntaba, sin duda.

Entraron los chicos después... Todo se veía allí sucio, presa de la humedad, estropeado. No obstante, Robin, su hermana, su prima y Kit lo hallaron todo maravilloso. ¡Cuánto hubieran dado por poder vivir en la casa flotante! ¡Qué divertido oír nada más despertarse, el chapoteo del agua al acariciar los costados de aquella! ¡Qué comodidad llenar sus palanganas para lavarse con el agua del río! ¡Qué estupendo cocinar en la diminuta cocina para comer luego al aire libre, en la cubierta! ¡Qué espectáculo tan hermoso el que se ofrecería a sus ojos por la noche desde allí! Las estrellas se reflejarían en las inquietas aguas, brillantes cual la plata a la luz de la luna. Y luego, ¿es qué no valía nada tenderse en las literas y sentirse acunado por un imperceptible vaivén, suave como los rizos que el viento dibujaba en la superficie del río?

—Todo indica que el propietario de esta casa ha olvidado por completo su existencia —declaró Betty—. ¡Ojalá fuese nuestra!

—¡Hagamos como si lo fuera! —propuso Lucy de repente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Robin, sorprendido.

—Pues... Supongamos que venimos aquí y nos dedicamos a pulir los metales y a lavar la cubierta, igual que si la casa nos perteneciese —explicó Lucy—. No creo que el propietario, de enterarse, llegara a enfadarse. A fin de cuentas lo único que haríamos sería darle más valor a esto. No se trata de estropear su casa, sino de todo lo contrario. Podríamos comer aquí. Incluso podríamos dormir en estas literas alguna noche si vuestra madre nos autorizara.

La idea de Lucy gustó a sus camaradas de excursión. Ahí era nada: ¡una casa flotante de su propiedad! ¡Aquello sería magnífico!

—Procedamos como ha sugerido Lucy —apoyó Kit, por fin—. Nadie podría impedirnoslo, a excepción de la vieja con quien habló Robin, y ésta ni siquiera conocía la existencia de la casa flotante. Desde el edificio, de todos modos, nadie puede vernos, tampoco. Volvamos mañana y comencemos a limpiar todo esto. ¡Ah! ¿No habéis pensado, además, en que éste sería un buen escondite para mí de necesitar, en el futuro, un sitio donde ocultarme? ¿A quién se le iba a ocurrir buscarme en este sitio?

—Es verdad —corroboró Robin—. Yo no creo que llegues a necesitar jamás un escondite, Kit, porque los secuestros y otras cosas por el estilo sólo se dan en América... Ahora bien, en el caso de que lo precisases de veras hay que reconocer

que no existirá seguramente en todo el mundo otro más indicado.

—Mañana nos traeremos todos los elementos necesarios. ¡Vamos a pasarlo a lo grande! ¡Ah, si pudiéramos pasar aquí la noche! ¡Cuánto me agradecería oír al despertarme el rumor del agua y notar desde mi litera el suave balanceo de nuestra casa a flote!

Los chicos exploraron a conciencia aquélla. Había dos dormitorios, muy pequeños, con un par de literas por cuarto. Y una cocina, mínima, con el espacio suficiente para el fogón y un armario. La salita con que contaba también el hogar flotante podía ser utilizado como cuarto de estar durante el mal tiempo.

Las cubiertas eran amplias. Evidentemente, habían sido utilizadas en otro tiempo para comer y para descansar, ya que bajo una especie de porche existente a popa hallaron los chicos un montón de mesitas y cómodos sillones de mimbre, estos últimos en mal estado.

—Pero... ¡Si son ya las cuatro y media! —exclamó Kit asustado—. Tengo que regresar cuanto antes. De lo contrario me expongo a tener un conflicto con el señor Barton y el Dragón. ¡Seguro que en estos momentos me están buscando por todas partes!

—Pues entonces nos iremos —dijo Robin, dirigiéndose hacia el bote—. No tardaremos mucho en volver a casa si cogemos cada uno un remo. ¡Vámonos, chicas! ¡Eh, «Sandy»! ¿Es que piensas quedarte ahí? ¡Salta al bote, estúpido, salta!

«Sandy», obediente a la indicación de Robin, saltó, como se le había ordenado, yendo a parar al regazo de Lucy. La pequeña embarcación, fuertemente impulsada por los remos que manejaban Robin y Kit, dibujó en las aguas del río una airosa estela.

Nada más llegar al jardín de Robin, Kit se deslizó por la zanja que comunicaba aquél con el recinto de la casa vecina. Los chicos oyeron entonces la recia voz del Dragón, en la que se advertía una enfadada inflexión.

—¡Kit! ¡Kit! ¿Dónde te has metido? ¡Es la hora del té! ¿Es que te has quedado dormido? ¡Ven en seguida, Kit!

Kit miró a sus amigos y guiñándoles un ojo gritó:

—¡Ya voy! ¡Un momento!

Echó a correr por el jardín y Robin y las chicas se encaminaron a su casa.

—¡Qué bien lo vamos a pasar mañana! —dijo Lucy, frotándose las manos—. Estoy deseando tomar posesión de nuestra casa flotante.

## La pandilla procede a asear «El Cisne Negro»

Los chicos no se cansaban de hablar de la vieja casa flotante que habían descubierto. Sentían unos enormes deseos de volver a ella y proceder inmediatamente a una limpieza a fondo de la misma.

—No preguntamos a Kit a qué hora esperaba encontrarse libre mañana —declaró Robin—. ¡Qué tontería hemos cometido! Claro que, ¡nos interesaba tanto que estuviera de vuelta a tiempo!

—¿Por qué no vamos allí mañana por la mañana? —inquirió Lucy. Mañana es sábado, ¿no? Tal vez Kit esté libre entonces. ¿Por qué no se lo preguntamos? Robin, súbete al castaño, a ver si descubres a nuestro amigo por los alrededores. Si consigues localizarle le enviaremos una pelota con un mensaje dentro.

Robin hizo lo que su prima le había sugerido. Kit se encontraba en el prado, con un libro en las manos. El Dragón se había situado a poca distancia de él y estaba leyendo. Robin bajó del árbol y comunicó a las chicas lo que había. Escribió una breve nota, que introdujo en una pelotita rajada y tiró ésta al jardín de la casa de al lado. A los pocos minutos la pelota volvía a estar en sus manos, con la respuesta. Realmente no había quien mejorara aquel procedimiento para comunicarse.

Robin leyó atentamente la nota escrita por Kit.

«¡Viva! Los sábados estoy libre. Saldré al jardín después del desayuno y espero que nadie me eche de menos hasta la hora de comer. Estaré en vuestro jardín alrededor de las nueve. Procuraré ser puntual».

—Ahora mismo prepararemos las cosas que tenemos que llevarnos para nuestro trabajo, ¿no os parece? —dijo Lucy, a quien le gustaba tenerlo todo siempre dispuesto, con mucha anticipación—. ¿Qué hora es? Las cinco y media. ¿Encontraremos las tiendas cerradas? Podríamos salir para adquirir lo que necesitamos. Yo tengo algún dinero.

—Mamá podría facilitarnos todo lo que precisamos —alegó Betty.

—No digas tonterías —objetó Robin—. Recuerda que todo esto es secreto. ¿Es que crees que mamá nos va a dar jabón, ropas, pinturas o sacudidores sin preguntarnos para qué queremos toda esa cantidad de cosas? No seas estúpida, Betty.

—No era eso lo que pensaba... —manifestó su hermana—. Bueno... Más divertido será adquirirlos. También yo dispongo de algunos ahorros, Robin. Veamos si las tiendas están abiertas todavía. Cogemos nuestras bicicletas y nos iremos a la aldea.

Ésta quedaba a bastante distancia de su casa: a unas tres millas, aproximadamente. La vivienda de Kit, como la de Robin, estaba lejos de todas partes. Pero los chicos tenían sus bicicletas y no les importaba tener que ir en ellas hasta el poblado que había en aquella zona cuando necesitaban adquirir algo.

Pronto se encontraron pedaleando a lo largo de las solitarias y estrechas calles de la aldea. Las tiendas no habían cerrado aún, por lo que pudieron comprar cuanto

quisieron. Previamente, habían confeccionado una lista.

—Tenemos jabón, bayetas, detergente, varios sacudidores... ¿Falta algo más? —preguntó Betty.

Todas aquellas cosas fueron a parar a los cestos de sus bicicletas. Luego, Robin, su hermana y su prima, emprendieron el viaje de regreso a su casa. Los tres ansiaban aplicarse cuanto antes al trabajo a que destinaban los elementos que acababan de adquirir. Desde luego, su casa a flote iba a quedar hecha una monada...

—Me gustaría pintarla bien —dijo Robin—. Sé donde hay un gran bote de pintura blanca y varios pinceles.

—¡Oh! ¿Por qué no nos llevamos eso junto con todo lo demás? —preguntó Betty—. Mientras Lucy y yo limpiábamos la embarcación tú y Kit podríais dedicaros a pintarla.

—Eso es, probablemente, lo que haremos —repuso Robin, viendo ya con los ojos de la imaginación una flamante casa a flote, deslumbrante de puro blanca y limpia, meciéndose en las azuladas aguas del río.

Por tal motivo, nada más volver a casa se pusieron a buscar afanosamente la pintura. Encontraron el bote, en efecto, y dos grandes brochas, así como cierta cantidad de trementina, que les serviría para limpiar aquéllas.

—Tenemos toda una serie de cosas para llevarnos —comentó Lucy, examinando lo que habían ido reuniendo—. ¿Se nos olvida alguna cosa que pueda resultar importante?

Nos llevaremos también chocolate, un paquete de galletas y unos cuantos bizcochos —manifestó Robin—. Entre las nueve que comencemos y la una, hora en que hemos de volver habremos de comer algo, ¿no?

Así, pues, a las mochilas fueron a parar los víveres citados por el chico, aparte de una docena de ciruelas maduras.

Robin, Betty y Lucy se fueron a la cama sumidos en un terrible nerviosismo. Resultaba maravilloso tener un amigo como Kit. ¡Y qué formidable les parecía la perspectiva de disfrutar de una casa flotante como la que les esperaba en el río!

Poco antes de las nueve del día siguiente los tres chicos, en unión de «Sandy», se hallaban en la cerca, aguardando la llegada de Kit. Esta vez el niño fue puntual. Llegó exactamente a su hora, apresurándose a deslizarse por la zanja. «Sandy» le salió al encuentro para saludarle, lamiéndole embelesadamente la nariz.

—¡Basta, basta! —gritó Kit, volviendo la cabeza para hurtar su rostro a aquella húmeda y rosada lengua—. Lucy: llama a tu perro. El animalito está demasiado cariñoso hoy y, por otro lado, por el olor que echa parece haber comido pescado salado o algo por el estilo.

Todos rieron. Kit se plantó ante sus amigos, fijándose en seguida en sus abultadas mochilas.

—¡Pero si vais cargados! ¿Tantas cosas lleváis? —comentó—. Déjame que te ayude, Betty. A la vuelta llevaré la mochila de Lucy.

—Nos hemos procurado alguna pintura blanca para ver si conseguimos que nuestra casa flotante ofrezca otro aspecto, para que sea más atractiva —manifestó Robin, satisfecho—. ¿Qué, Kit? ¿No piensas que será muy divertido intentar lograrlo?

—¡Ya lo creo que sí! —repuso Kit—. Y os he de decir que pintando soy un as. Un toque aquí, otro toque allá y la embarcación quedará pintada en un periquete, ya lo veréis. ¡Adelante! Subamos a vuestro bote. Esta mañana tengo ganas de moverme.

Recorrieron a buen paso la distancia que separaba el jardín de Robin y Betty de la orilla del río. Soltaron las amarras del bote y embarcaron en él, despojándose, prematuramente fatigados, de sus mochilas. Los dos chicos cogieron los remos. Al poco avanzaban por el río con bastante rapidez. Brillaba el sol en las alturas. Robin y Kit no pararon de bogar hasta el momento de su llegada a la casa flotante.

—Ahí la tenemos —comentó Robin, contemplando aquélla extasiado. La embarcación quedaba medio oculta junto a la orilla por obra de los frondosos sauces que crecían en la misma—. Y ahora que caigo en la cuenta... ¿Habéis llegado a ver su nombre, pintado a proa o popa? Yo no.

—Aquí lo tienes —contestó Kit cuando el bote se aproximó un poco más—. «El Cisne Negro». El nombre es bonito. Pero en otro tiempo debió ser blanco. ¡Sujeta nuestra amarra ahí, Robin! ¡Todo el mundo a cubierta!

Se les ocurrió echar un vistazo al edificio que el día anterior visitara Robin, a cierta distancia del punto en que ellos se encontraban. Desde la chimenea de aquél se elevaba una columna de humo. Por lo demás, la casa parecía tan desierta como la primera vez que la contemplaron.

—No creo que se presente aquí nadie para interrumpirnos en nuestro trabajo —opinó Robin—. Dame la mano, Betty. ¡Arriba! ¡Ya está! Ahora te toca a ti, Lucy. Ayúdala, Kit.

Echaron a andar por las sucias cubiertas de «El Cisne Negro». La verdad era que no sabían por dónde iniciar sus tareas.

—Nos ocuparemos primero del exterior. Luego pasaremos adentro —sugirió Lucy, por fin—. ¿Os vais a poner a aplicar la pintura blanca que hemos traído, chicos? Entonces, ¿por qué no atendéis primeramente a la parte de la casa, esto es, a las ventanas y paredes? Después podríais seguir con las puertas.

—Nosotras limpiaremos las cubiertas —dijo Betty, sacando de su mochila algún



jabón y vanas bayetas—. La verdad es que están necesitadas de un buen fregado. Hubiera sido mejor baldearlas, pero no hemos pensado en los cepillos y los cubos precisos para llevar a cabo tal trabajo.

—Probablemente hallaremos esos elementos en la cocina o en cualquier otra parte de la embarcación —apuntó Lucy.

Ésta se fue con Betty. Unos minutos después lograban localizar un balde y dos cepillos con mango de distinto tamaño. Ambas se pusieron muy contentas con su hallazgo. Con ayuda de una cuerda llenaron de agua el cubo. Inmediatamente se aplicaron con entusiasmo a su labor.

La cosa, en efecto, resultaba divertida. El trabajo era duro, pero las tablas de las cubiertas iban ofreciendo lentamente otro aspecto. Cuando el agua del balde tomaba un color negruzco la arrojaban al río, procediendo a llenar de nuevo aquél.

Entretanto, Kit y Robin andaban de un lado para otro con su pintura blanca. Kit no había mentido... Sabía pintar y enseñó a su compañero lo que tenía que hacer para que con los sucesivos brochazos la pintura quedara uniformemente distribuida. Lo que habían hecho hasta aquellos momentos no hubiera sugerido a nadie muchos reparos.

Las dos chicas limpiaron también las ventanas y luego intentaron pulir los metales, especialmente las barandillas de las cubiertas. Pero estaban demasiado sucios. En este momento eran las once. Los cuatro se sentían cansados y hambrientos.

—Sentémonos unos instantes para comernos unas galletas con un poco de chocolate —propuso Robin.

Aprobada por los demás la sugerencia, se instalaron en uno de los sitios aseados por las dos niñas, devorando con excelente apetito el sobrio refrigerio.

—¡Cómo han cambiado de aspecto las paredes que habéis estado pintando! —exclamó Betty—. Y, ¿verdad que las cubiertas, ahora que están limpias, tienen otra cara?



En cuanto hayamos descansado un rato Lucy y yo nos pondremos a limpiar los camarotes. No hay nada que esté en orden dentro de ellos. Sacaremos los colchones y las almohadas para que se aireen. Tienen que estar impregnados de humedad.

Los chicos tuvieron que trabajar de firme, realmente, para limpiar a fondo la casa flotante. Lucy y Betty fueron amontonando cojines y ropas de cama, que luego colocaron al sol. Abrieron todas las puertas y ventanas de la embarcación, dejando que circulara libremente el aire para que desapareciera el mal olor. Dieron por fin las



doce y media. Tenían que marcharse... En estos momentos su casa a flote ya no recordaba en sus detalles la que ellos descubrieron el día anterior.

—¡Adiós, «Cisne Negro»! —exclamó Betty desde el bote, cuando ya Robin y Kit habían empezado a bogar—. Pronto volveremos... Mañana, quizás. Hemos dejado todo cuanto necesitas para tu completo aseo en uno de tus camarotes, de manera que no necesitamos mucho tiempo para continuar la labor hoy iniciada.

Llegaron a su casa con un poco de retraso para la comida. No había podido ser de otro modo, dados los escasos minutos que previeran para el regreso. A Robin, Betty y Lucy esto les tenía sin cuidado. La madre del amigo de Kit no les tomaría a mal aquello. Ahora bien, Kit era otro caso. Nadie debía enterarse de que se había ausentado de su jardín. De ser descubierto su secreto, la zanja desaparecería bajo un montón de tierra o algo más firme y el chico no podría volver a reunirse con sus amigos.

—¡Adiós! —dijo Kit, introduciéndose en el hoyo—. ¡Hasta mañana!

## El pastel de cumpleaños de Lucy y una sorpresa

Kit no pudo acompañar a sus amigos en la siguiente visita que éstos realizaron a su casa flotante. El señor Barton, su tutor, no le perdía de vista un momento porque la señorita Taylor la mujer-dragón, se había quejado del chico, diciendo que jamás acudía a sus llamadas y que solía esconderse en el jardín. La verdad era que habiéndose ausentado de allí, Kit no pudo oír a nadie que le estuviera llamando. Naturalmente no se encontraba en condiciones de facilitar la explicación oportuna.

Robin, Betty y Lucy prosiguieron con sus tareas de pintado y limpieza del barco. Antes de que transcurriera otra semana el aspecto del mismo podía calificarse de magnífico. Con su capa de pintura blanca llegaba a deslumbrar cuando el sol daba de pleno sobre él. ¡Hasta los metales empezaban a brillar un poco! Las ventanas habían quedado muy bien, así como la pequeña cocina. Las chicas habían fregado la vajilla y sus plumeros hicieron saltar hasta la última mota de polvo posado en sillas y literas.

—Tenemos que celebrar una reunión aquí —dijo Lucy, paseando orgullosamente la mirada por la embarcación—. Sacaremos las mesitas rojas y las sillas que encontramos a popa y las usaremos. Ahora están perfectamente limpias.

—¿Una reunión? —inquirió Robin—. ¡No seas tonta, Lucy! ¿A quién vamos a invitar?

—Nos invitaremos a nosotros mismos —repuso la chica—. La semana que viene es mi cumpleaños. No sé por qué razón no podemos celebrarlo aquí. Por supuesto, contaríamos con el pastel correspondiente. ¡Sería maravilloso, Robin!

—La idea no es mala —convino el chico—. Le pediremos permiso a mamá para que el día de tu cumpleaños nos deje tomar el té fuera de casa. Claro está, le diremos a Kit que venga.

Así, pues, el día del cumpleaños de Lucy cuatro chicos y un perro subieron a la aseada casa flotante para pasearse por sus inmaculadas cubiertas. En un gran recipiente, Robin llevaba el pastel de Lucy.

—Aquí llevo también once velitas —explicó Robin—. Las clavaremos en el pastel cuando esté todo preparado. Contamos asimismo con unos riquísimos bizcochos de chocolate y tres clases diferentes de bocadillos.

Kit había tenido una racha de buena suerte. Por eso se hallaba aquella tarde allí. Tanto su tutor como la señorita Taylor habían salido. Al cocinero le habían ordenado que a su hora le diese el té, pero Kit alegó que no tenía hambre, por lo que no pensaba comer nada. Habíase deslizado en cuanto le fue posible por el hoyo de la cerca reuniéndose con sus amigos, que le esperaban ávidos, con una gran impaciencia. «Sandy» le obsequió con un ladrido de bienvenida.

Nada más llegar a la casa flotante, los dos chicos y la pareja de niñas se pusieron a instalar las sillas y las mesas en los sitios que habían pensado. Encima de estas últimas colocaron sus provisiones y de la cocina salieron a continuación tazas, platos y fuentes. La vajilla, con sus estilizados dibujos en azul y en rojo, resultaba muy

llamativa y alegre.

Lucy echó un vistazo al menudo fogón. ¡Qué lástima que no pudieran hacerse un poco de té!

—Desde luego, como bebida ya contamos con una: la limonada. El té, pues, no nos es indispensable. Pero... sería divertido que utilizásemos esta cocinita. El día menos pensado haremos aquí té o chocolate. Sus primos la llamaron.

—¿Qué estás haciendo, Lucy? Vente para acá ya. Vamos a empezar.

Lucy se llevó unos cuantos platos más, colocándolos en la mesita. Los chicos comenzaron a comer. A «Sandy» se le dio también una silla porque sabía conducirse perfectamente en esas circunstancias. Se comió limpiamente lo que le echaron en el plato y bebió el agua de su taza. Bebiendo hizo bastante ruido. Lucy le disculpó alegando que el animalito tenía que valerse de su lengua y así no todo el mundo era capaz de apurar una taza...

El pastel de cumpleaños salió por fin de su envoltorio, quedando colocado en una gran fuente, en el centro de una de las mesas. Ofrecía un aspecto inmejorable. La madre de Robin había dibujado con crema once rosas encarnadas y blancas a su alrededor, las cuales estaban destinadas a sostener las velitas. Robin procedió a la colocación de éstas.

—¡Ahí las tienes! ¿Qué tal? ¿Cuándo vamos a encenderlas, Lucy?

—Ahora mismo —respondió la chica—. No lucirán mucho al aire libre, pero si es a gusto de todos...

Desgraciadamente, nadie disponía de cerillas, por lo cual las velas hubieron de seguir apagadas. Una verdadera lástima.

—Me da rabia cortar el pastel sin encender previamente las velas —manifestó Lucy, compungida—. Voy a ver si hay cerillas en la cocina.

Estuvo ausente unos minutos, volviendo después con otra cara.

—Encontré una caja. La localicé en el armarito. ¡Adelante, Robin!

¡Ay! Las cerillas en cuestión estaban húmedas. ¡Qué disgusto! Los cuatro realizaron varios intentos para encender aquéllas. Todas sin resultado. Al final se enfadaron. «Sandy» observaba la escena con marcado interés. No acertaba a explicarse por qué razón Robin y los demás no se olvidaban de sus juegos por un momento y se ponían a partir el pastel. Sabía que los perros en aquellas jornadas memorables de los cumpleaños eran obsequiados habitualmente con un buen trozo...



—Esto quiere decir que hemos de partir el pastel sin encender las velas — manifestó Robin—. Ahora acordaos todos de esto: en el momento de probar aquél es preciso que cada uno formule un deseo. Esta clase de deseos tienen un poder mágico y siempre se ven realizados más tarde.

—¡Guauu! —respondió «Sandy», complacido. ¡Ya sabía lo que iba a desear! ¡Que hubiera una buena cantidad de conejos que cazar!

Después, súbitamente, «Sandy» se irguió en su silla y gruñó. Los chicos le contemplaron atónitos.

—¿Por qué gruñes, «Sandy»? —le preguntó Lucy—. ¿Estás enfadado porque aún no te hemos dado el trozo de pastel que te corresponde? ¿Sabes? ¡Eres un impaciente!

«Sandy» volvió a gruñir. Robin observó que los pelos del cuello se le habían puesto de punta. Al perro le pasaba eso siempre que se irritaba. Pero, ¿por qué se iba a enojar ahora?

«Sandy» había vuelto la cabeza hacia las caídas ramas de los sauces de la orilla, entre las cuales reposaba medio escondida aquella casa flotante. ¿Se acercaba alguien? Los chicos no oyeron nada sospechoso. Claro que alguien que anduviera por la mullida hierba de las cercanías no tenía necesariamente que producir ruidos... A ninguno de ellos les complacía precisamente la idea de ser sorprendidos allí. Habían iluminado la casa flotante, habíanla pintado también, mirándole como si fuera suya, pero sabían perfectamente que no les pertenecía.

—Un momento —dijo Kit en voz baja—. Podría tratarse de alguien que nos estuviese acechando. En caso de que se presente aquí algún desconocido yo me haré

pasar por mudo. Cualquiera se daría cuenta de que soy americano si abriera la boca para hablar. No me es posible pronunciar las palabras como lo hacéis vosotros, ni puedo tampoco, por más que lo intento, dar a las frases la misma entonación que...

Kit guardó silencio de pronto, mirando entre los árboles. Algo se había movido en la orilla. ¡Alguien caminaba por ésta!

—Confiemos en que no nos vea —susurró Robin—, Lucy: ordénale a «Sandy» que se esté quieto. Me parece que va a volver a gruñir de un momento a otro.

Lucy sujetó a «Sandy» por el collar. El perro la obedeció en el acto. Sabía en qué momento tenía que estarse quieto. Robin y sus compañeros se habían quedado como estatuas. Oyeron a alguien toser entre los árboles. Aún no podían ver a nadie y estaban seguros de no ser vistos todavía...

Luego recibieron el leve sonido de una cerilla al ser frotada y aspiraron el olor de un cigarrillo recién encendido.

Un rumor de pasos y... en la orilla, allí donde terminaban los sauces, se había plantado un hombre de elevada estatura que miraba atentamente hacia la embarcación. Sus azules ojos parpadeaban. En la boca tenía un cigarrillo. Contemplaba la casa flotante y los niños que en ella se encontraban con evidente asombro.



Robin, Kit, Betty y Lucy no apartaban tampoco los ojos de él. No sabían qué hacer ni qué decir. Habíanse quedado petrificados. «Sandy» gruñó.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó el hombre, por fin, saltando a bordo de la embarcación—. Una brillante reunión, ¿eh? Y a juzgar por el pastel se trata de una espléndida fiesta de cumpleaños. ¿Me equivoco?

Todos guardaron silencio. El recién llegado inspeccionó las cubiertas, asomó la cabeza por las ventanas de los camarotes, repasó la salita de estar... Estaba auténticamente sorprendido.

—Supongo que ninguno de vosotros tiene lengua —manifestó dejándose caer en

una silla—. Ahora bien, me gustaría haceros unas cuantas preguntas, de estar equivocado en mi suposición.

—Claro que tenemos lengua —dijo Robin—. ¿Qué desea usted preguntarnos?

—Quisiera saber antes que nada qué hacéis en mi casa flotante.

Los chicos escucharon impresionadísimos estas palabras. ¡«Su» casa flotante! ¡Qué mala suerte que hubiesen elegido aquel día para ir allí!

—También me gustaría que me dijerais quien le dio al viejo «Cisne Negro» estas deslumbrantes manos de pintura. Y quien limpió las habitaciones. Se trata de un misterio. Me imagino que no conocéis ninguno las respuestas a mis preguntas.

Robin no podía evitarlo... La verdad era que aquel hombre le era simpático. Pero, ¿y si por una rara casualidad resultaba ser el perverso tío de Kit?

—¿Es suya esta casa flotante, señor? —inquirió el chico—. Lo siento. Quizá nos hayamos metido donde nadie nos llamaba. Sin embargo, yo fui a ver a la vigilante de la casa que hay allí arriba para pedirle permiso, con objeto de que nos autorizara para subir a esta embarcación. Ni siquiera parecía conocer la existencia de la misma. Nos hemos dedicado a limpiarla y a pintarla. Pensamos que era muy bonita y que era una pena que se fuese desmoronando poco a poco.

—En esto último, muchacho, estoy de acuerdo con vosotros —replicó el hombre—. Tengo que decir que me parecéis distintos de todos los chicos que he conocido hasta el momento. Lo general es que, a vuestros años, os dediquéis a causar el mayor daño posible, dentro de ciertos límites. Vosotros, por el contrario, os habéis dedicado aquí a ponerlo todo en orden. ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Robin. Ésta es mi hermana Betty, y esta otra Lucy, mi prima.

—¿Y tú, quién eres? —inquirió el hombre, dirigiéndose a Kit, quien, desde luego, no había pronunciado una sola palabra.

Kit hizo un esfuerzo para dar la impresión de que era tan estúpido como mudo.

El chico se quedó con los ojos fijos en el hombre, sin contestar.

—Ése es Sammy, señor —explicó Robin, citando el primer nombre que se le vino a la cabeza—. No podrá hacerle hablar. Es mudo.

—¡Pobre muchacho! —Y, efectivamente, el desconocido al pronunciar estas dos palabras daba la impresión de sentirse apesadumbrado—. ¿Puedo hacer algo por ti? Soy médico. Quizá pudiera hacerte algún favor...

Robin se apresuró a intervenir.

—Es un caso perdido, señor —manifestó algo nervioso. ¡No convenía despertar el interés profesional de aquel doctor!—. Bien... Será mejor que me vaya, acompañado de mis amigos, puesto que la embarcación es suya. Como ya le dije antes, lamentamos habernos metido en un sitio al que nadie nos llamó, que no es nuestro...

El hombre sonrió y los chicos se sintieron tranquilizados al comprobar que su reacción no correspondía ciertamente a una persona de mal genio.

—Desde luego, nadie os llamó aquí. Pero es que vuestra visita ha sido muy satisfactoria desde mi punto de vista... ¡Mucho!

—Me imagino, señor —contestó Robin, sonriendo también—, que me dejara repetirla con Sammy, Betty y Lucy...

—Es posible que acceda. Antes fijaré una condición, no obstante. La siguiente: habréis de invitarme a vuestra fiesta y dejarme probar un trozo de ese delicioso pastel. ¿Por qué no encendéis las velitas?

Esta vez fue Lucy la que habló:

—No tenemos cerillas.

El hombre extrajo de un bolsillo una caja, entregándosela solemnemente. La chica no tuvo más que coger una cerilla, frotarla y... ¡no necesitó más para encender las once velitas! A continuación procedió a cortar el pastel. El primer trozo se le ofreció al «visitante».

—Tome usted, señor..., señor...

—Cunningham es mi apellido. Muchas gracias, Lucy. Que cumplas muchos años más. Y, por favor, ocúpate con tus primos y este chico de mi casa flotante todo el tiempo que quieras y en la forma que te plazca. ¡Te la arriendo por este trozo de tu pastel de cumpleaños!

¡Qué suerte! Las dos parejas de chicos se miraron encantados. La casa-embarcación quedaba en estas condiciones como si fuera suya. ¡Qué estupendo! Podrían jugar en ella siempre que se les antojara...

## ¿Quién es Sammy?

El señor Cunningham se comió su trozo de pastel, declarando luego que no había probado otro mejor en su vida.

—¿Formuló usted algún deseo? —le preguntó Lucy—. Ya sabe que hay que desear algo en el momento de comerse el pastel.

—Naturalmente —contestó el señor Cunningham—. Bueno, ¿y dónde vivís vosotros? Ignoraba que por aquí hubiese algunas casas.

—No las hay —manifestó Robin—. Solamente esa de ahí arriba. Nosotros vivimos en una de las dos que se encuentran remontando el río. Hemos llegado hasta aquí en nuestro bote. ¿Y usted dónde vive?

—Yo he vivido en esa casa situada más allá de los prados —dijo el hombre, haciendo un movimiento de cabeza—. Ahora quiero alquilarla. Bueno, creo que lo he conseguido ya, de manera que he tenido suerte.

—¿Querrán los que vengan utilizar la casa flotante? —preguntó Betty, alarmada.

—No... Yo creí que estaría hecha una ruina, por lo cual no la mencioné siquiera. No tenéis por qué preocuparos.

—En esta embarcación no poseen ningún derecho. Podéis decir que os la he alquilado yo, si alguien os pregunta. Por un precio, mucho me complace el declararlo, muy conveniente para mí: un delicioso trozo de pastel de cumpleaños de Lucy.

—¿Quiere otro? —le preguntó Lucy, cogiendo el cuchillo.

—Bueno... Entonces resultará que me has pagado el alquiler por dos años. Muchísimas gracias, pequeña.

Kit, durante todos aquellos minutos, había limitado a mordisquear su ración de pastel en silencio.

El señor Cunningham concentró su atención en él.

—¿Siempre ha sido mudo? —le preguntó a Robin.

Éste se puso encendido como la grana. No sabía qué responder. Le gustaba decir la verdad, pero no podía traicionar a su amigo.

—Pues... no siempre —replicó al fin.

Lucy observó que su primo se movía con mucha inseguridad en aquel terreno, por lo que decidió acudir en su ayuda variando el tema de la conversación.

—¿Quieres otro trozo de pastel, Sammy?

A Betty le dieron ganas de reírse cuando oyó a Lucy llamar Sammy a Kit. Éste produjo un curioso ruido con la garganta y tomó otro trozo de pastel.

—¿Es ése el único sonido que puede producir? —preguntó Cunningham.

Robin y las chicas pensaron entonces en los formidables alaridos que solía proferir su amigo cuando, por ejemplo, ejecutaba su danza guerrera.

—No, no... Es capaz de hacer otros ruidos —declaró Robin—. ¿Quiere usted un bizcocho?

—No. muchas gracias, tengo que irme —señaló el señor Cunningham,



poniéndose en pie—. Bien, chicos. Muchas gracias por haberme pagado el alquiler de mi embarcación por dos años. Ya sabéis que estáis autorizados para usarla cada vez que os plazca. ¡Adiós!

—¡Adiós! —Contestaron todos, con la excepción de Kit, que volvió a hacer otro extraño ruido con la garganta.

«Sandy» despidió al señor Cunningham con un cortés ladrido. Le había sido francamente simpático aquel inesperado visitante.

Durante unos momentos los chicos vieron cómo el señor Cunningham se alejaba en silencio. Al fin, aquél se perdió entre los árboles. Luego, Betty se echó a reír.

—¡Pobre Sammy! —exclamó la niña—. ¡Cuánto lo siento! ¿De veras te has quedado mudo?

Kit repitió los ruidos de las dos ocasiones anteriores y sus amigos se rieron a más no poder. Por último, los labios del travieso muchacho se dilataron en una amplia sonrisa y pareció recuperar de pronto el habla.

—Gracias por haber secundado tan bien mi idea —dijo—. Creo que no hay nada que temer de ese hombre... Sin embargo, hay que tener en cuenta que si alguna vez tropezamos con uno de los espías de mi ambicioso tío no lo advertiremos. Si el señor Cunningham es de aquéllos, de todos modos, no se le ocurrirá pensar que un chico mudo llamado Sammy es Kit Anthony Armstrong quien, precisamente, ¡de lo que menos tiene es de mudo!

—Yo no pienso que ese hombre abrigue malas intenciones —opinó Lucy—. Me pareció muy afable y simpático... ¡Qué fantástico habernos cedido la embarcación a cambio de un par de trozos de pastel! Los mayores hacen siempre cosas extrañas, ¿verdad?

—Gracias a él encendimos las velas —manifestó Betty—. Mira, Lucy... Ya arden con menos fuerza. Vamos, apágalas. Tienes que conseguirlo soplando una vez.

Lucy consiguió su propósito con un solo intento.

—Te das buena maña soplando, Lucy —comentó Kit tanteándose la cabeza—. ¿Tengo todavía los cabellos en su sitio?

Las risas se generalizaron. Estaban todos muy contentos de no haber tenido ningún tropiezo con motivo de su estancia en la casa flotante. Y su alegría se desbordaba al considerar que además ésta era como si fuese suya. ¡Qué bien lo pasarían allí a lo largo de los días siguientes!

—¿Qué creéis? ¿Nos dejará mi madre pasar una noche aquí? —inquirió Betty de repente—. ¿No sería estupendo?

—En ese caso habremos de poner en su conocimiento cuanto hemos hecho en la casa embarcación —manifestó Robin—. Bueno, eso ahora da lo mismo, ya que contamos con la autorización del dueño. Mamá podría permitirnos que nos quedásemos aquí una noche o una semana, incluso.

—¿Habéis pensado en Kit? —preguntó Lucy.

Los ojos del chico habían comenzado a animarse ante la idea de pasar en la casa a

flote toda una noche.

—¡Oh! Podría escaparme de casa a última hora de la noche para volver a ella a primera hora de la mañana siguiente —se apresuró a decir Kit—. Supongo que no habréis pensado en dejarme a un lado tratándose de una aventura como esa, ¿verdad? No temáis. Sea de una manera o de otra participaré en ella. Pero... de momento tengo que regresar a mi jardín, pues de lo contrario el Dragón se quejará de mí al señor Barton. No quiero verme encerrado bajo llave en mi habitación ni sufrir cualquier otro castigo por el estilo.

Los chicos recogieron sus cosas y varios minutos después se hallaban acomodados en el bote. Muy complacidos por haber pasado una tarde tan agradable, fueron alejándose de la casa embarcación con rítmicos y suaves golpes de remo. A cierta distancia ya, volvieron la cabeza hacia aquélla. Bajo los rayos del sol ofrecía un aspecto magnífico.



—¡Hasta pronto, «Cisne Negro»! —dijo Betty—. Ahora eres nuestro. Nos has sido cedido en alquiler. No tardaremos mucho en regresar para pasar una noche en tus camarotes.

Por suerte, Kit había regresado a su hora y nadie supo que había pasado la tarde fuera. Lucy le dio otro trozo de su pastel de cumpleaños, con el encargo de que lo guardara en su habitación.

—Pedid permiso a vuestra madre para dormir una noche en la casa flotante —dijo el chico a Robin—. Eso se puede hacer mientras dure el buen tiempo. ¡Ah! Preguntadle también si ella ha oído hablar del señor Cunningham. Si de veras éste vive en la casa que dijo, no hay por qué temer nada de él.

Robin, Betty y Lucy pusieron a la madre de los dos primeros al corriente de lo ocurrido. La buena señora escuchó a sus hijos y a su sobrina desconcertada. Le sorprendió especialmente la historia del descubrimiento, pintado y limpieza del «Cisne Negro».

—Pero ¿cómo se os ocurren esas cosas? Habéis estado expuestos a dar un mal paso. El señor Cunningham fue muy amable al deciros que podíais ir allí cuando quisierais.

—¿Tú le conoces, mamá? —inquirió Betty.

—He oído hablar de él. Vivió en otro tiempo en la casa que hay por donde estuvisteis, pero ahora creo que andaba haciendo gestiones con el fin de alquilarla.

—Nos dijo que la había alquilado ya —explicó Robin—. Pero la gente a la que ha cedido su vivienda no va a utilizar la embarcación. Mamá: ¿nos dejarías pasar una noche en ella? ¡Anda, déjanos!

—Bueno, bueno... Primero habré de enterarme de si el señor Cunningham habló en serio. Le telefonaré. No me costará mucho trabajo localizar su número.

Los chicos, al quedarse solos, se miraron entre sí. Sentíanse muy animados.

—¿A qué mamá nos dice que sí? —aventuró Robin—. ¡Qué estupendo! Pensad en el momento en que estemos desayunando allí o andemos ocupados en la cocina, friendo jamón y huevos...

Todos olían ya el perfume que entonces saldría de aquel rinconcito de la casa flotante. Esperaban impacientes el regreso de su madre. Ésta no tardó en volver a entrar en la habitación en que se hallaban. Ahora parecía más bien confusa.

—Sí... Creo que todo está en orden. El señor Cunningham juzgó muy divertida la escena de vuestra reunión a bordo de su casa, habiéndole complacido no poco que aseaseis y pintaseis ésta... No obstante, me ha hablado acerca de un chico llamado Sammy, un niño mudo.

Robin, Betty y Lucy volvieron a mirarse, esta vez asustados. ¡Qué mala suerte que el señor Cunningham hubiese mencionado a Kit! ¿Qué iban a hacer ahora? Optaron por guardar silencio, confiando en que la dueña de la casa cambiaría espontáneamente de tema.

—¿Quién es ese Sammy? ¿Por qué no me habéis hablado nunca de él? ¿Es de verdad mudo? ¿Quién es en realidad? ¿Dónde le habéis conocido?

—Es un chiquillo de mi edad, aproximadamente —contestó Robin por último—. Lo conocimos por una casualidad...

—El señor Cunningham me ha dicho que es mudo —insistió la madre—. Es un buen médico y me pregunta si podría hacer algo por el chico. Supuso que sería hermano o primo vuestro.

—¡Oh! —exclamó Robin, sin poder contenerse.

Su madre le miró fijamente con un gesto de impaciencia.

—¡Dentro de poco voy a pensar que el mudo eres tú! ¿Dónde vive vuestro



amigo?

Era esta última una pregunta extraordinariamente peligrosa... Afortunadamente, «Sandy» medió, con tanta oportunidad, que nadie tuvo necesidad de contestarla. «Tiger» la gata, entró en la habitación en aquel instante, y «Sandy» la vio. Con un alarido que denotaba su repentina excitación, saltó sobre ella y, claro, a los pocos segundos se organizaba dentro del cuarto de estar de la casa la gran refriega. «Tiger» saltaba de acá para allá, y «Sandy» le perseguía, enloquecido, derribando cuanto encontraba a su paso. La madre de Betty daba voces y su sobrina Lucy chillaba desafortadamente.



Por fin, «Tiger» se hartó. Volviéndose, hizo frente a «Sandy», mostrándole las menudas garras. Casi inmediatamente, diez agudas agujas se clavaron en el cuerpo del perro. «Sandy» aulló de dolor. Giró velozmente y corrió a esconderse detrás de Lucy... Pero «Tiger» se lanzó en su persecución...

¡Pobre «Sandy»! Seguido de muy cerca por «Tiger», abandonó el cuarto. La gata dio un salto, cayendo sobre su lomo, volviendo a clavarle sus menudas pero afiladas garras. El castigado animal subió a toda velocidad unas escaleras que quedaban cerca de él. Le pisaba los talones «Tiger», que no estaba decidida por lo visto a abandonar así como así a su presa. Unos minutos más tarde aparecían en el mismo plan los dos, precipitándose otra vez dentro del cuarto de estar, deslizándose por entre las piernas de los presentes. La madre de Betty estaba furiosísima.

Lucy se las arregló para coger e inmovilizar «Sandy» y su tía cerró a tiempo una puerta, con lo cual los dos contendientes quedaron separados.

—¡Vaya! —exclamó con un suspiro la madre de Robin—. Malo es que un perro

se lance detrás de un gato con intenciones homicidas, pero peor es aún que se inviertan los términos. Lucy: llévate a «Sandy» a tu habitación, acomódalo en el cesto que le destinamos y cierra con llave la puerta. No quiero volver a verle por aquí en dos horas por lo menos.

Robin, Betty y Lucy salieron de la habitación en que se encontraban acompañados de «Sandy». Depositaron al perro, jadeante, en su cesto, inspeccionando detenidamente su cuerpo para ver si descubrían huellas de arañazos. Suspiraron aliviados.

—«Tiger» no pudo entrar con más oportunidad —comentó Robin—. Creo que no hubiera sabido contestar nada con respecto a Kit. Espero que mamá se olvide de nuestro amigo.

Eso fue lo que ocurrió. ¡Qué suerte! No les hizo ninguna pregunta más. Se limitó a declarar, simplemente, que si en los días siguientes se portaban bien les dejaría dormir una noche en la casa flotante.

—¡Tenemos que decírselo a Kit! —sugirió Robin—. ¿Verdad que esta noticia le va a causar una gran impresión?

## ¿Es el tío de Kit?

Los chicos no acertaban a hablar más que de aquella noche que iban a pasar en la casa flotante.

—Hay dos camarotes, provistos cada uno de dos literas —especificó Robin—. Los justos para nosotros cuatro. «Sandy» dormirá conmigo o con Kit, en nuestro dormitorio.

—Dormirá conmigo —protestó Lucy—. Es lo más indicado... Bueno, y para ver allí, por la noche, tendremos que disponer de velas.

—Pondremos el fogón en marcha —afirmó Robin—. ¡Ah! Hay que acordarse de llevar agua. No podemos consumir la del río.

—Es posible que la mujer que cuida la casa del señor Cunningham nos facilite el agua potable que necesitamos —declaró Lucy—. Podríamos decirle de paso que aquél nos autorizó a utilizar su embarcación.

—Sí... De esa manera nos evitaremos cargar con una cosa más —opinó Robin—. Mamá nos dará el jamón, los huevos y el pan que necesitamos.

La madre de Robin les indicó que podían efectuar su tan ansiada excursión el siguiente viernes. Inmediatamente se pusieron en comunicación con Kit para darle cuenta de sus propósitos. Su amigo se puso muy contento.

—Me uniré a vosotros —anunció—. No podré salir por ninguna de las puertas de la casa porque éstas suelen quedar cerradas con llave de noche, y si yo abriera alguna, levantando también, como es natural, los pestillos, con toda seguridad que el señor Barton lo descubriría todo al día siguiente. Acostumbra a levantarse temprano. Utilizaré para salir la ventana de la buhardilla. Por la tabla pasaré al árbol y de éste al suelo.

—¿Cómo? ¿A oscuras? —inquirió Lucy.

—No tan a oscuras, tonta. Saldrá la luna... Aparte de que me las arreglaría perfectamente sin ella también —repuso Kit, desdeñoso.

—¿Podrás venir con nosotros de excursión mañana? —inquirió Robin—. Pensamos prestarte una bicicleta si decides acompañarnos.

—Sí que me gustaría, pero no me será posible... Tanto el Dragón como el señor Barton se encontrarán a la hora del té y yo habré de estar con ellos. No puedo desaparecer de aquí y faltar a una comida. Mi conducta suscitara sospechas y se dedicarían a vigilarme más estrechamente.

—¡Qué lástima! —exclamó Robin—. Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Dedícate a pensar en la deliciosa noche que vamos a pasar todos reunidos en «nuestra» casa embarcación.

—¡Ya lo creo que lo haré! ¡Cuidado! ¡Aquí viene el Dragón!

La mujer de la feroz mirada avanzaba por el prado. Los chicos se habían situado en la parte posterior del cenador, detrás de unos arbustos. El Dragón llamó a Kit.

—¡Kit! ¡Quiero que hagas una cosa...! ¿Dónde te has metido?

El chico apareció ante ella, silbando tranquilamente. El Dragón iba a sentarse en una silla cuando de pronto algo llamó su atención. ¡Era el pequeño pañuelo azul de bolsillo que llevaba Lucy!

El Dragón se apresuró a cogerlo.

—¿De quién es esto? —preguntó—. Un pañuelito que lleva una «Le» bordada...  
Kit: ¿han vuelto a estar esos chicos aquí?

—¿Qué chicos? —preguntó a su vez Kit en un tono de voz que delataba su pretendida inocencia.

—Sabes muy bien que me refiero a los de la casa vecina —contestó el Dragón, impaciente—. No me explico cómo pueden entrar en el jardín, ahora que rodea el recinto una valla. Claro que los chicos siempre os las arregláis de una manera u otro para colaros al fin donde queréis. ¿Seguro que no han estado en el jardín, Kit?

—¿En el jardín? —repitió el niño—. ¿Ha dicho usted en el jardín, señorita Taylor? ¿Y cómo hubieran podido entrar?

—¡Oh! No sé —repuso la señorita Taylor, enfadada, abriendo el libro que llevaba en las manos—. Es posible que este pañuelo haya llegado hasta aquí impulsado por el viento. No estés ahí como un tonto, Kit. Entra en la casa y mira a ver si encuentras mis agujas de hacer molde. Tráemelas si consigues localizarlas. ¡De prisa!

Kit obedeció, internándose en la casa. Robin, Betty y Lucy continuaron apostados tras el cenador, inmóviles. Apenas se atrevían a respirar. «Sandy» imitó a sus jóvenes amigos. No existía otro perro como él para aquellas situaciones.

Kit regresó. Divisó a Robin en el momento de asomarse ansiosamente desde detrás del cenador y les guiñó un ojo.

—Aquí tiene usted, señorita Taylor —dijo entregándole algo al Dragón.

Ésta emitió un gruñido de enojo.

—Eso no es... Esto pertenece a Cook. Chico, ¡qué estúpido llegas a ser en algunas ocasiones! Me imagino que lo mejor será que vaya yo misma a buscar mis cosas. De lo contrario me expongo a que la próxima vez me traigas los bordados de la doncella.

Con gran contento por parte de Robin, Kit y las niñas, Dragón se levantó, encaminándose hacia la casa.

—¡Bien por ti, Kit! —susurró Robin.

Los tres, en unión de «Sandy» se internaron rápidamente en la arboleda que quedaba al otro lado del prado. Minutos después se deslizaban por el pasadizo de la cerca, poniéndose a salvo.

—¡Qué lástima que Kit no pueda venir con nosotros mañana! —dijo Robin—. No importa. Iremos nosotros tres.

—Aparte de «Sandy» —señaló Lucy inmediatamente.

—«Sandy» no sabe montar en bicicleta —objetó Betty.

—No podemos excluirlo de la excursión —declaró Lucy—. Lo llevaré en mi cesta.

En la tarde del día siguiente se pusieron los tres en marcha. «Sandy» había sido instalado en el cesto de la bicicleta de su dueña. Parecía mirar con cierto desdén a los perros con que tropezaban por el camino, por la posición de preeminencia que ocupaba momentáneamente en relación con ellos. No le agradaba que Lucy hiciera sonar el timbre, que quedaba al lado de él, pero en general el paseo le gustó muchísimo.



Los chicos comieron con excelente apetito cuanto habían echado en sus mochilas y cestas. Luego se dedicaron a buscar fresas. Encontraron muy pocas.

—¡Qué sed tengo! —dijo Robin, pasándose un pañuelo por la frente, empapada de sudor—. ¿Nos queda alguna limonada?

—¡Ni gota! —contestó su prima—. ¿No podríamos acercarnos al poblado para comprar alguna?

—Yo tengo una moneda de seis peniques —manifestó Robin, tanteándose los bolsillos.

Betty y Lucy tenían también unos chelines. Decidieron, pues, montar de nuevo en sus bicicletas y dirigirse a la aldea. Ésta se hallaba enclavada en el cruce de tres carreteras y contaba con muchas tiendas y heladerías.

Entraron en la más grande de estas últimas, pidiendo limonadas y cortes de helado. Mientras se hallaban sentados ante el mostrador paró ante la puerta del establecimiento un gran turismo, del que se apeó un hombre, el cual penetró en el local.

—Dispéñeme —dijo a la dependienta—. ¿Podría indicarme si queda muy lejos de aquí Faldham?

—No está a mucha distancia. Siga la carretera central.

—¿Cuántas millas puede significar eso?

—Unas ocho millas diría yo.

La mujer sirvió a los chicos sus limonadas y helados.

Medió Betty entonces.



—No hay ocho millas —afirmó—. Lo sé por el cuentakilómetros de mi bicicleta. Son, exactamente, seis millas y media.

—¿Vivís en Faldham, por casualidad? —inquirió el hombre, dirigiéndose a Robin y a las niñas.

—Vivimos no muy lejos de allí —contestó con seguridad Robin.

El desconocido tomó asiento, pidiendo a la dependienta un helado para él.

—Se trata de una aldea aislada, ¿verdad?

—Sí. Fuera del poblado no hay más que dos casas: la nuestra y otra situada junto a ella.

—¿Quién vive en esta última? —preguntó el hombre, concentrando su atención en su helado.

—En realidad no lo sé —manifestó Betty.

En este instante Robin le propinó una patada tan formidable en el tobillo que a su hermana le faltó poco para tragarse la cucharilla que había estado manejando con evidente entusiasmo.

—Últimamente, ¿habéis visto gente nueva por allí? —inquirió ahora el desconocido.

Pero esta vez Betty andaba ocupada con su helado. Robin contestó por ella.

—Yo acabo de volver del internado, de manera que no estoy al corriente de las novedades que hayan podido producirse allí.

—¿No habéis llegado a ver por aquel lugar a ningún chiquillo forastero?

—¿De qué edad?

—Pequeño como tú.

—Yo soy mayor ya.

—Bueno, ¡mayor como tú! —replicó el hombre, impaciente.

—¿De qué color tiene los ojos?

—Sus ojos son azules.

—¿Cuál es el color de sus cabellos?

—Son rubios.

—¿Cuántos dedos tiene? —inquirió Robin con toda solemnidad.

El hombre le miró irritado.

—Te crees gracioso, ¿verdad?

—Pues... sí —contestó con toda solemnidad y serenamente Robin.

Betty y Lucy no pudieron contener la risa.

El desconocido se puso en pie. Había terminado por enfadarse.

—Le enviaré a usted un telegrama si veo a un niño grande y pequeño a la vez, de



ojos azules, cabellos rubios y... ¿cuántos dedos me ha dicho usted que tenía? — insistió Robin.

—Procura mostrarte algo más cortés cuando hables con una persona mayor — repuso el hombre.

Éste pagó su cuenta, dirigiéndose a la puerta. Unos segundos después se acomodaba en el coche que le había llevado hasta el establecimiento, cruzando unas palabras con el individuo que se hallaba frente al volante.



—¡Uf! —exclamó Robin con un suspiro de alivio—. Apuesto lo que queráis a que ése es el tío de Kit, aquel sujeto de tan malas intenciones de que nos habló nuestro amigo. Sea como sea se ha enterado de que su sobrino se encuentra en esta región. Tenemos que avisar a Kit. ¡Oh! ¡Qué mala suerte! Supongo que esto traerá como consecuencia la salida de aquí de él. Tendrá que esconderse en otra parte. Betty: hubo un momento en que pensé que, sin querer, ibas a delatarle. Siento haberte dado una patada tan fuerte.

—Hiciste bien —respondió su hermana—. Ni por un momento se me ocurrió pensar que ese hombre pudiera andar detrás de Kit. Espero que no llegará a encontrarle jamás.

—Vámonos... Hemos de regresar cuanto antes a casa, a fin de ponerle en guardia —dijo Robin, poniéndose en pie—. Acomoda a «Sandy» en tu cesta, Lucy.

Avanzaban a la máxima velocidad por la carretera, pedaleando furiosamente. ¡Había que avisar a Kit! ¡Qué afortunada casualidad aquella que determinara su encuentro con el perverso tío del chico frente al mostrador de un establecimiento!

## Un ingrato visitante

Los chicos sólo hicieron una parada en el camino. Eso fue cuando la rueda delantera de la bicicleta de Lucy dio Contra una gran piedra, saliendo «Sandy» proyectado por los aires como consecuencia del choque, desde su cómodo alojamiento de la cesta. Tuvieron que recogerlo para volver a instalarlo en su sitio. El perro no pareció afectarse mucho por aquel incidente.

La madre de Betty los vio en el instante en que guardaban las bicicletas en el cobertizo.

—¿Qué, lo habéis pasado bien? —les preguntó.

—¡Estupendamente!

—Vamos, contadme lo que habéis hecho...

¡Eso era precisamente lo que ellos deseaban evitar! Su propósito se concentraba ahora únicamente en esto: avisar a Kit lo antes posible.

—Vosotros dos —dijo Robin a las chicas— podréis referir a mamá las incidencias de la excursión mientras yo me paso al jardín vecino para hablar con Kit.

Robin había pronunciado estas palabras en voz muy baja.

—¡Nos lo hemos comido todo, mamá! —manifestó después—. Lucy: cuéntale cómo salió «Sandy» disparado del cesto...

—Me cuesta trabajo creer que os hayáis llevado al perro.

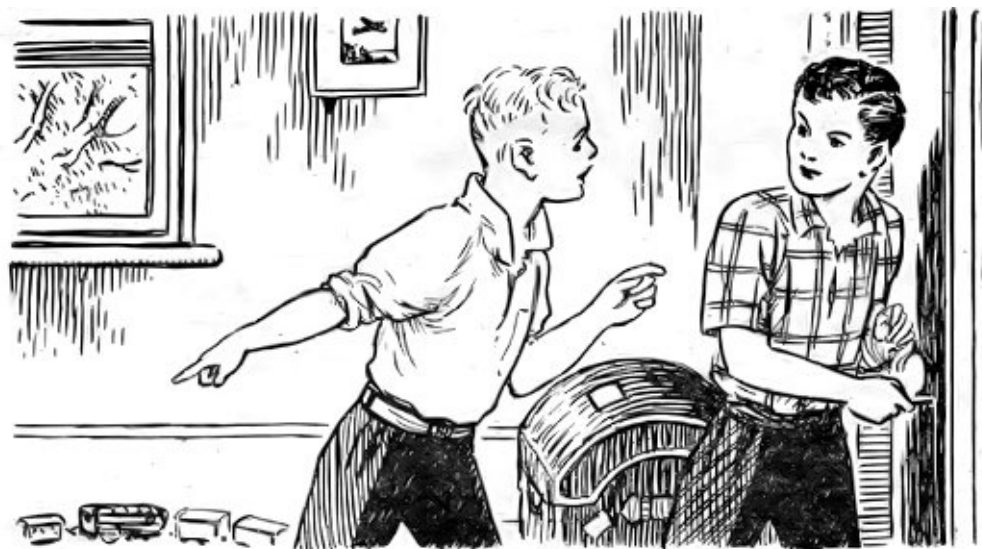
Las chicas se quedaron hablando con la dueña de la casa acerca de la excursión y Robin se encaminó a la zanja que utilizaban siempre para pasar al jardín vecino. ¿Dónde estaría Kit en aquellos momentos?

Lloviznaba. Robin pensó entonces que lo más probable era que Kit se encontrase en la buhardilla jugando. Decidió subir hasta allí. Echó a andar con todo género de precauciones, escondiéndose tras las malezas y los gruesos troncos de los árboles, llegando por fin al garaje. La escalera que necesitaba para subir al tejado del mismo no se hallaba en aquel lugar, pero no invirtió más que un par de minutos en cogerla de la desierta nave para seguidamente apoyarla en uno de los muros de la construcción auxiliar. Luego se plantó en el tejado de ésta, subiendo a las ramas del gran fresno. Avanzando como un gato por ellas se situó por fin frente a la ventana del cuarto en que Kit se refugiaba muy a menudo para entregarse a sus juegos.

Silbó débilmente, intentando imitar el canto del mirlo. No obtuvo ninguna respuesta. Tornó a silbar. Esta vez, tras los cristales de la ventana apareció la cabeza de Kit. El chiquillo sonrió encantado al descubrir a su amigo.

—Entra y verás mi tren eléctrico —le dijo—. Acabo de ponerlo en marcha.

Robin se deslizó por la plancha colocada por ellos entre las ramas y la ventana, saltando ágilmente dentro de la habitación.



El hermano de Betty habló en voz muy baja.

—Kit: ¡creo que ese tío tuyo anda por esta zona!

—No seas tonto, Robin. No es posible que se haya enterado ya de que me encuentro aquí.

—Bueno, pues escucha lo que voy a contarte...

Robin le refirió su encuentro con el hombre del coche, citando las preguntas que aquél le había formulado.

—¡Dios mío! —exclamó Kit—. Eso parece bastante extraño. Gracias por haber obrado con tanta prudencia. Has demostrado ser muy inteligente, Robin. ¿Cuáles son las señas personales de ese individuo?

—Altura regular; cabellos rubios, semejantes a los tuyos; ojos azules, muy azules... Bueno, pero tú no has visto nunca a ese tío tuyo, ¿verdad?

—No —repuso Kit—. Aunque me ha secuestrado dos veces, jamás ha dado la cara, empleando a otros tipos con el propósito de hacer esas sucias faenas. Todo indica, ¿no crees?, que existe cierta semejanza física entre nosotros dos. ¡Vaya hombre! Y yo que pensaba que iba a estar aquí algún tiempo... Estoy contento de haberos conocido. Tú y las chicas sois estupendos. Bien. ¿Qué hago yo ahora? ¿Debo decírselo al señor Barton y al Dragón?

—Yo creo que sí —opinó Robin—. ¿Has oído? ¿Será ése el coche de tu tío?

Se asomaron a la ventana... Robin ahogó un grito de alarma.

—¡Ése es el turismo que vimos en el poblado, Kit! Pero ha pasado de largo... ¡Está entrando en nuestra casa!

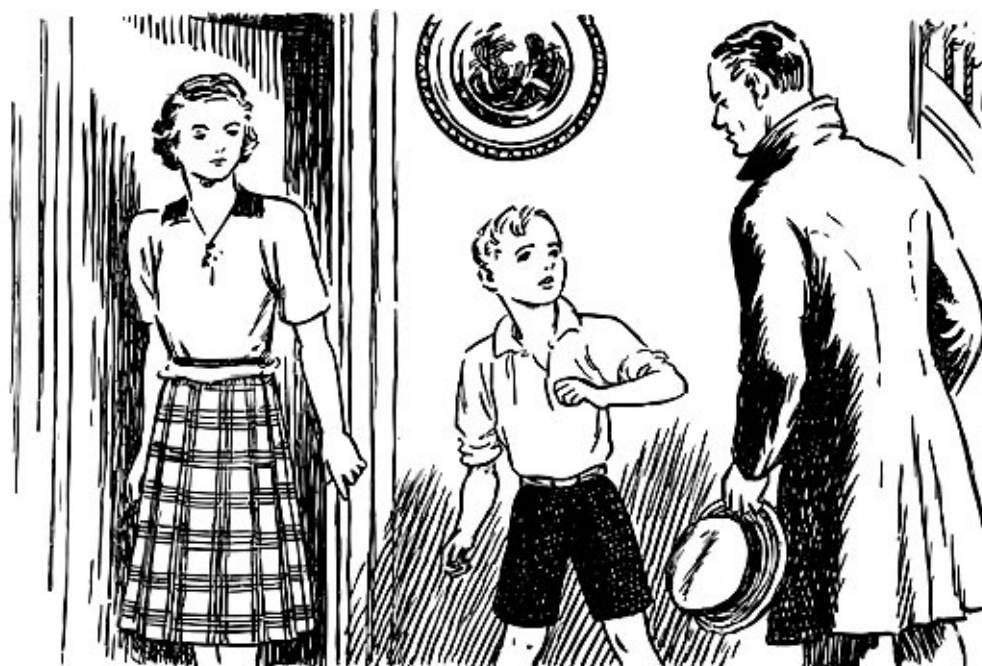
—¡Qué extraño! Será mejor que te vuelvas y así te enterarás de lo que dice ese hombre, Robin.

Éste bajó rápidamente por el fresno y nada más dejar el último peldaño de la escalera echó a correr en dirección a la zanja, pasando a su jardín. Con las mismas prisas se adentró en la casa, ¡tropezando con el visitante en el vestíbulo!

—¡Hola! —exclamó el hombre—. Aquí tenemos a nuestro desconsiderado jovencito del poblado.

La madre del chico salía en este instante del cuarto de estar para ver quién era el recién llegado. En consecuencia oyó sus últimas palabras.

—¿Desconsiderado? ¿Has sido tú desconsiderado con este señor, Robin?



Éste no sabía adónde mirar. Optó por guardar silencio. El hombre levantó la vista.

—Estoy buscando a un pequeño que creo se encuentra en esta zona —dijo a la madre—. Tengo mucho interés en saber dónde para. Pensé que tal vez estuviera en esta casa o en la de al lado, ya que no he visto más edificaciones por aquí.

—En nuestra casa no hay más chico que Robin. No sé de ningún otro. Pero... ¡espere! Ahí, en la de al lado, hay otro pequeño.

—¿De veras? —inquirió el hombre, interesado—. ¿Cómo es él?

—Bueno, lo cierto es que yo no le he visto nunca —contestó la madre de Robin—. Conozco dos detalles acerca del chico que quizá le ayuden en su búsqueda. Su nombre es Sammy... y el pobre no puede hablar. Es mudo.

—Me figuro que no se trata del niño que busco. El que intento localizar se llama Kit Anthony Armstrong. ¿Está usted segura, señora, de no haber oído hablar de otro chiquillo por estos parajes?

—Aquí no hay más que dos casas. Yo lo sabría si hubiese algún otro, con toda seguridad. Si no es Sammy el que busca mucho me temo que en Faldham no darán ningún resultado sus pesquisas.

—De todos modos, le quedo muy agradecido por su información —dijo el visitante, y se disponía a marcharse—. Debo haber equivocado el camino. Sin embargo, señora, he de rogarle que de oír hablar de un chico de doce años de edad llamado Kit se sirva llamar a este teléfono.

—Por mi parte no habrá inconveniente... —murmuró la madre de Robin, muy confusa, tomando la tarjeta que el desconocido le alargó—. Lamento que mi hijo no

se mostrara cortés con usted. Lo lamento y me sorprende tal actitud en él.

—¡Oh! No se preocupe por eso.

El visitante salió, acomodándose frente al volante de su coche. Poco después se alejaba sin visitar la casa de Kit.

—¡Robin! ¿Qué significa todo esto? ¿Te mostraste de veras descortés con ese hombre? ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Me hizo un sinfín de preguntas. No sé por qué razón tenía que contestárselas —manifestó Robin, con el ceño fruncido—. No me es simpático.

—No hay que portarse así con los desconocidos por el simple hecho de que no sean simpáticos. Verdaderamente, me has avergonzado. Siento no haber podido ayudar a ese hombre. Parece muy interesado en encontrar a ese chico llamado Kit. Se me antojó incorrecto preguntarle por qué le preocupaba tanto descubrir su paradero.

Robin pudo haberle explicado a su madre todo lo que había detrás de aquello, pero prefirió no hacerlo. Se fue en busca de su hermana y su prima, refiriéndoles que el desconocido de la tienda había estado en la casa. Las chicas le escucharon con extraordinaria atención. Se sentían aterrorizadas.

—Afortunadamente, mamá no cree que haya un chico en la casa de al lado y le dijo que sólo había oído hablar de uno que se llamaba Sammy, el cual era mudo. Buena cosa fue que el señor Cunningham aludiera a aquél. Gracias a eso, el visitante se marchó en seguida. ¡Qué lástima! Me imagino que Kit no tardará en irse de aquí.

—¿Y por qué ha de irse? —objetó Lucy—. A fin de cuentas, ese individuo ha desistido ya de buscarle por estos parajes. En consecuencia, orientará sus gestiones en otra dirección. Lo mejor que puede hacer Kit es continuar donde está. Su perseguidor no volverá a estas casas por segunda vez.

—Es verdad, Lucy —dijo Robin, más animado—. Tienes muchísima razón. Si ese hombre no vuelve por aquí dentro de los días próximos me inclino por sugerir a Kit que no diga nada al señor Barton. Debe limitarse a esperar que no volvamos a ver jamás a su perseguidor...

—Ese hombre hablaba con acento americano —declaró Betty pensativamente—. Y no daba la impresión de ser malo, ¿verdad?

—Ocurre muy a menudo que la gente mala parece buenísima —manifestó Robin—. No hay que guiarse de las apariencias. Y, desde luego, tiene que tratarse del tío de Kit porque entre los dos existe cierta semejanza física.



—Bien. El caso es que, si no volvemos a saber de ese individuo, Kit podrá acompañarnos cuando pasemos la noche en nuestra casa embarcación —apuntó Lucy—. Hubiera sido muy desagradable de habernos visto obligados a prescindir de él. Disfrutamos más cuando Kit está con nosotros. ¡Es un chico tan divertido!

Robin y las chicas no pudieron trasladarse al jardín vecino para poner a Kit al corriente de las últimas noticias. Por estar lloviendo, la madre de Betty insistió en que debían quedarse bajo techado, jugando tranquilamente a las cartas.

Entretanto, Kit, ignorante de todo, se sentía preocupado. ¿Qué era lo que en realidad había motivado la visita de aquel hombre a la casa de al lado?

En el momento de acostarse los chicos, cuando ya éstos se desnudaban en sus habitaciones, oyeron una serie de tintineos. Varios guijarros habían rebotado en los cristales de las ventanas. Robin se asomó a la suya... ¡A sus pies divisó a Kit! Éste hizo una seña. Quería saber si había alguien por las inmediaciones...

—No hay novedad —respondió Robin.

Kit se encaramó entonces al peral que había junto al muro de la casa y a los pocos segundos se hallaba sentado en el antepecho de la ventana. Las chicas penetraron en la habitación. Kit fue informado acerca de la gestión del visitante.

—Te busca a ti, no hay duda —explicó Robin—. Mamá lo alejó de aquí sin saber lo que hacía. Creemos que ahora llevará a cabo indagaciones en otros sitios que son denominados igual que esta zona, hay hasta siete Faldham, ¿sabes?, con lo cual no regresará jamás por aquí. En tales condiciones, ¿no crees que lo más acertado sería no decir ni una palabra de todo esto al señor Barton? Podríamos esperar y si el individuo se dejase ver de nuevo...

—Entonces podrías esconderte en la casa flotante —medió Lucy con los ojos muy brillantes.

Kit asintió.

—No diré una palabra —prometió—. Ni una sola palabra. Y, como tú has dicho, siempre dispongo del recurso de ocultarme en la embarcación del río. ¿A quién se le va a ocurrir buscarme allí? Os estoy muy agradecido a los tres. Ahora tengo que irme si no quiero topar con el Dragón echando humo y llamas por las narices...

Los chicos rieron. Kit se deslizó hasta el suelo. En el preciso instante de poner los pies en él la madre de Robin se acercaba a una ventana de la planta baja para correr las cortinas, quedándose inmóvil y asombrada al observar una oscura figura más allá de los cristales.

—¿Eres tú, Robin? —inquinó, levantando la voz—. ¿Qué estás haciendo, pícaro?

Robin oyó sus palabras, y lanzó un gemido.

—¡Dios mío! Ahora mamá descubrirá que ha habido alguien aquí esta noche, pensando inmediatamente que no todo lo que hemos dicho es verdad.

—¡Baja por el árbol en seguida! —sugirió Lucy—. Luego, vuelve aquí subiendo por él. Seguro que entraréis los dos al mismo tiempo en el dormitorio. ¿Cómo va a pensar tu madre que se trataba de otro chico? ¡Rápido!

Las dos chicas salieron disparadas de la habitación. Robin descendió, encaramándose de nuevo al árbol. Apareció en la ventana al mismo tiempo que su madre en la puerta del dormitorio...

—¡Robin! De manera que eras tú, ¿eh? ¿A qué viene este modo de conducirse cuando estoy creída de que te encuentras acostado?

—Lo siento, mamá —replicó Robin, contrito, metiéndose en la cama.

—¡Cuánto me gustaría creerte, hijo! —exclamó su madre, volviéndose para accionar el interruptor de la luz.

¿Cuál, cuál sería, Señor, la próxima travesura de aquellas inquietas criaturas?



## Una noche en la casa embarcación

Los chicos efectuaban detallados preparativos pensando en el viernes. La madre de Robin dijo que tendrían que llevarse ese día algunas sábanas con ellos porque tenía la seguridad de que las ropas de las literas estarían húmedas.

—En cada litera pondréis una de las mantas ligeras que os voy a dar. Habréis de sacar las ropas que hay allí, poniéndolas al sol, para que se aireen bien antes de que llegue la hora de acostaros. Bueno, pasemos a otra cosa... ¿Qué deseáis llevaros para comer?

—¡Oh! Todo lo que sea, mamá —respondió Robin—. Tú no tienes idea de las ganas de comer que se nos despiertan en el río.

—Me lo imagino —contestó la madre del chico, riendo—. De acuerdo... Prepararé una cesta bien surtida. Ya me buscaré a alguien que la lleve hasta el bote. Vosotros iréis ya bastante cargados. No olvidéis los pijamas ni los cepillos de dientes.

¡Eran muchas las cosas en que había que pensar para poder dormir una noche en la casa flotante! La madre de Robin dijo a los chicos que podían dejar en la embarcación algunas de las que llevaban, para utilizarlas cuando fuesen otra vez.

—Todo parece indicar que en lo sucesivo no va a ser un problema obtener permiso para pernoctar allí —comentó Robin—. ¡Ojalá Kit disfrute de las mismas facilidades que nosotros! Siempre le echo de menos cuando no nos acompaña. Lucy: ¿Ya te has acordado de las galletas de «Sandy»?

—¡No faltaba más!

—No olvidemos el cepillo de los dientes y el pijama de mi hermano —dijo Betty.

—¿Qué, «Sandy»? ¿Te gusta la perspectiva de pasar la noche en una embarcación?

—¡Guauu! —Ladró «Sandy», moviendo el rabo.

Él se sentía feliz en cualquier parte con tal de encontrarse al lado de Lucy.

Llegó por fin el día ansiado. Se anunciaba éste caluroso. Los chicos andaban malhumorados por tener que partir sin Kit. Éste no podría burlar la vigilancia del Dragón hasta la noche...

—Me iré a la cama temprano —prometió—. Creo que ya estaré en condiciones de unirme a vosotros alrededor de las nueve. ¿Querrás venir a recogerme con el bote, Robin? Es una molestia grande para ti volver, lo sé, pero es que no se me ocurre otra solución. Naturalmente, podría echar a andar por la orilla del río hasta llegar al sitio en que se encuentra amarrada la casa flotante. Ahora bien, me figuro que en alguna ocasión habría de apartarme demasiado de aquél.

—Así es —corroboró Robin—. Ni que decir tiene, volveré con el bote para recogerte. A las nueve estaré esperándote en el sitio de costumbre. Por entonces oscurecerá ya, de manera que nadie podrá verte.

Robin Betty, Lucy y «Sandy» partieron a primera hora de la tarde. Harry, el jardinero, se fue con ellos, llevando la cesta de las provisiones y unas mantas. Ellos

cargaron con las restantes cosas. Estaban nerviosos, excitados. Aquello de pasar la noche en la embarcación venía a ser para los tres una aventura emocionante.



—Nos acostaremos muy tarde —manifestó Robin—. Yo no estaré de regreso con Kit hasta las nueve y media, por lo menos... Y luego queremos estar charlando un rato.

—Será estupendo acomodarse en el cuartito de la cubierta a la luz de las velas, rodeados por las sombras de la noche, mientras el agua chapotea en los costados de la embarcación... —comentó Lucy—. ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de haber venido a pasar las vacaciones con vosotros!

Harry, el jardinero, depositó en el bote el cesto y las mantas que había llevado desde la casa.

—Bueno, ya lo tenéis todo —dijo—. ¡Que os divirtáis mucho!

—Gracias, Harry.

Ordenadas convenientemente las cosas en el bote, Robin cogió los remos. Hacía mucho calor. Los tres tenían los hombros ardiendo.

—¿Qué tal si nos damos un baño al llegar a nuestra casa flotante? —propuso Lucy—. ¡Hemos de refrescarnos de alguna manera!

Atracaron al lado de la embarcación. Robin fue pasando lo que habían llevado en el bote a las chicas, que fueron depositándolo todo en la cubierta.

Luego Robin amarró el bote y trepó a su vez a la casa embarcación.

—Pondremos las ropas de las literas al sol —señaló—. Mamá insistió mucho en que no dejáramos de hacerlo.

—¡Oh! Démonos un baño primero —dijo Lucy—. ¡Tengo un calor!

—No... Podría olvidársenos eso —insistió Robin—. Vamos. Le prometimos a mamá seguir fielmente sus instrucciones.

Así, pues antes que nada, quedaron tendidas sobre las cubiertas las ropas de las cuatro literas.

—¡Se van a cocer! —exclamó Robin—. Estoy seguro de que este ardiente sol no dejará en ellas la más leve huella de humedad. Bueno, ¿queréis que nos bañemos ahora?

—Sí —respondió Betty—. Acaba de colocar el frasco de la leche en un cubo con agua, para que se mantenga fresca. Pon el cesto de la comida a la sombra, Robin, ¿quieres? Después de bañarnos lo pondremos todo en su sitio.

Se dieron un baño de maravilla en las frescas aguas del río. Los tres eran excelente nadadores. «Sandy», en aquel medio, utilizaba los mismos procedimientos que sus hermanos. «Vamos, vamos... Moviendo las cuatro patitas a la vez», le decía Lucy para animarle. El perro miraba a su alrededor. ¿No existía la posibilidad de que hubiera por allí, también bañándose, algún conejo? El día había sido muy caluroso y... Pero, como de costumbre, «Sandy» sufrió una desilusión.



Al cabo de un rato, los chicos se sintieron cansados, trepando entonces a la cubierta de la casa embarcación para tenderse al sol.

—Me estoy tostando como un grano de trigo maduro —comentó Lucy contemplándose las piernas—. ¿Y si bebiéramos algo? Tengo una sed tremenda.

—Sírvete tú misma —contestó Robin, perezosamente—. No me siento capaz de hacer el menor movimiento.

—¡A mí me pasa igual! —exclamó Lucy amodorrada—. ¿No notáis qué suave balance imprimen a esto las aguas del río? ¿Verdad que es delicioso? Le voy tomando cariño a nuestra embarcación.

Media hora estuvieron descansando. Luego se prepararon un poco de té. Fue una diversión más elegir las literas. Robin depositó sus efectos personales en una de ellas.

—Me imagino que Kit traerá también sus cosas...

Por toda la embarcación había soportes adecuados para las velas. Repusieron éstas en algunos sitios y colocaron estratégicamente también las cerillas necesarias para encenderlas. Robin, Betty y Lucy esperaban con ilusión la llegada de la noche.

Las chicas sacaron las provisiones del cesto, procediendo a ordenarlas en la pequeña despensa. Sirvieron el té en una de las mesitas rojas colocadas al sol.

—Tenemos cerveza para beber —dijo Betty—. Y después de la cena haremos chocolate. Tendremos que hervir un poco de agua.

—Habrà que acercarse a la casa para pedirle a la anciana del otro día que nos la

facilite, entonces —dijo Robin—. Supongo que querrá hacernos ese favor.

—Irás tú a verla, Robin —apuntó Betty—, puesto que ya te conoce. Te llevarás la olla.

En consecuencia, a las seis, aproximadamente, Robin se encaminó con el recipiente al prado en que se hallaba enclavada la vivienda, a cierta distancia de la embarcación. De la chimenea de la edificación salía una columna de humo. Dentro, pues, tenía que haber alguien. El chico se preguntó si habría llegado la familia que había alquilado al señor Cunningham la casa. De momento, sin embargo, no vio a nadie.

Acercóse a la puerta posterior y llamó. No oyó ninguna respuesta. Volvió a llamar con más fuerza y dio un empujón a la puerta que quedó abierta. La anciana estaba trabajando en la cocina y pareció sobresaltarse al ver a Robin.

—¡Vaya! —exclamó irritada—. ¿Qué te propones asustándome así, muchacho? ¿Qué quieres?

—¿Tendría usted la amabilidad de darme un poco de agua? —le preguntó Robin, cortésmente.

—¿Eh? ¿Estás de excursión con tus amigos por aquí? Vale más que os vayáis entonces. El señor Cunningham ha alquilado ya su casa y sus inquilinos han venido. Te verás en un lío si pones los pies donde no debes.

—No pueden decirme nada —contestó Robin—. Nosotros estamos en la casa embarcación del río.

—¡Ah! Creo que ya me hablaste de ella cuando viniste el otro día. Aún no he tenido tiempo de acercarme allí para verla. He estado muy ocupada, preparando las cosas para esta gente. Sin embargo, tenéis que andar con cuidado. ¡Pudiera ser que os echasen de vuestra casa flotante!

—Nada de eso. ¿Me dará usted el agua que le he pedido?

—Por la parte de fuera de la cocina hay un grifo —replicó la anciana—. Utilízalo cada vez que lo necesites y no vuelvas a molestarme.

—Gracias. Lamento haberla incomodado. Descuide que no la molestaré ya. Haré lo que usted me ha dicho.

Robin cerró la puerta de la cocina, dirigiéndose hacia el sitio en que se encontraba el grifo. Éste quedaba precisamente debajo de la ventana de la cocina. Cuando Robin estaba llenando su olla escuchó la voz de un hombre, que hablaba en tono muy seco con la vieja.

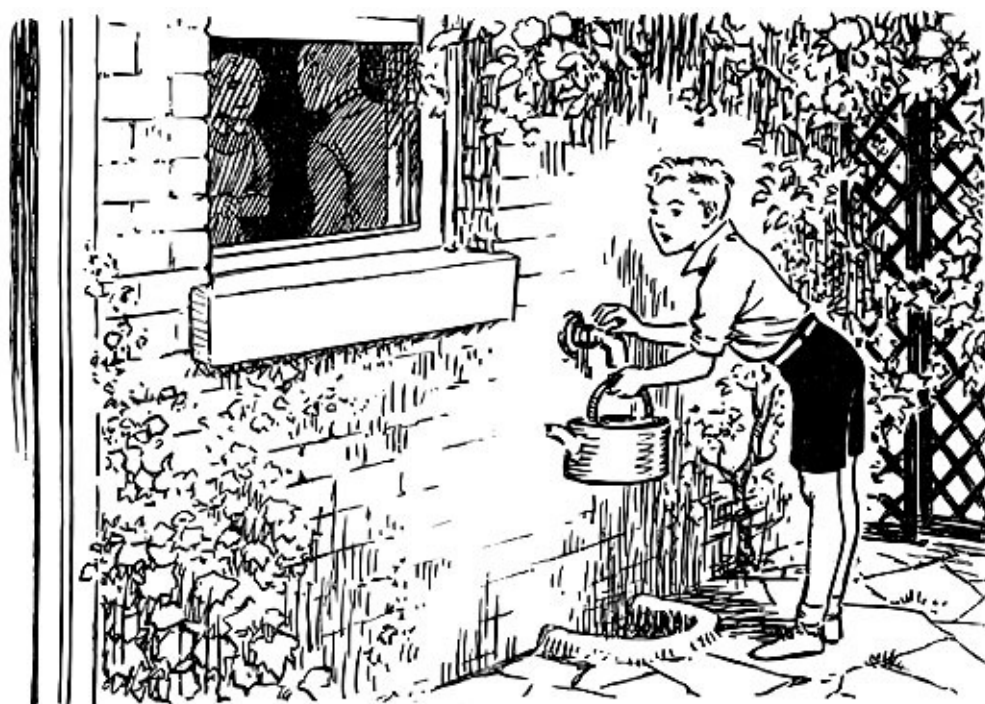
—¿Quién acaba de estar aquí?

—Un chiquillo.

—¿De dónde ha salido ese chiquillo? No quiero ver a ningún niño por aquí. Hemos venido a este lugar para estar tranquilos y lejos de la gente.

—Estuvo hablándome de una casa flotante que queda al otro lado del jardín —repuso la anciana, enojada, evidentemente—. Si quiere averiguar de dónde ha salido esa criatura pregúnteselo usted mismo. Yo no sé nada acerca de él.

—¿Una casa flotante al otro lado del jardín?



La voz del desconocido denotaba una gran sorpresa.

—Es la primera noticia que tengo de eso. Me imagino que pertenecerá también a la finca. Le echaré un vistazo. El señor Cunningham olvidó hablarme de su casa flotante. Quizá me resulte útil cuando me aplique yo al trabajo...

Grande fue el desaliento de Robin al oír estas últimas palabras. Confiaba, no obstante, en que aquel individuo no entorpecería sus planes y los de su amigo Kit y las chicas. ¡Menuda desilusión si tenían que marcharse! Se preguntó si no sería oportuno cruzar unas palabras con aquel desconocido... Pero como después del breve diálogo se hizo el silencio supuso que habría salido de la cocina. Tal vez ni volviera a pensar siquiera en la embarcación.

«Sea como sea, el señor Cunningham nos la alquiló», pensó Robin cuando se encaminaba ya a la casa flotante con su olla llena de agua. «Ese hombre no podrá echarnos de ahí. Señor: ¡que no se le ocurra presentarse en nuestra embarcación esta noche!».

Pero eso fue precisamente lo que él hizo.

## Un buen susto

Robin regresó a la casa embarcación, refiriendo a las chicas la conversación que había oído. Éstas se quedaron muy preocupadas. Cuando los mayores se enfadaban siempre hacían cosas desagradables. Sería horrible verse expulsados de allí cuando ya lo tenían todo dispuesto para pasar la noche en aquel sitio.

—Espero que a ese hombre no se le ocurra venir precisamente cuando tú estés fuera, cuando hayas ido a recoger a Kit —dijo Betty—. Me daría mucho miedo.

—De venir, vendrá antes de oscurecer —aseguró Robin—. No te inquietes. Me cogerá aquí. Aparte de que no debe importarnos su actitud. ¿No contamos con el permiso del dueño?

Pero, sin saber por qué, el plan había perdido parte de su encanto. Los chicos se bañaron de nuevo, contemplando las bandadas de menudos pececillos que pasaban junto a aquélla. Un Martín pescador de plumaje azul y verde, que brillaba bajo los rayos del sol, se posó en una rama próxima, con la cabeza inclinada hacia un lado, atento a los peces también.



De repente se precipitó en el agua, elevándose inmediatamente con una presa en el pico. Un movimiento rapidísimo de la cabeza y el pececillo desapareció.

—Yo creo que nosotros también podríamos pescar —declaró Betty—. Una zambullida en el agua y ¡zas!, a la superficie de nuevo, con un pez en la boca cada uno.

—¡Guauu! —Ladró «Sandy», de acuerdo, por lo visto, con las manifestaciones de la hermana de Robin.

También él examinaba el agua atentamente. Pero no buscaba pez alguno. No acertaba a comprender... ¿por qué le miraba con tanta insistencia el perro que acababa de descubrir en el río? El pobre «Sandy» no comprendía que estaba contemplando un reflejo de su propia imagen.

A las siete y media, aproximadamente, cuando el agua había tomado un color purpúreo a causa de las largas sombras proyectadas por los grandes árboles de la orilla, los chicos oyeron unas voces a alguna distancia. «Sandy» empinó las orejas, gruñendo.

—¡Oh! —exclamó Betty, asustada—. ¿Será alguien que se acerca aquí?

En efecto. Las voces se oían cada vez con mayor claridad. Finalmente,

aparecieron dos hombres entre los sauces que ocultaban a medias la casa embarcación. Su aspecto no era nada agradable. Parecían tan severos como el Dragón. Los chicos volvieron la cabeza en dirección a ellos, sin decir nada.

—¿Qué hacéis vosotros aquí, niños? —preguntó uno de los recién llegados, secamente.

Tenía unos ojos acerados, azules, y los pocos cabellos que cubrían su cabeza eran rubios. El otro individuo era de talla inferior y moreno.

—Vamos a pasar la noche en esta casa flotante —contestó Robin amablemente.

—¡Ni hablar de eso! —dijo el hombre—. Vais a iros de ahí en menos tiempo del que tardo en mandároslo. Hemos alquilado esta finca y no queremos por aquí críos que enreden. Ahora la casa embarcación es nuestra.

—¡No lo es! Nos fue alquilada a nosotros antes —replicó Robin audazmente.

Esto era verdad, pero el hombre no se lo creyó. Limitóse a reír.

—¿Y qué alquiler habéis pagado? —inquirió con desdén.

Nadie contestó.

—¿Queréis hablar? Me imagino que estás diciendo una mentira detrás de otra, por lo cual habéis optado por callar. Bueno, coged vuestras cosas y largaos. Dentro de media hora no quiero ver ahí a ninguno de vosotros.

Esto era más de lo que Betty podía soportar.

—Hemos pagado nuestro alquiler... ¡por dos años completos! —declaró indignada—. Pregúntele usted al señor Cunningham.

—¿Y qué alquiler pagasteis? —preguntó el desconocido, burlón—. ¿Dos peniques por semana?

—No... Le pagamos al señor Cunningham dos trozos del pastel de cumpleaños de Lucy —respondió Betty—. Él nos dijo que con eso le bastaba.

Los dos hombres se echaron a reír.

—Pero, ¿es que esperáis que creamos semejante embuste? —dijo el individuo de inferior estatura—. Bien. Sea cual sea el alquiler que habéis pagado tendréis que iros. Queremos estar solos. Es probable, además, que nosotros mismos utilicemos la casa embarcación.

Betty comenzó a llorar. «Sandy» gruñó. Robin se puso como la grana. Estaba indignado.

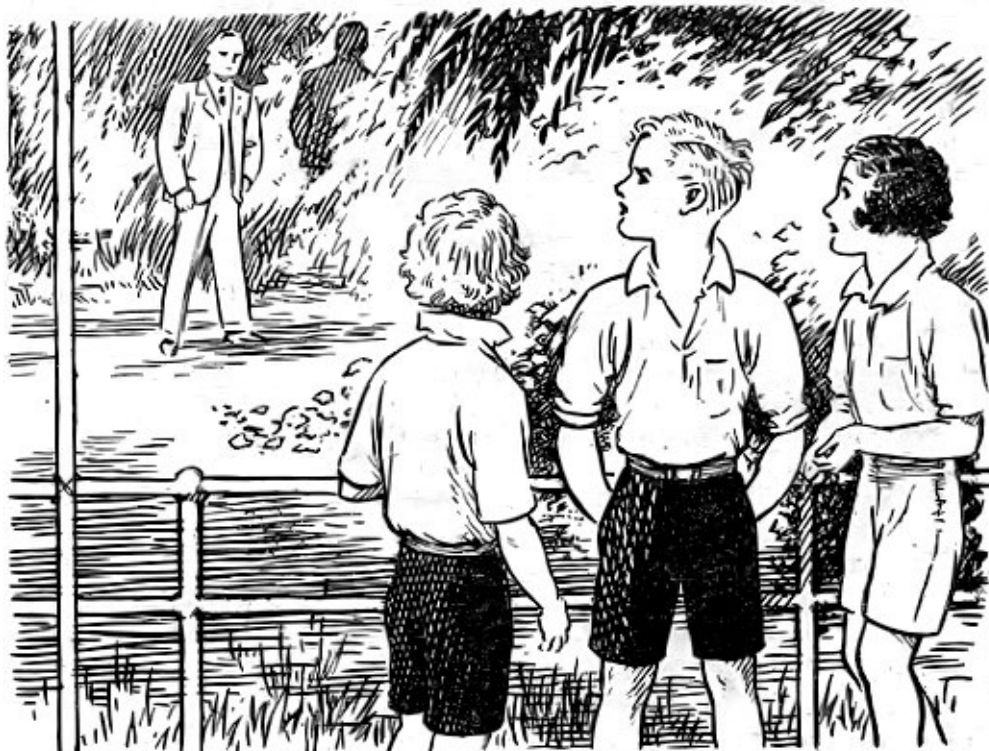
—Haga usted el favor de telefonar al señor Cunningham —indicó—. Él le dirá que nos dio permiso para usar esta embarcación. Nosotros no vamos a molestarles a ustedes para nada. Ni siquiera iremos a su casa a por agua, si tal es su deseo.

—Desde luego, puedes tener la seguridad de que no volverás a poner los pies en nuestra casa —repuso el hombre con aspereza—. En cuanto al señor Cunningham debo decirte que se ha marchado al extranjero... Bueno, eso tienes que saberlo tú muy bien.

—Pues... llame a nuestra madre, entonces —contestó el pobre Robin, más colorado que nunca—. El señor Cunningham le comunicó por teléfono que nos había

dado permiso para subir aquí. Mamá está enterada de todo. Nuestro número es Faldham 5.

—Será mejor que obremos así —opinó el primer hombre, volviéndose hacia su compañero—. Hay que conseguir que esos críos se vayan de ahí, pero de manera que no se les ocurra volver. Vamos... Telefonearemos a Faldham 5.



Subieron por el verde prado. Los tres chicos se miraron entre sí, presas del mayor desaliento. ¡Qué mal iba saliendo su plan! Desde luego, quisieran ellos o no, el señor Cunningham les había dado permiso para utilizar su embarcación. ¡Y qué antipáticos eran aquellos individuos! Lo habían echado todo a perder.

—Apuesto a que mamá se opondrá en lo sucesivo a que vengamos aquí, si esos hombres no quieren que subamos a la embarcación —manifestó Robin con un gemido—. ¡Oh, sí con toda seguridad! Y, ¿por qué se habrá marchado del país el señor Cunningham? De no haber sido así le habríamos telefoneado y la cosa habría quedado arreglada. Es una lástima que no pusiera al corriente a esos individuos acerca de lo que con nosotros había convenido.

Entretanto, aquéllos se habían puesto en comunicación con Faldham 5. En tono más cortés que el que habían empleado para hablar con los chicos, el que llevara la voz cantante explicó a la madre de Robin y Betty el incidente.

—Creemos que debe haberse producido algún error —afirmó el comunicante—. Nosotros hemos alquilado toda la propiedad del señor Cunningham, quien ahora se halla ausente del país, como usted sabrá, probablemente. No podemos consentir la presencia de unos chiquillos aquí puesto que el dueño de la finca nos aseguró una independencia absoluta.

—Le comprendo —contestó la madre de los chicos—. Es cierto que el señor



Cunningham autorizó a mis hijos y a mi sobrina para que utilizaran la embarcación siempre que quisieran, pero, naturalmente, no quiero que haya disgustos por esa causa. Les diré a los niños que no vayan por allí.

—Muchas gracias, señora. Es usted muy amable. Si está en mi mano procurar a esos chicos una compensación por esta contrariedad, si, por ejemplo, me aceptasen cualquier regalo, con mucho gusto yo...

—No, no. Olvídelo, por favor —se apresuró a contestar la madre de Robin—. Ahora bien, si quiere complacerles de alguna forma permítales que pasen esta noche en la embarcación. Se han llevado un puñado de cosas con tal fin y si les obligase a volver inmediatamente les daría un gran disgusto. Estoy completamente convencida de que no causarán ningún daño.

—Pues nada, que se queden esta noche en la casa flotante. Por nuestra parte no hay inconveniente. ¡Buenas noches, señora!

El hombre colgó el receptor, encaminándose luego con su compañero a la orilla del río. «Sandy» gruñó, lo cual fue para los chicos una especie de anuncio de la vuelta del desconocido. Robin y las chicas temían que les obligaran a partir en seguida.

—He hablado con vuestra madre, quien comprende que no tenemos por qué tolerar la presencia de extraños en esta finca habiéndola alquilado. Sin embargo, por esta noche os podéis quedar. En lo sucesivo, ya lo sabéis: no podréis volver por aquí. ¿Entendido?

—Sí —respondió Robin con gesto sombrío.

Los hombres se retiraron. Las miradas de Robin, Betty y Lucy no se apartaban de ellos. ¡Qué gente más antipática!

—Y diría que es como ese tío perverso de quien Kit nos habló —comentó Betty—. Habla como él, arrastrando las palabras.

—No está bien que pensemos que todo americano que no nos es simpático pueda ser el tío de nuestro amigo —dijo Robin—. Esos hombres no tienen nada que ver con él. Y el otro ni siquiera sabía el nombre de Kit. ¡Oh! ¿No es desagradable pensar que no vamos a volver jamás por aquí?

—¿Quién ha dicho eso? —objetó Lucy—. ¿Por qué hemos de renunciar a algo a lo cual tenemos perfecto derecho? ¿Por qué ese individuo nos lo exija? ¡Volveremos! Volveremos siempre que nos antoje... y no esté ese hombre aquí.

—Yo pienso igual que tú, Lucy —afirmó Betty—. Aunque sólo sea para demostrarle que nos importa un comino lo que ha dicho. Sabemos perfectamente que cuando el señor Cunningham regrese nos autorizará por segunda vez a hacer lo que queramos con su casa embarcación.

—Debí preguntar a nuestro interlocutor si nos permitiría utilizar ésta llevándonosla más abajo —declaró Robin, pensativamente—. Si no nos metemos en sus terrenos puede que a él le tenga sin cuidado lo que hagamos. Podríamos anclar frente a nuestra pequeña isla.

—Pregúntaselo mañana —dijo Lucy—. ¿Qué hora es, Robin? ¿No ha llegado ya el momento de que vayas a recoger a Kit? ¡Está oscureciendo!

Así era. Habíase puesto el sol ya. Se acercaba la noche.

El agua del río tomó su característico tono purpúreo a aquellas horas. El suave chapoteo era un sonido extraordinariamente agradable para el oído...

—Vosotras, chicas, podéis preparar la cena. Tendréis que poner a hervir el agua también, la que traje en la olla —dijo Robin, consultando su reloj de pulsera—. Iré a recoger a Kit. ¡Lástima que no pueda darle mejores noticias!

Robin embarcó en el bote. Betty y Lucy entraron en el diminuto camarote que servía de cuarto de estar y encendieron dos velas. El recinto se tornó acogedor inmediatamente. Instalaron allí una mesita plegable y dispusieron la cena sobre ella. Su aspecto no podía ser más atrayente.

—Jamón, tomates, lechuga fresquísima, pan, mantequilla, queso, galletas, ciruelas maduras, manzanas... —Lucy estaba pasando revista. La chica añadió, muy complacida—: ¡Vaya festín! Espero que Robin y Kit no se harán esperar. Me alegro de tener con nosotras a «Sandy». Tengo la seguridad de que si los hombres de antes se acercaran por aquí y se mostrasen igual de antipáticos que entonces, mi «Sandy» no vacilaría en lanzarse sobre ellos.

—Voy a poner la olla en el fogón —anunció Betty.

Ya dentro de la pequeña cocina, encendió aquél. Pronto apareció un grato resplandor.

La chica colocó al alcance de su mano el bote del chocolate, haciendo lo mismo con la leche. Al lado de ambas cosas puso una gran jarra, en la que depositaría el chocolate, una vez hecho. ¡Qué gusto poder hacer todo aquello sin ayuda de nadie, por sí sola!

Al cabo de cierto tiempo, procedente de las oscuras aguas, percibieron una voz.

—¡Ah, de la embarcación! ¡Estamos aquí! ¡Encended una luz, «Cisne Negro»!

Betty encendió un farol y lo colgó de la borda para que Robin viera dónde tenían que atracar y amarrar el bote.

Al poco, los dos chicos subían a la cubierta de la casa flotante. Ambos se asomaron al interior del pequeño camarote por una de las ventanas, contemplando encantados el banquete que les esperaba a la trémula luz del par de velas.

—¡Por fin nos encontramos reunidos! —exclamó Kit—. Bueno, ahora procuremos pasarlo lo mejor posible.

## Kit, en apuros

Se estaba bien en aquel camarote, aunque no tuvieron más remedio que apretase algo en torno a la mesa. Los cuatro sentían hambre y el jamón y la lechuga volaron en un periquete. ¡Lo mismo ocurrió con el queso! Betty había hecho el chocolate a tiempo, que todos bebieron con verdadero deleite. ¡Era estupendo!

—El agua estuvo hirviendo largo rato antes de que vosotros vinierais —explicó Betty—. Yo tenía miedo de que aquella se evaporara, de modo que tuve que apartar la olla del fuego, para volver a ponerla en él pocos minutos antes de vuestra llegada. No disponíamos de más agua que ésa, como tú bien sabes, Robin.

—Habría sido capaz de ir a por más, de sernos precisa —respondió su hermano, audazmente—. De haber querido me habría acercado al grifo que hay fuera de la cocina en esa casa... Eso a pesar de las manifestaciones que hizo ese tipo.

Kit se cortó un buen trozo de queso.

—Es que el hombre a quien os referís no hubiera debido decir lo que dijo —apoyó el americano, muy serio.

—Kit: ¿has conseguido salir de tu casa sin que te viera el señor Barton ni el Dragón? —inquirió Betty, curiosa—. Cuéntanos lo que hiciste.

—No hay nada que contar —declaró Kit—. Me limité a decirles que iba a acostarme temprano. Coloqué mi almohada en el centro de la cama, debajo de las ropas... Así, si alguien se asomaba creería al ver el bulto que dormía tranquilamente. Luego salí por la ventana de la buhardilla en la forma de costumbre. Y, ¡aquí me tenéis! No tuve que esperar a Robin en la orilla del río más de dos minutos.

Los chicos terminaron de cenar, saliendo después a cubierta para contemplar cómo se elevaba en el cielo la luna. Ascendía entre los frondosos árboles el deslumbrante disco o al menos tal era la impresión que producía... Las aguas del río tenía el brillo de la plata. De vez en cuando los chicos oían el ¡chop, chop! característico de los peces que saltaban y se zambullían. Un búho produjo a alguna distancia su llamada, un sonido alargado y estremecido.

—¿Verdad que se está bien aquí? —preguntó Lucy, que parecía desbordante de contenta—. Quedamos ahora muy lejos de nuestras habitaciones, nadie nos manda... Si se nos antoja podemos acostarnos a las doce.

—Yo voy teniendo sueño —dijo Robin bostezando—. No hay que olvidar lo que he remado hoy, en los tres viajes que he hecho. Vosotras, Betty, podríais irlo arreglando todo. Cuando hayáis terminado nos iremos a la cama.



Betty y Lucy retiraron los platos de la mesa, los fregaron y lo dejaron todo preparado para el desayuno. Luego encendieron velas en los diminutos camarotes y corrieron las cortinas de las ventanillas. ¡Qué bonitas estaban las dos habitaciones en aquel momento!

Los chicos penetraron en ellas. ¡Qué divertido resultaba desnudarse allí! «Sandy» saltó sobre la litera de Lucy, enroscándose. Tenía mucho sueño. Lucy se echó a reír.

—Tendrás que desplazarte a un lado, «Sandy». Te has quedado en el centro de la cama. ¡Vamos, ponte más allá!

Se acomodaron en las literas, muy estrechas. Ninguno de ellos sabía por experiencia lo que era dormir en un sitio como aquél. Después de taparse bien con la ropa apagaron las velas.

—¡Buenas noches! —Contestaron Robin y Kit, somnolientos—. ¡Que durmáis bien!

—¡Guauu!

Éste era el sonido que «Sandy» producía para desear a sus jóvenes amigos una noche tranquila y de descanso. Habíase colocado por fin a los pies de Lucy, instalándose confortablemente. Todo el mundo se quedó dormido en el acto, con la única excepción de la dueña de «Sandy».

Lucy, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, permaneció despierta un buen rato, escuchando los ruidos de los alrededores. Los mismos mamparos y el armazón

en general de la casa flotante crujían rítmicamente, cada vez que la corriente imprimía a aquélla el suave vaivén...

El pequeño oleaje moría con un chapoteo en las bandas de la embarcación. Cantó el búho nuevamente, en esta ocasión más cerca, sin embargo.

«¡Oh! ¡Qué a gusto se está aquí!», pensó la chica, esforzándose por mantenerse despierta unos minutos más para disfrutar el mayor tiempo posible de aquellos momentos únicos. «Me encanta oír el rumor del agua al acariciar el casco de nuestra embarcación y sentirme tan dulcemente acunada... ¡Quién pudiera repetir varias veces esta experiencia!».

Por último, también ella se quedó dormida. Los cuatro se despertaron cuando ya el sol se filtraba por entre las cortinas de sus ventanillas. ¡Eran las ocho, casi!

—¡Kit! —gritó Robin, echando un vistazo a su reloj de pulsera—. Hablamos de levantarnos a las seis para que pudieras volver a tu casa a tiempo y están a punto de dar las ocho. ¡Menudo conflicto se te avecina!

—¡No va a ser pequeño! —respondió Kit, asustado—. Siempre sirven el desayuno a las ocho. ¡Vayámonos en seguida, Robin! ¡Oh, Dios mío! ¿No es esto terrible?

Robin y Kit se vistieron apresuradamente, pasando al bote en seguida.

—¡Preparad el desayuno para cuando esté de vuelta! —Chilló el primero mientras remaba con fuerza—. Y decidles a esos hombres, si es que vienen, que ya no tardaremos en marcharnos.

Robin dejó a Kit en el mismo sitio en que la noche anterior le recogiera. Luego emprendió el regreso a la casa embarcación. En el momento de llegar estaba hambriento. Pensó entonces que jamás había percibido un olor más rico que el de los huevos y el jamón friéndose...

—¡Pobre Kit! —exclamó, ya sentado en la mesa, con su prima y su hermana—. Se me figura que esta vez va a verse en un buen aprieto. ¿Qué va a suceder?

Un grito procedente de la orilla hizo que los tres levantaran la vista en aquella dirección. Los dos individuos del día anterior se encontraban allí.

—¡Tenéis que iros! —dijo el primer hombre—. Y acordaos bien de esto: ¡no volved más por nuestra finca!

Ninguno de los tres contestó. Interiormente habían resuelto volver cuando se les antojara... En este aspecto la insistencia del desconocido les tenía sin cuidado. Lavaron los platos y seguidamente se aplicaron a la tarea de asear la cubierta.

Después se acomodaron en el bote, comenzando a remar en dirección a su casa. Se habían divertido. Claro está, no habían disfrutado todo lo que en un principio se figuraban, porque aquellos intrusos estropearon en parte su proyecto, desbaratando sus planes, pero la experiencia les había agradado no poco. Se sentían un tanto preocupados por Kit y esperaban poder informarse acerca de la terminación del incidente.

Robin trepó a lo alto del castaño no bien hubieron puesto los pies en su jardín.

Dentro del recinto vecino el chico no vio a nadie. Descendió del árbol, preguntándose si se atrevería a entrar en los terrenos de la casa de al lado para hacer algunas averiguaciones.



—¿No podrías deslizarte hasta la ventana de la buhardilla sin ser visto? —preguntó Lucy—. Es posible que el pobre Kit esté encerrado bajo llave en su dormitorio...

—Después de comer haré una prueba —contestó Robin.

A continuación éste pasó con su hermana y su prima a la casa para referir a su madre todo lo concerniente a la aventura de la casa flotante. Naturalmente, no mencionaron para nada a Kit.

—Creo que lo más prudente es que no volváis por allí —manifestó la madre de Robin—. A la gente que ha alquilado esa finca no le agrada que los chicos utilicen su curiosa embarcación... Tengo que añadir, por mi parte, que me extraña la actitud del señor Cunningham al permitirnos eso habiendo cedido la propiedad en arriendo. En consecuencia, olvidaros de esa casa flotante.

Ninguno de los tres habló para asegurar que seguirían sus instrucciones. Ni tampoco para afirmar lo contrario. Limitáronse a hacer lo posible para cambiar de tema, contando a la buena señora el episodio del Martín pescador, buscando afanosamente, con indiscutible habilidad, su sustento bajo las aguas del río.

Después de comer, Robin se encaramó de nuevo a lo alto del castaño. Tampoco esta vez pudo ver a Kit. El chico optó, por tanto, por utilizar el pasadizo de la cerca, colándose en el jardín vecino. ¿Qué le habría ocurrido a su amigo?

Echó a andar procurando no hacer el menor ruido, llegando al lado opuesto, donde estaba el garaje. La escalera continuaba apoyada en el muro. Kit la había dejado allí. Robin empezó a subir por ella, alcanzando el tejado de la nave y las

ramas más alta del fresno. Cruzó la tabla tendida entre éstas y el antepecho de la ventana, entrando en la buhardilla, en la que no vio a nadie. La habitación se encontraba vacía.

Andando de puntillas, Robin se aproximó a la puerta. Su corazón latía de prisa. Temía verse sorprendido por el Dragón o el señor Barton. Intentó localizar el dormitorio de Kit...

Acercóse a las escaleras, mirando por encima de la baranda hacia el fondo.



Abajo había tres puertas, correspondiente, seguramente, a otras tantas habitaciones. ¿Cuál sería la de Kit?

Por allí no parecía haber nadie tampoco. El chico bajó en silencio las escaleras, plantándose delante de las tres puertas. Abrió una, asomándose... estaba vacía. La cerró con todo género de precauciones. Probó suerte con la siguiente...

¡Había sido cerrada con llave! ¿Se encontraría Kit dentro? La llave estaba al alcance de la mano de Robin, en la cerradura.

El chico llamó suavemente. No oyó ninguna respuesta. Llamó de nuevo.

Una voz llegó a sus oídos: la de Kit.

—¿Quién es?

Robin no tardó más que una fracción de segundo en abrir la puerta y entrar en la habitación. Cerrando aquélla a sus espaldas, paseó la mirada en torno a él. ¡Estaba en la habitación de Kit! Su amigo se hallaba sentado frente a una mesa, con un libro abierto delante. Parecía muy afligido.

—¡Robin! —exclamó Kit en un susurro, levantándose en el acto—. ¿Cómo te has atrevido a llegar hasta aquí? El Dragón va a entrar en este cuarto de un momento a otro.

—Era preciso que te viera. He venido para que me dijeras qué pasó.

—Lo peor que podía pasar —contestó Kit con gesto sombrío—. Por una razón u otra el Dragón entró en mi habitación a primera hora de la mañana, hoy. Serían las cinco... Se dio cuenta de que había querido engañarla poniendo la almohada debajo de las ropas. Despertó al señor Barton y los dos se pusieron a buscarme por toda la casa.

A continuación registraron el terreno de los alrededores. No se explicaron, sin embargo, cómo había conseguido escapar, hallándose como se hallaban cerradas con llaves y pestillos todas las salidas. Aún no han descubierto la tabla que tendimos entre la ventana de la buhardilla y el fresno.

—¿Qué sucedió a tu regreso?

—Entré por la buhardilla y me metí en mi habitación. Por el camino, ¡me encontré con el Dragón! Su expresión denotaba un asombro tan grande que no tuve más remedio que echarme a reír. ¡Hubiera estallado de no hacerlo, Robin! Se agarró fuertemente a mí, como si hubiera querido cerciorarse de que yo era un ser real y no un fantasma. Con franqueza, ¡yo creo que me quiere mucho!

—¿Le contaste en los sitios donde habías estado? —inquirió Robin.

—¡Por supuesto que no, tonto! El Dragón se figuró que yo me había escondido en alguna parte de la casa para darle a ella y al señor Barton un susto. Yo no pienso decir una palabra de eso... He aquí lo que ha motivado su enojo. Me han comunicado que habré de permanecer encerrado en mi cuarto por espacio de dos días, haciendo un puñado de tareas extraordinarias. No acerté a dar con el medio de ponerme en contacto con vosotros, para teneros al corriente de la situación... Bueno, como tú has venido, queda ya zanjada esa cuestión. No os preocupéis por mí. Pasado mañana me dejarán salir. Claro, ahora me será imposible desaparecer de aquí por la noche. Supongo que en el futuro no me perderán de vista un momento. No me extrañaría que en lo sucesivo cerraran con llave todas las noches la puerta de mi dormitorio.

Súbitamente, los chicos oyeron un rumor de pasos, cada vez más cercano. Robin se puso muy nervioso. No quería que nadie le sorprendiera allí. Miró a su alrededor apurado, buscando un sitio donde esconderse.

Kit tornó a sentarse ante su pupitre.

—¡Bajo la cama! —siseó—. ¡Pronto!

Oyóse el sonido de una llave en el instante de ser colocada en la cerradura e inmediatamente una exclamación. El Dragón acababa de descubrir que la puerta estaba abierta. Asomóse poco a poco dentro del cuarto...

—¿Quién abrió esa puerta, Kit? No está cerrada con llave... ¡Y yo sé muy bien que lo estaba antes! ¿Quién ha venido a verte?

—¿Qué dice usted? ¿Qué estaba abierta esa puerta? —preguntó Kit al tiempo que en su rostro se dibujaba la más inocente de las expresiones.

El Dragón, al verle reaccionar así, acabó por perder los estribos.

—Sí... Lo estaba... ¡Y no vas a conseguir nada pretendiendo engañarme!



¡Alguien ha estado aquí! ¡Es más, estoy convencida de que tu visitante, quienquiera que sea, continúa dentro de estas cuatro paredes!

El Dragón paseó la mirada por todos los rincones del cuarto.

De pronto Kit lanzó un grito.

El Dragón le estaba señalando un punto que quedaba debajo de la cama. Kit siguió la dirección de su dedo. Horrorizado, vio uno de los pies de Robin entre uno de los travesaños del lecho y el suelo.

—¿Quién está ahí? —preguntó a gritos el Dragón—. ¡Salga en seguida el que sea!

## ¡Emociones en abundancia!

Robin no se movió. Ignoraba que estuviese mostrando uno de sus pies. El Dragón volvió a hablar.

—¡Salga de ahí! Si no lo hace voluntariamente le obligaré a ello.

Dicho y hecho. Cogió a Robin por el tobillo y tiró fuertemente...

Robin, ya al descubierto, se incorporó.

—¡Oh! ¡Otra vez el chico de la casa de al lado! —exclamó la mujer-dragón enfadada—. ¿No te dije que no volvieras más por aquí?

—Sí. También me dijo usted que aquí no había ningún niño —respondió Robin—. Me mintió usted.

—¿Cómo te has atrevido a entrar en esta casa? —chilló el Dragón—. ¡Oh! Aquí viene el señor Barton. Él se ocupará de ti.

El señor Barton era un hombre de aire severo en extremo, quien, según afirmaba Kit, no sonreía jamás. Sus ojos se posaron con ira en Robin cuando la mujer le explicó lo ocurrido.

—Señor Barton: le he contado a este amigo la historia —explicó Kit—. Sabe que me escondo en este lugar y conoce las razones... No se lo diré a nadie. Se puede confiar en él.

—¿Qué se puede confiar en él? —recalcó el señor Barton secamente—. No he conocido una criatura más estúpida y fastidiosa que tú. Sabes perfectamente que hemos recibido instrucciones al objeto de que nadie conociese el sitio en que te hallabas escondido, que se nos ha ordenado que impidiésemos toda relación con personas extrañas hasta el momento en que ese malvado tío tuyo fuese detenido. Sin embargo, te obstinas en dificultar la labor de aquellos que hacen cuanto está en su mano para salvarte, para evitar que te ocurra algo desagradable. Mereces ser azotado... lo mismo que ese chiquillo, que se introduce en las casas ajenas sin permiso de sus moradores.

El señor Barton consiguió asustar a Robin. ¡Eran tan fríos y penetrantes sus ojos! Y sus labios, muy finos, denotaban cierta crueldad...

—Siento lo sucedido señor —murmuró.

—¡Lo siento, lo siento! —exclamó el señor Barton—. No basta con eso. Saldrás inmediatamente de esta casa y no volverás a pisar nuestro jardín. No querrás que me queje a tus padres, no querrás ser severamente castigado, ¿verdad? ¿Deseas que haga eso acaso, lo deseas?

—No —respondió Robin, que, efectivamente, no quería que nadie recurriese a su madre con aquel fin.

—Ahora vas a decirme cómo conseguiste entrar en esta casa —solicitó el señor Barton bruscamente.

Robin captó la mirada de Kit. Entonces apretó los labios, guardando silencio.

El señor Barton no pudo contenerse. Uno de sus puños se abatió sobre el pupitre

de Kit. A consecuencia del tremendo golpe el libro del chico salió proyectado por el aire, cayendo al suelo.

—¿«No me has oído, muchacho»? —rugió—. Tienes que contestar a mi pregunta.

Robin, muy asustado, pensó que no tendría más remedio que hablar. No podía permanecer indefinidamente ante aquel hombre en silencio. Ya le temblaban las piernas... Se le ocurrió una idea. Entre él y la puerta no se interponía ningún obstáculo. Podía salir corriendo de la habitación, cerrando rápidamente la puerta una vez estuviera al otro lado, para subir las escaleras. No lograrían alcanzarle. Sólo así podría impedir que su muy guardado secreto se divulgase.

Sin detenerse a pensarlo más, el chico llevó a la práctica su plan. De la primera arremetida llegó a la puerta, que cerraba poco después violentamente, empezando a subir las escaleras de dos en dos.

Al principio, el señor Barton se quedó demasiado desconcertado para hacer algo. Luego se aproximó a la puerta, que abrió furioso. Ignoraba si Robin se había encaminado a la parte alta de la casa o a la planta baja. Apresuróse a requerir el auxilio del Dragón.

—Suba usted a la buhardilla, a ver si se ha escondido allí. Yo me dirigiré a la entrada. Desde luego, en cuanto le coja le daré una buena zurra.

El señor Barton y la mujer-dragón se separaron. Kit se quedó en la habitación, confiando en que su amigo habría tenido tiempo de deslizarse por la tabla hasta el fresno, pasando del árbol al suelo.

El Dragón miró en el cuarto anexo a aquel utilizado por Kit para sus juegos. En ese momento Robin descendía ya por el tronco del árbol. No pensó la mujer en que el chico podía haber salido por la ventana. ¿Cómo se iba a figurar que desde allí hasta la entrada del garaje había algo así como un camino? Estaba convencida de que Robin había echado a correr escaleras abajo... Eso fue lo que ella se apresuró a hacer ahora, para ayudar al señor Barton en su búsqueda.

A los cuatro minutos sonó el timbre del teléfono. El señor Barton atendió la llamada. ¡Era Robin, que le hablaba desde la casa de al lado!

—¿El señor Barton? Por favor, señor, no se moleste más buscándome. Me encuentro en mi casa ya. Lo siento pero no puedo decirle de qué medios me he valido para salir de ahí. Le agradecería que no se enfadase con Kit por el hecho de que yo fuera a verle. Le prometo no revelarle a nadie su secreto. Hasta ahora no he hablado con nadie acerca de Kit.

El señor Barton se hallaba irritado todavía. Colgó el receptor con una exclamación despectiva y se fue en busca del Dragón.

—Quisiera saber por dónde entran y salen de aquí esos chiquillos de la casa de al lado... Si algún día consigo cazar a alguno lo sentirán —tronó, iracundo—. En cuanto a Kit... ¡procure no perderlo de vista ni un momento!

Las chicas escucharon el relato de Robin conteniendo el aliento. Estaban horrorizados. Aquél les explicó minuciosamente cómo el Dragón había llegado a

descubrirle cuando se halla escondido debajo de la cama.



—¡Que instante más emocionante! —comentó el chiquillo, que se sentía un héroe.

Estimaba haber obrado inteligentemente a lo largo de toda su aventura.

—Creo que esto se pone al rojo vivo —manifestó Betty—. ¿Tú qué opinas, Robin? ¡Ah! Tengo que decirte que olvidé mi reloj de pulsera en la casa embarcación. Lo coloqué bajo la almohada al acostarme, no acordándome después, al dejar la litera, de volver a ponérmelo. Estoy preocupado porque tengo la seguridad de que si aquel hombre tan antipático lo encuentra se lo quedará.

—No temas, Betty —contestó Robin—. Mañana iré a por él. A mi ese tipo no me da miedo. Hoy no me es posible ir porque habremos de acompañar a mamá en el coche. Menos mal que se encuentra ausente. De lo contrario no habría podido telefonar al señor Barton. ¡Cómo me hubiera gustado verle en unión del Dragón, corriendo escaleras arriba y abajo, en mi busca, cuando ya me hallaba aquí!

Los tres se entristecieron al pensar en el pobre Kit, encerrado en una habitación, bajo llave. No se atrevían a realizar ninguna intentona para verle. Se fueron en el coche, con su madre. Iban a tomar el té con unos amigos que vivían a unas diez millas de distancia de su casa.

A la vuelta, Robin se preguntó si no habría llegado el momento de volver a la casa flotante para coger el reloj de pulsera de su hermana. Decidió quedarse.

—Es posible que aquel hombre se mantenga al acecho, por si regresamos. Iré mañana, después de tomar el té —dijo.

Así, pues, al día siguiente, alrededor de las cinco de la tarde, Robin y las chicas se pusieron en marcha, camino del río. Aquél subió al bote, haciendo un ademán de despedida. Betty y Lucy darían entretanto tanto un paseo en compañía de «Sandy», a ver si éste cazaba algún conejo.

Robin estaba un poco emocionado. Remaba con fuerza, pensando en las últimas cosas que habían sucedido. Evocó, disgustado, la figura del desagradable individuo

de la solitaria casa. «El Dragón no me parece tan mala», se dijo. «Procuro no tropezar con ella, pero no porque me sea antipática. Bueno, ¿dónde queda la casa embarcación? ¡Ya debería estar acercándome a ella!».

A alguna distancia divisó el aislado edificio, con cuya silueta se hallaba familiarizado ya. Entonces cesó de remar, mirando a su alrededor.

Extraordinariamente asombrado, comprobó que la embarcación no estaba allí...

Robin permaneció unos minutos inmóvil, sentado en el bote, contemplando el espacio que junto a los sauces ocupara nada más que el día anterior la casa flotante. ¿Estaría soñando? A fin de cuentas no hacía más que unas horas que salieron de aquélla. Y había pasado la noche a bordo, acompañado de Kit, Betty y Lucy. Sí. La embarcación había desaparecido como por encanto... ¡No acertaba a comprender aquel singular fenómeno!

«¿Dónde se encontrará en estos instantes? ¿Habrán decidido hundirla esos hombres? ¡No! ¡Imposible!».

Pese a todo el chico remó para acercarse al punto de la orilla en que había estado atracado «El Cisne Negro». Luego paseó la mirada por las aguas. Bajo éstas no se veía ninguna embarcación hundida. Solamente descubrió innumerables bandadas de pececillos. ¡Vaya un misterio!

«¡Esto dejaría a cualquier otro tan asombrado como yo estoy!», pensó Robin. «¿Qué le habrá pasado a nuestro “Cisne Negro”?».



Tenía que averiguarlo. Aquellos hombres debían haberse llevado la embarcación a algún lado. Pero, ¿por qué razón? Y en todo caso, ¿a dónde? ¡Qué extraño! Robin cogió los remos de nuevo, dirigiéndose río arriba.

A no mucha distancia la corriente de agua formaba un remanso. No se veía casi por causa de los espesos ramajes de los sauces. Robin lo descubrió porque parte de las ramas bajas se encontraban quebradas.

«Deben haber escondido la embarcación ahí», pensó, muy nervioso. «Voy a cerciorarme».

El bote, hábilmente orientado por el muchacho, se deslizó por allí. Reinaba un profundo silencio en aquel lugar, que quedaba dentro de los terrenos de la casa alquilada. Como escondite no estaba mal aquel punto.

«Me imagino que lo habrán hecho para que en lo sucesivo nos fuese imposible localizar la embarcación», se dijo Robin, muy enfadado. «¡Pues bien, se han equivocado! ¡La encontraré!».

¡Y la encontró! La casa flotante se hallaba amarrada a una de las orillas del remanso, hacia el fondo del mismo bajo las caídas ramas de otro sauce gigantesco que prácticamente la tapaba. Tocaban aquéllos la cubierta. Con toda seguridad que de no haber penetrado allí en su busca Robin no hubiera descubierto la embarcación. ¡Hasta tal punto había quedado bien escondida la misma!

El chico permaneció inmóvil un momento. Escuchó atentamente. Esperaba oír voces o algún ruido que delatara la presencia de alguna persona a bordo del «Cisne Negro». No oyó nada.

En un santiamén se plantó en la cubierta, penetrando en el diminuto camarote en que su hermana pasara la noche anterior.

A continuación deslizó una mano bajo la almohada de su litera, en busca del pequeño reloj de pulsera.

Inmediatamente, sus dedos entraron en contacto con él...

Apresuróse a guardárselo en un bolsillo.

«¡Magnífico! ¡Qué alegría se llevará Betty! Bien. Iniciaré el regreso para contar a las chicas lo que he descubierto».

Pasó al bote, comenzando a remar. Sentíase confuso y excitado... Sospechaba que los hombres que les habían obligado a abandonar «El Cisne Negro» no se habían tomado todas las molestias que implicaba el traslado de la casa embarcación sólo para que ellos no volvieran. Pero, entonces, ¿qué otra razón podía justificar tal plan? Todo aquello se salía de lo corriente. ¡Lo que hubiese dado Robin por que el señor Cunningham se hallase en el país! Siendo así no hubiera vacilado un momento en ir a verle o en telefonarle para dirigirle unas cuantas preguntas. ¿Estaría, por otro lado, en condiciones de contestárselas?

Nada más llegar localizó a Betty y a Lucy. Éstas se quedaron asombradas al enterarse de las últimas noticias.

—¡Qué inteligente has demostrado ser al descubrir «El Cisne Negro», Robin! — exclamó Betty, satisfecha—. ¡Y qué contenta estoy por haber recuperado mi reloj! Me gustaría poner al corriente de todo a Kit. ¡Me da una rabia pensar que se encuentra encerrado en una habitación, bajo llave, tal como le viste tú!

—Esta noche, a las doce, me colaré en la casa vecina —anunció Robin—. Por entonces allí todos estarán durmiendo. ¡Qué sorpresa le voy a dar a Kit!

¡Pero iba a ser él y no Kit quien se llevaría la sorpresa!

## Robin hace un descubrimiento

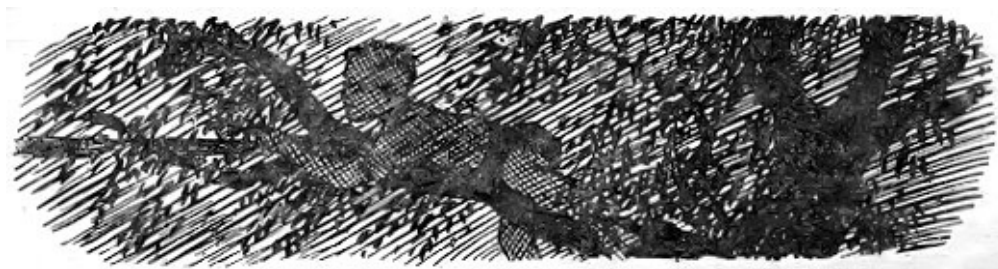
Aquella noche Robin puso su despertador para que el timbre sonara a las doce, introduciéndolo a continuación bajo la almohada. Se despertó experimentando un fuerte sobresalto. Le agradaba el calorcillo del lecho, estaba adormilado y pensó que era una locura aventurarse por los alrededores a una hora tan avanzada. Pero al llegar a sus oídos el motor de un coche se incorporó repentinamente.

El coche se había detenido en algún punto de las inmediaciones. Robin abandonó la cama. El vehículo se adentraba por los terrenos de la casa vecina. El chico vio las luces de sus faros. ¡Qué extraño momento para visitar una casa, fuese quien fuese el recién llegado!

«Puede que sea el tutor de Kit, que regresa tarde de algún sitio», pensó Robin. «Bien. Ya que me he despertado del todo me trasladaré a la casa de al lado. Habré de andar con cuidado, no vaya a despertar al señor Barton o al Dragón».

Púsose sus pantalones cortos y un jersey. Se calzó unas zapatillas de suela de goma y utilizó para bajar el árbol que quedaba junto a la ventana de su dormitorio. Se plantó en el suelo con un seco golpe, amortiguado por la desmenuzada tierra. A la luz de la luna se encaminó después al punto de la cerca en que se hallaba el pasadizo.

Llegó al garaje en un periquete. ¡Todavía continuaba en el mismo sitio la escalera! ¡Estupendo! Al poco se encontraba entre las ramas del fresno, tras lo cual se deslizó por la plancha hasta el antepecho de la ventana de la buhardilla. Una vez dentro del cuarto se detuvo frente a la puerta. No oyó el menor ruido.



En las escaleras reinaba la oscuridad. Todas las puertas se hallaban cerradas. Imperaba el más absoluto silencio por todas partes. ¿Dónde pararía el visitante? ¿Tratábase, quizá, del señor Barton? De haber sido él tenía que reconocer que había necesitado muy poco tiempo para acostarse. Robin se dijo que tenía que andar con mucho cuidado, para no hacer el menor ruido. Podía ser que el señor Barton no se hubiese acostado...

Hizo un alto al pie de la escalera, donde estaba la habitación de Kit. Intentó abrir la puerta de éste. Muy contento, observó que no había sido cerrada con llave. Cautelosamente, el chico se deslizó dentro del cuarto.

La habitación ofrecía otro aspecto. Robin se sintió confuso. Por la ventana penetraba la luz de la luna, mostrando el mobiliario y los objetos con absoluta

claridad. ¡Sí! La habitación no era como la que él conocía... ¡Allí había dos lechos en lugar de uno!

¡Y en cada cama dormía una persona! Robin se quedó helado. Tuvo miedo. Kit ocupaba uno de los lechos. ¡Y el Dragón descansaba en el otro! Gracias a la luz de la luna pudo ver su rostro. Dormía profundamente.

«Ya sé lo que ha pasado», se dijo Robin. «El señor Barton ha decidido que esta mujer duerma en su cuarto para evitar que vuelva a salir de la casa sin que ellos lo sepan. ¡Dios mío! Confío en que el Dragón no llegue a despertarse. No me atrevo a tocar a Kit. ¿Y si ella me oyese?».

Robin salió del cuarto andando de puntillas, cerrando la puerta con todo género de precauciones. En lo alto de las escaleras oyó una voz. Observó en ella un acento americano, ¡y no era la del señor Barton! El chico se quedó quieto. ¿Se atrevería a subir, en dirección a la buhardilla? No pudo ver quién se le acercaba, pues una curva de las escaleras le ocultaba a los dos hombres. Luego, con un suspiro de alivio, comprobó que se adentraban en una pequeña habitación lateral.

«No parece ser ésta la hora más oportuna para visitar al señor Barton», reflexionó Robin. «¡Dios mío! ¿Se propondrá ese hombre enviar a Kit lejos de aquí por el hecho de saber que conozco su secreto? Sería una mala jugada...».

El chico descendió poco a poco las escaleras. Quizá se enterase de los propósitos del señor Barton si sorprendía alguna conversación. Pero lo que oyó le hizo estremecerse, horrorizado.

—Tan pronto el chico esté en nuestras manos usted recibirá cinco mil libras —dijo la voz de inflexión americana—. ¡Ni un penique más!

Robin se quedó paralizado. ¿Qué significa esto? ¿Por qué había de cobrar el señor Barton cinco mil libras? ¿Estaban hablando de Kit, verdaderamente? En tal caso... En tal caso, ¡el señor Barton era un traidor! ¡Estaba negociando con los enemigos de Kit! Quizá fuera el hombre que hablaba dentro de aquel cuarto el malvado tío del chico.

—Si viene aquí, mañana por la noche, se lo entregaré —contestó el señor Barton—. Tráigame el dinero, en efectivo. Ahora no hay nada que hacer. Esa mujer insistió en dormir en su cuarto. ¿Tiene usted algún sitio seguro para él? Se armará un gran alboroto si desaparece. Tendré que decírselo a la policía y contar a ésta toda clase de embustes.

—Disponemos de un escondite magnífico —repuso el otro hombre—. A nadie se le ocurrirá echar un vistazo allí.

Mañana, tan pronto oscurezca, habrá de tener listo al chico. Llévelo en el coche a donde convinimos. En ese lugar me haré cargo de él. Si usted representa bien su papel nadie le creará complicado en el asunto.

—¿A dónde piensan llevárselo? —inquirió el señor Barton.

—Eso a usted no le importa —fue la respuesta—. Bueno, yo me voy. Hasta mañana. Adiós.



La puerta del cuarto se abrió y los dos hombres salieron de aquél. Robin subió unos cuantos peldaños de la escalera a toda prisa. Le hubiera gustado ver el rostro del visitante. Estaba absolutamente convencido de que se trataba del individuo con quien hablara en el establecimiento del poblado. ¡El malvado tío de Kit! Por fin, ignoraba por qué medios, había logrado averiguar el paradero de su sobrino.

Oyó a los dos hombres en el momento en que bajaban por las escaleras. A sus oídos llegó también el rumor de la puerta principal al abrirse y el de una portezuela del coche al cerrarse de golpe. Luego flotó en el silencio de la noche el zumbido del motor del turismo al ponerse en marcha. El vehículo partió. El señor Barton volvió a entrar en la casa, cerrando con llave la puerta de ésta. Robin volvió escaleras arriba, en dirección a la buhardilla. Por la ventana pasó al árbol y una vez en el suelo echó a correr hacia su jardín, todo ello en un tiempo «record». Estaba temblando, la situación era realmente grave. ¿Qué hacer que fuera lo mejor, que sirviese para que aquello no desembocara en una tragedia?

De una manera u otra tenía que poner a Kit en guardia. Esto era indiscutible. ¿Avisaría también a su madre? No. Ella no daría crédito a su historia. Se exponía a que fuese en busca del señor Barton y entonces éste se enteraría de todo. ¿Y si se lo decía al Dragón? ¡No! Tal vez ella formase también parte de aquella confabulación. Robin no sabía a qué atenerse con respecto a esta mujer. ¡Pobre Kit! Era terrible verse en poder un individuo como el señor Barton y más malo aún estar en vías de ser entregado a un tipo tan malvado como su tío.

El chico entró en el cuarto en que dormían su hermana y su prima, despertándolas. Entre continuos susurros les puso al corriente de la situación. Las chicas le miraron horrorizadas. Betty empezó a llorar.





—Tenemos que decírselo a mamá —murmuró sollozando—. No quiero que Kit sea secuestrado. Vamos a decírselo a mamá.

—No —objetó Robin—. Se me ocurre una idea mucho mejor. Seremos nosotros los que secuestremos a Kit. ¡Le esconderemos en algún sitio! Permanecerá oculto hasta que sepamos qué es lo que en realidad conviene hacer. No podemos precipitarnos a la hora de forjar un plan.

—Pero, ¿dónde vamos a ocultarlo? ¿Aquí, en nuestra casa? —quiso saber Lucy, desorientada—. Vuestra madre se enteraría en seguida.

—Aquí, no, desde luego —contestó Robin, con un gesto de desdén—. Dispongo de un sitio mucho mejor, ¡le esconderemos en la casa embarcación!

—¡En la casa embarcación! —Repitieron las chicas como si sus voces fuesen el eco de Robin—. Naturalmente, ¡la idea es magnífica!

—Nadie caerá en la cuenta de buscarle allí —insistió el chico—. Nosotros seremos los únicos que lo sepamos. Podremos llevarle la comida que necesite todos los días. A sus enemigos no se les ocurrirá ir a buscarle a un sitio del que jamás han oído hablar.

—¡Sí! ¡Eso es lo que vamos a hacer! —exclamó Lucy—. Allí, Kit, se encontrará bien a salvo. ¿Cuándo va a ser el traslado?

—Tenemos que esperar una ocasión propicia. Llevaremos a la práctica nuestro plan mañana, en cuanto nos sea posible —dijo Robin—. Hay que actuar con rapidez. El señor Barton tiene que efectuar la entrega por la noche. ¡Oh! ¡Qué horrible persona es el tal Barton!

—Jamás me fue simpático —confesó Lucy.

—Ni a mí —manifestó Betty—. ¡Oh! ¡Qué aventura más emocionante! ¡A mí me parece estar viviendo un sueño!

—Bueno, ahora lo mejor es que durmáis —indicó Robin, disponiéndose a

retirarse—. ¡Tenemos mucho que hacer mañana, chicas!

Al cabo de unos minutos los tres habían conciliado el sueño. Al abrir los ojos por la mañana les costó trabajo creer que fuera realidad toda aquella historia. Robin trepó a las ramas más altas del castaño para ver si, por casualidad, Kit se encontraba en el prado. Estaba allí, en efecto... Pero acompañado por el Dragón y el señor Barton.

Kit levantó la vista hasta la copa del castaño. Ansiaba ver a sus amigos. Robin agitó violentamente una de las ramas y entonces el americano tuvo la seguridad de que se hallaba allí. Cogió una pelota y comenzó a arrojarla al aire, jugando con la misma con aire inofensivo. Robin bajó del árbol.

—Seguro que me ha localizado —anunció a las chicas—. Ya tiene en las manos su pelota. Estoy convencido de que con esto ha querido significar que está esperando nuestro mensaje. Escribiré una nota. Vosotras, entretanto, buscad esa pelotita que hemos utilizado en otras ocasiones.

Pronto quedó el mensaje introducido en aquélla. Robin procedió a arrojarla al jardín vecino. Kit la estaba esperando y no perdía detalle de cuanto sucedía a su alrededor. Ni el señor Barton ni el Dragón observaron que acababa de caer una segunda pelota en el recinto. Si la vieron pensaron que era aquélla con la que jugaba Kit incansablemente desde hacía unos minutos. El chico la cogió, yéndose poco a poco hacia la parte opuesta del cenador. Leyó inmediatamente la breve nota que había redactado Robin:

«¡Estás en peligro, un peligro muy grande, Kit! Utiliza el pasadizo de la cerca en cuanto puedas. Te esperamos junto a él».

Kit se guardó la nota en un bolsillo. Tiró la pelota al aire, esta vez a mucha altura, y aquella fue a caer entre unos matorrales. El chico se dispuso a ir en su busca.

—No queremos que te apartes un momento de nosotros, Kit —dijo el señor Barton secamente.

—Sólo iba a recoger mí pelota —contestó el chico cortésmente.

A continuación se introdujo entre los matorrales. En el momento en que dejó de ver al Dragón y al señor Barton echó a correr en dirección al punto de la cerca en que lo esperaban sus amigos. Allí estaban, en efecto... Penetró en la zanja y salió por el otro lado. En pocas palabras Robin contó al sorprendido Kit lo que descubriera la noche anterior. Su declaración fue terminante. El señor Barton era un traidor. Estaba dispuesto a entregarle a los secuestradores aquella misma noche.



—Vamos a ocultarte en la casa embarcación —susurró Robin—. ¿Estás decidido

a marcharte allí, ahora, en este momento? ¡Oh! El señor Barton te está llamando. No tardaremos más que unos segundos en verle... Pásate a nuestro jardín en la primera oportunidad que se te presente. Después te acercarás a la orilla del río, donde tenemos nuestro bote. Iremos allí con provisiones tan pronto podamos.

Las palabras de Robin habían producido una impresión tan tremenda en Kit que los ojos de éste se hallaban dilatados por el asombro. Se apresuró a salir al encuentro del indignado señor Barton. En cuanto pudiera... Kit empezó a planear su próxima salida de allí, camino del bote de sus amigos.

«¡Qué suerte que hayan dado con un escondite como ese para mí!», pensó. «¡Seguro que a nadie se le ocurrirá ir a buscarme a bordo del “Cisne Negro”!».

## Kit intenta escapar

Kit tuvo que regresar al lado del señor Barton, que estaba muy enfadado.

—¿No te dije que no te separases un instante de nosotros? —gritó dándole al chico un manotazo, una cosa que no había hecho jamás.

El Dragón, con gran sorpresa por parte de Kit, se apresuró a intervenir:

—¡No le pegue a Kit! ¿Con qué derecho procede así?

—Haga usted el favor de callarse —gruñó el señor Barton—. Este chico tiene que aprender a obedecer. ¿Cómo vamos a conseguir tenerle escondido, cuidando de él, si se esfuma en cuanto se le antoja?

—No debe usted pegarle —insistió el Dragón, obstinadamente—. Kit no se encuentra a gusto aquí. Déjele en paz.

El chico se sentía agradecido al Dragón por haber salido en defensa suya. Agachóse para coger la labor que la mujer tenía entre manos, la cual se había caído al suelo.

—¡Gracias, Dragón! —le dijo en voz baja.

La señorita Taylor le parecía ahora menos feroz. Ella le dirigió una mirada impregnada de ternura. El señor Barton volvió a acomodarse en su silla, musitando algo.

—No le irrites —le recomendó el Dragón—. Hoy se encuentra de mal talante.

Kit se sentó junto al Dragón, fingiendo que leía el libro que tenía ante las manos. Estaba preocupado por lo que Robin le había contado. Simplemente: tenía que huir de allí lo antes posible. Kit era valiente, pero la idea de ser secuestrado, de verse recluido en algún lugar desagradable por gente extraña y sin escrúpulos le aterrorizaba. La mayor parte de los chiquillos tenían a sus padres... ¡Cuánto le hubiera gustado a él tener también un padre y una madre! Su madre había muerto siendo él una criatura y su padre había desaparecido cuando el accidente de aviación. El avión en que viajaba se había estrellado, siendo luego pasto de las llamas. No poseía más familia que aquel perverso tío de que hablara a sus amigos y una tía abuela que habíale puesto en manos de la señorita Taylor y el señor Barton.

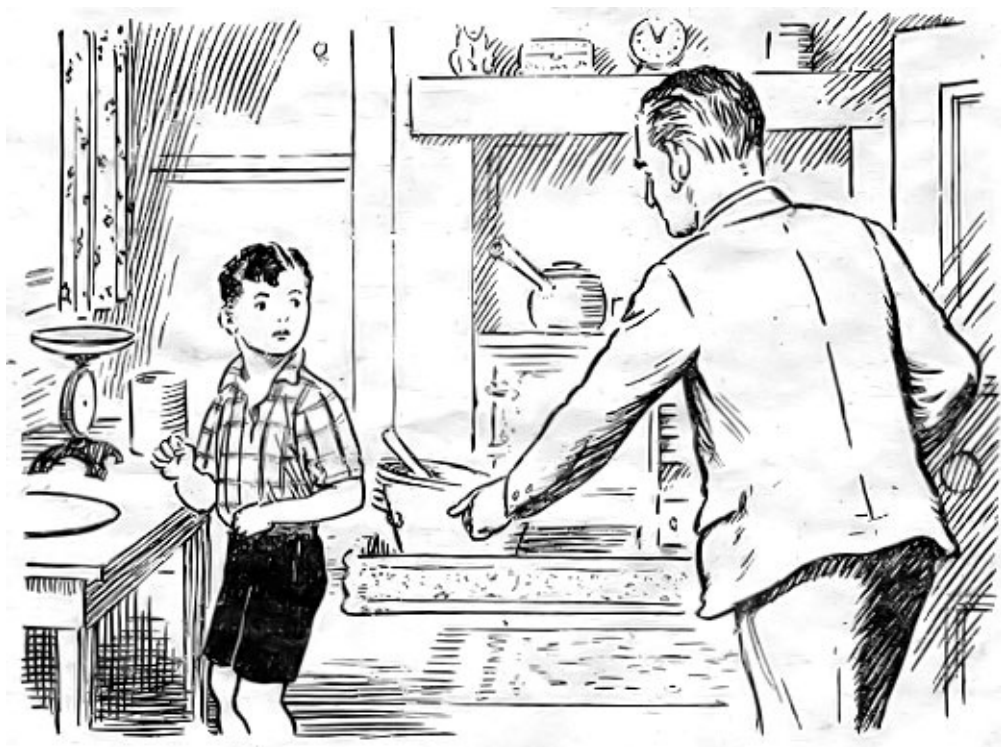
«Todo lo que tengo que hacer es echar a correr por el jardín y colarme por debajo de la cerca», se estaba diciendo Kit. «Lo malo es que para deslizarme, por la zanja necesito entretenerme unos segundos. Corro el peligro de que el señor Barton me descubra antes de que haya pasado al otro lado. ¿Cómo y cuándo saldré de aquí?».

En dos o tres ocasiones probó Kit a burlar la vigilancia del señor Barton aquel día. Al ir a lavarse las manos para comer entró en la cocina en lugar de pasar al cuarto de aseo, esperando poder alcanzar la puerta de aquélla antes de que nadie se diese cuenta.

¡Pero el señor Barton le había seguido hasta allí! Le ordenó inmediatamente que abandonara la cocina.

—¿Qué haces aquí? ¡Te dije que fueses a lavarte las manos, no que te ocupases de

la comida! ¡Vamos, haz lo que te mandé!



Sin formular la menor protesta, Kit se lavó las manos, acomodándose frente a la mesa. Se preguntó si le darían permiso para subir a la buhardilla para entregarse a sus juegos después de comer. Una vez en su cuarto intentaría bajar por el fresno. Decidió preguntárselo al señor Barton.

—¿Podría jugar con mi tren en la buhardilla esta tarde? —inquirió.

—No... Nos vamos a instalar en el cenador, donde te dedicarás a estudiar unas lecciones —respondió su tutor, dispuesto a no perderle de vista en todo el día.

De manera que el pobre Kit no tuvo más remedio que permanecer en el cenador, ante un libro de latín, hasta la hora del té. Luego, el señor Barton le sujetó firmemente por un brazo, conduciéndolo a la casa.

Después del té tropezó con el mismo obstáculo. El señor Barton no consintió que el chico se separara un instante de él. Kit empezó a dar muestras de desesperación.

—¿Podría dar un paseo por el jardín, señor? —preguntó por fin.

—Sí —repuso el señor Barton.

Kit, muy contento, se puso en pie. Había llegado la ansiada oportunidad. Pero su desaliento fue grande al ver que su guardián se levantaba también.

—Te acompañaré —anunció.

Kit y el señor Barton comenzaron a dar vueltas por los terrenos que rodeaban la casa. El chico procuró mantenerse alejado del punto que él y sus amigos habían utilizado varias veces para franquear la cerca. ¡No iba a darle facilidades al señor Barton para que descubriera su secreto!

—No creo que sea necesario esta noche que duerma usted en la habitación de Kit, señorita Taylor —dijo el hombre al Dragón a la hora de la cena—. El cuarto resulta

demasiado pequeño para que lo ocupen dos personas.

—No obstante, preferiría continuar durmiendo allí.

—He ordenado ya que saquen su cama de ese dormitorio —explicó el señor Barton—. A la hora de acostarse acompañaré al chico hasta allí y cerraré la puerta con llave. No habrá novedad.

El Dragón no hizo ningún comentario. Estaba irritada, sin embargo. Su sombrío compañero no le había sido simpático nunca y ahora le agradaba aún menos. Kit se sintió apurado. ¿Cómo iba a escaparse si el señor Barton disponía las cosas de aquel modo? De ser cerrada la puerta de su habitación con llave no habría posibilidad de huir. La ventana quedaba muy alta. Si saltaba por ella se rompería la cabeza con toda seguridad.

«Para cuando llegue la oscuridad el señor Barton quiere tenerme a buen recaudo», pensó Kit, desesperado. «¿Qué podría hacer en estas condiciones?».

Nada, no podía hacer nada, en realidad. Por lo menos mientras su tutor no le perdiese de vista. No le valdría de nada echar a correr, sin más. El señor Barton vivía pendiente de él, temiendo que le hiciese una jugarreta. Kit se colocó delante un libro, intentando forjar algún plan.

—Lo mejor es que te acuestes temprano esta noche, Kit —dijo el señor Barton amablemente—. Pareces cansado... Mira, vámonos a tu habitación ya.

—¡No estoy cansado! —protestó Kit, indignado—. ¡No son más que las ocho menos cuarto y no tengo ganas de acostarme!

Pero no tuvo más remedio que obedecer. El señor Barton le cogió por un brazo, llevándoselo. Una vez en su habitación, Kit se vio obligado a desnudarse.

—Acuéstate —le ordenó luego el señor Barton.

Éste, después de desearle que pasara una buena noche, salió del cuarto. No sólo cerró con llave la puerta sino que se guardó luego aquélla en un bolsillo. Ni siquiera podría entrar el Dragón allí...

Kit se levantó acto seguido, vistiéndose. Sobre sus ropas se puso el pijama por si al señor Barton se le ocurría entrar de pronto. Sabía ahora que su única oportunidad para emprender la huida se le presentaría cuando su guardián abriera la puerta más tarde para sacarle de la habitación.

«Me dirá, seguramente, que alguien anda detrás de mí, que tengo que marcharme con él para esconderme en otro sitio», reflexionó. «De ese truco querrá valerse para entregarme a mi tío. Bien... Pues tan pronto se abra la puerta echaré a correr con todas mis fuerzas. Aflojaré la bombilla del cuarto para que cuando accione el interruptor aquélla no se encienda. Esto favorecerá mi intento...».

Después de hacer lo que había pensado se sentó en una silla, tras la puerta, esperando la llegada del señor Barton.

Alrededor de las nueve oyó un rumor de pasos que se acercaban. Kit se puso en pie. El corazón le latía muy de prisa. ¡Tenía que aprovechar aquella ocasión! ¡No iba a presentársele otra!

El señor Barton introdujo la llave en la cerradura, haciendo girar aquélla. Abrió la puerta y alargó una mano, buscando el interruptor de la luz. ¡Clic! Nada... La habitación continuó a oscuras.



El señor Barton ahogó una exclamación, avanzando en el cuarto para encender la lamparita que había junto al lecho en que suponía que Kit descansaba. ¡Ésta era la ocasión ansiada! Cruzando el umbral de su dormitorio el chico se encaminó a las escaleras, en dirección a la buhardilla.

El hombre le oyó moverse, viéndole después en la puerta, pues había dejado encendida la luz del pasillo. Dando un grito se lanzó en seguimiento de Kit.

Intentar escaparse por la ventana de la buhardilla no era lo indicado entonces, por el hecho de ir casi pegado a él su perseguidor. Esto lo comprendió Kit en seguida. En tales condiciones no hubiera dispuesto de tiempo suficiente para deslizarse por la tabla y descender por el fresno hacia el suelo. Tenía que probar a esconderse en alguna parte unos minutos. Luego, cuando viera que se le ofrecía una posibilidad de lograr su propósito, haría cuanto estuviera en su mane por alcanzar la ventana de la buhardilla. Rápido como el rayo, el chico se subió a una silla adosada a un armario, trepando seguidamente a lo alto del mismo. Aquí se tendió. El armario en cuestión era de gran tamaño y muy elevado.

El señor Barton subió las escaleras. Dirigiase a la buhardilla. Deslizóse junto al armario o que se había subido Kit, adentrándose en la habitación. ¡Allí no había nadie!





El hombre estaba realmente furioso.

—¡Te voy a dar una buena zorra por hacerme esto, Kit! —gritó—. ¡Estos juegos tienen que terminarse! Donde quieras que estés, ¡sal inmediatamente!

Kit continuó en el alto del armario, procurando no hacer el menor ruido. El señor Barton siguió hablando. A juzgar por el tono de su voz, cada vez estaba más irritado.

Después el chico oyó el rumor de un coche que se aproximaba a la casa. Supuso que se trataba de su malvado tío. Habría venido a preguntar por qué razón el señor Barton no le había entregado a su sobrino en el sitio y la hora convenidos. El corazón le latía con tal fuerza que empezó a temer que su perseguidor pudiese oírlo...

La llegada del coche no pasó inadvertida al señor Barton tampoco. No se atrevía a bajar hasta la puerta y atender la llamada porque temía que Kit pudiese aprovechar aquellos instantes para huir definitivamente. Entonces requirió el auxilio del Dragón.

—¡Haga usted el favor de abrir la puerta, señorita Taylor! —gritó—. ¡Dígale a mi visitante que suba!

Un par de minutos más y el recién llegado empezó a subir las escaleras.

—¿Qué pasa? —inquirió en voz baja—. ¿Dónde está el niño?

—Iba a sacarle de su habitación cuando echó a correr, subiendo hasta aquí para esconderse no sé dónde —contestó el señor Barton fuera de sí—. ¡Espere a que le coja! ¡Te voy a poner la cara encendida, Kit!

Kit continuó inmóvil, bien cogido al armario. Estaba seguro de que más o menos tarde sería descubierto. Entonces le cruzó una idea por la cabeza. En uno de sus bolsillos llevaba la pelotita que empleaba a menudo en sus juegos. ¿Qué ocurriría si la arrojaba con fuerza dentro del cuarto opuesto? El ruido atraería a los hombres hasta allí, juzgando que el chico tenía que encontrarse en dicha habitación. Estos breves momentos podría aprovecharlos Kit para internarse en la otra y salir al exterior.

No vaciló. Con mil precauciones se sacó del bolsillo la pelota, tirándola dentro del cuarto con un violento movimiento del brazo. Aquélla causó un gran alboroto con ese choque inicial y los sucesivos rebotes. Naturalmente, lo primero que se les ocurrió pensar a los dos hombres fue que Kit se encontraba dentro de la habitación. Entraron en ésta como una tromba, encendieron la luz y cerraron la puerta para impedir la salida del chico si era que de verdad se hallaba allí.

¡Esto había estado esperando precisamente Kit! Con la ayuda de la silla bajó del

armario, penetrando en el cuarto en que había pasado tantas horas jugando desde su llegada a la casa. Inmediatamente cerró la puerta con llave. Si entraban allí los dos hombres perderían un tiempo precioso para salvar aquel obstáculo, el tiempo que él necesitaba tanto para huir.

El señor Barton y su acompañante sólo necesitaron a su vez unos segundos para comprobar que la habitación en que habían entrado estaba vacía. Al oír ruido en la vecina salieron corriendo. En aquel momento Kit cerraba la puerta y daba la vuelta a la llave.

Golpearon aquélla furiosos...

—¡Abre inmediatamente Kit! —aulló el señor Barton.

El chico se acercó a la ventana. Su tutor se abalanzó iracundo, aplicando el hombro a la puerta. Ésta parecía ir a ceder ya. No era muy fuerte... ¡Pronto se vendría abajo si los dos hombres aunaban sus fuerzas! Kit se deslizó por la tabla. Temblaba.

«¡Tengo que hacerlo!», se dijo. «¡Tengo que hacerlo! ¡Vamos Kit! ¡No te dejes coger!».

## Una noche saturada de emociones

La puerta de la buhardilla se vino abajo por fin. No en balde los dos hombres se habían aplicado a aquella tarea con ardor, contribuyendo a la misma con la fuerza y el peso de sus cuerpos. Kit oyó el crujido de la madera cuando ya descendía por las ramas del fresno. Tan excitado estaba que le faltó poco para caer al suelo. Afortunadamente, logró dominarse a tiempo.

El señor Barton vio, nada más acercarse a la ventana, la tabla tendida entre el antepecho de aquélla y el fresno, gracias a la luz del cuarto en que se encontraban.

—¡Fíjese en esto! —le dijo a su acompañante—. Por aquí se ha estado escapando el chico estos días cuando se le antojaba... Por aquí entraría también, seguramente, su amigo de la casa de al lado. Bajemos las escaleras rápidamente. ¡Le localizaremos en el jardín!

Pero en el momento en que ponían los pies en la planta baja Kit corría por el jardín ya, en busca de la zanja de la cerca. Los hombres divisaron una silueta confusa entre los árboles y echaren a correr tras ella. El señor Barton, portador de una linterna, paseó el foco de ésta por las inmediaciones, buscando a Kit.

El chico se internó en unas espesas malezas, avanzando a continuación silenciosamente, camino de la zanja. Sus perseguidores corrían de un lado para otro, intentando descubrir su paradero.

Kit se tumbó boca abajo, empezando a deslizarse por el pasillo excavado por sus amigos. A punto ya de salir por el otro lado, aparecieron los dos hombres, jadeando, extenuados a consecuencia de las sucesivas carreras. A la luz de su linterna, el señor Barton pudo ver el pequeño túnel. Apenas podía pronunciar palabra por efecto de la ira que sentía.

—¡Fíjese, fíjese! —gritó—. Esto debe ser obra de los chicos de la casa de al lado. Por ahí han debido estar entrando y saliendo del jardín... ¡Ellos y ese fastidioso perro también! ¡Kit! ¿Cómo te atreves a hacerme esto? ¡Vuelve acá en seguida!

Pero Kit no le hizo el menor caso. Continuó corriendo en la oscuridad, dejando plantados allí a los dos hombres. ¡Eran demasiado corpulentos para poder utilizar el pasadizo! Éste se acomodaba exclusivamente a los cuerpos de sus constructores.

¿Qué haría ahora?, se preguntó Kit. ¿Se dirigiría al bote? A aquella hora era difícil que sus amigos se encontrasen allí. Decidió acercarse en silencio a la casa para ver si descubría luz en el dormitorio de Robin.

¡Sí! ¡La lámpara del cuarto de aquél estaba encendida! Una lluvia de menudas piedras sobre los cristales hizo que Robin se asomara a la ventana casi inmediatamente. No tardó más que unos segundos en bajar por el árbol y situarse junto a Kit.

—¿Qué ha pasado? Habíamos renunciado ya casi a nuestro proyecto. No sabíamos si decírselo todo a mi madre o recurrir a la policía... Tenemos las provisiones en el bote. Vamos para allá y te llevaré a la casa embarcación. Me

referirás lo sucedido cuando estemos remando. Hemos de aprovechar esta oscuridad.

Los dos chicos echaron a correr hacia el río. El bote se encontraba en el sitio convenido, esperándoles. En él había una cesta llena de víveres, destinados a Kit. Éste y Robin se sentaron. El hermano de Betty cogió los remos.



Kit se lo contó todo y Robin escuchó atentamente a su amigo, cada vez más nervioso. ¡Qué poco, qué poco había faltado para que aquellos individuos le alcanzaran!

—Has sido muy inteligente —dijo Robin, admirado—. Esa es mi sincera opinión. No se te pudo ocurrir mejor idea que la de arrojar tu pelota al otro cuarto. ¡Oh! ¡Qué indignados se sentirían tus perseguidores al ver que te escapabas delante de sus narices, deslizándose por un pasillo que a ellos no podía servirles de nada!

Robin se adentró en el remanso del río dirigiendo el haz luminoso de su linterna sobre los árboles de una orilla; cuando se internaron más, pudo enseñar a Kit la casa flotante.

—Está bien escondida, ¿verdad? Estoy seguro de que no habrá nadie que dé contigo.

Se aproximaron al «Cisne Negro», subiendo a cubierta. ¡Luego pasaron ambos a uno de los pequeños camarotes! ¡Alguien había estado allí antes! ¡Alguien que había preparado una de las literas, dejándola convertida en una confortable cama! Alguien también había llevado allí agua y provisiones... ¡Qué extraño!

—Supongo que uno de los hombres de la finca debió dormir aquí ayer —murmuró Robin, confuso—. Lo bueno es que no nos lo hayamos encontrado aquí esta noche. ¿Abro la ventana, Kit? Hace mucho calor...

—Yo la abriré —dijo Kit.

Empujó acto seguido las dos hojas de la pequeña ventana. Pero todo fue inútil. Kit la examinó a la luz de la linterna. Entonces observó que las maderas habían sido clavadas de tal modo que el ventanillo no podía ser abierto desde dentro.

—Ignoro qué habrán estado haciendo esos hombres aquí. ¿Cómo habrán podido tolerar sus pulmones una atmósfera tan cargada?

—Bueno, Kit, yo tengo que marcharme ahora —declaró Robin—. Espero que no te sientas demasiado solo en este lugar. Lo más seguro es que nadie aparezca por aquí esta noche. Sin embargo, si oyeras acercarse a alguien abandona en seguida la embarcación y escóndete entre las ramas de cualquier sauce. Éstas quedan casi sobre la cubierta.

—De acuerdo —murmuró Kit—. Te agradezco cuanto has hecho por mí, Robin. Vuelve mañana y decidiremos qué es lo que conviene hacer. De momento, he escapado a las garras del señor Barton, que era lo importante.

Robin se deslizó por una de las bandas del «Cisne Negro», pasando al bote. Después de despedirse de su amigo comenzó a bogar para salir del remanso, en dirección al río. Kit no pudo evitar una fuerte sensación de soledad mientras se oía alejarse el rítmico chapoteo de los remos.

Se tendió en la litera sin desnudarse. Entonces advirtió que todavía llevaba el pijama sobre sus ropas. «¡Qué calor!», pensó. Procedió a desnudarse. Después se acostó de nuevo. Estaba cansado. Claro, tantas emociones seguidas... Cerró los ojos. Unos segundos más tarde dormía profundamente sobre las aguas. Flotaba en el aire el suave y continuado canto de éstas al acariciar los costados del «Cisne Negro». «¡Crac, crac!», cloqueó una gallina de río varias veces. Pero Kit no podía oír ya nada de esto...

Robin remaba con todas sus fuerzas, ansioso de referir a Betty y Lucy lo ocurrido. Llegado al punto de partida amarró el bote e inmediatamente saltó a tierra, echando a correr.

De pronto oyó un rumor cerca de él. Arrimóse al tronco de un árbol, escuchando atentamente. Vio los haces luminosos de dos linternas paseándose de un lado para otro. Pensó que seguramente el señor Barton y su acompañante habían dado con la entrada de su jardín y buscaban a Kit, figurándose que podía estar escondido por allí.

Robin sonrió. Kit estaba muy lejos de aquel sitio y en un lugar seguro. Él, Robin, había conseguido burlar a los dos hombres. Con toda certeza que ahora no podrían apoderarse del niño americano.

Permaneció junto al árbol, atento a las voces que percibía, vigilando los movimientos de los focos de las linternas. ¿Qué harían los perseguidores de Kit cuando se dieran por vencidos definitivamente? Bueno... ¡Arreglados estaban si confiaban en la información que él o las chicas podían facilitarles! Ahora lo más indicado parecía contar algo de lo sucedido a su madre. Decidió hacer esto por la mañana.



Súbitamente, sin haberse apartado siquiera del árbol, notó algo frío aplicado a su desnuda pantorrilla. Robin dio un salto. Luego suspiró aliviado. Se trataba de «Sandy» y de su frío hocico. Había ido en busca del chico sin lanzar un gruñido... «Sandy» era un perro extraordinario, pues comprendía cuando había que guardar silencio.

Robin se dijo que había llegado el momento de regresar a su casa. Se sentía fatigado. En cuanto a los dos hombres... No parecía sino que iban a pasarse la noche corriendo por el jardín. Cautelosamente, echó a andar por un sendero que quedaba alejado de la pareja de humanos sabuesos. Pero «Sandy» no se movía con tantas precauciones y produjo algunos ruidos al pisar la maleza reseca.

Inmediatamente, los dos hombres se llamaron entre sí.

—¿Qué ha sido eso? ¿Es el chico? ¡Por ahí, por ahí!

Robin se ocultó detrás de otro árbol. «Sandy» descubrió la entrada de una madriguera e introdujo en ella su hocico. Como al chico aquellos hombres parecían tenerle sin cuidado, él optó también por no hacerles caso. «Sandy» percibía unos olores tan fuertes que comenzó a dar muestras de una gran inquietud. Escarbaba frenéticamente en la boca de la madriguera valiéndose de sus patas delanteras, levantando mucha tierra. Naturalmente, ésta producía un ruido característico al caer.

Los hombres echaron a correr hacia el sitio de procedencia de aquel ruido. Tuvieron que soportar todo un pequeño chubasco de tierra y piedras. Robin esbozó una burlona sonrisa. ¡El buen «Sandy»! Sin perder la serenidad, el chico apretó el paso, siguiendo por el mismo sendero. Le fue fácil burlar el ciego acoso de los dos hombres porque éstos, inevitablemente, se entretuvieron con el perro.

—¡Pero si es un perro! —exclamó desilusionado el señor Barton. La luz de su linterna se había detenido en las ennegrecidas patas de «Sandy», que tenía media cabeza introducida en la madriguera—. ¡Qué chucho tan fastidioso! Se lo encuentra uno por todas partes. Vámonos... No hay manera de dar con ese chiquillo. Se habrá escondido en algún lado. Por la mañana no se mostrará tan animoso, después de

haber pasado una noche entera al raso. Probablemente, querrá penetrar sigilosamente en la casa y entonces nos será posible echarle mano. Por habernos hecho danzar de esta manera se llevará su merecido.

—Yo también le tengo reservado un premio —apuntó el otro individuo.

Los dos abandonaron el jardín, entrando unos minutos después en el suyo. Robin, asomado a la ventana de su dormitorio, oyó el ruido de una puerta al cerrarse de golpe. Había querido averiguar si aquellos hombres continuaban aún por las inmediaciones.

Entraron las chicas en su habitación, procurando no hacer ruido. Preocupadas por Kit, no habían podido conciliar el sueño. Robin sonrió al verlas.

—Todo marcha bien —anunció solemnemente—. Kit logró escapar por un pelo... Pero ahora se encuentra a salvo, en la casa flotante. Andando yo por el jardín, de vuelta, a poco tropiezo con el señor Barton y el malvado tío de nuestro amigo, que le buscaban enloquecidos por todas partes. «Sandy» al escarbar en la boca de una madriguera, les obsequió con una lluvia de tierra.

—¡Oh, Robin! ¿Quieres contárnoslo todo detalladamente? —preguntó Lucy.

Robin complació a las chicas, que escucharon su relato con los ojos dilatados por el asombro. Aquello parecía el argumento de una novela.

—Ya veremos lo que hacemos mañana —dijo finalmente Robin, bostezando—. Ahora voy a dormir. ¡Buenas noches, niñas!

Más adelante le esperaba algún quehacer...

## Una cosa muy extraña

A la mañana siguiente la señorita Taylor se mostró asombrada al observar que Kit no se había presentado en el comedor a la hora del desayuno.

El Dragón guardó silencio unos minutos, mientras comía. Esperaba que el chico llegase de un momento a otro... Luego, dirigiéndose al señor Barton, que con gesto ceñudo leía un periódico, le preguntó:

—¿Cómo es que aún no ha bajado Kit?

—Le han llevado el desayuno a la cama.

Esto no era verdad, por supuesto. Kit, en aquellos instantes, se encontraba lejos de allí, ¡en la casa flotante!

—¿Por qué razón? ¿Está enfermo acaso?

—No.

—Iré a verle —manifestó el Dragón, levantándose.

—Siéntese —ordenó el señor Barton, que estaba empezando a perder la paciencia de nuevo—. Soy yo el responsable del chico.

—En la misma medida que yo —repuso la señorita Taylor, obsequiando a su interlocutor con una fiera mirada.

—Usted es únicamente la encargada de cuidar de sus ropas, de su alimentación, de su edad. Si se excede en sus atribuciones será despedida.

El Dragón abandonó la mesa y antes de que el señor Barton pudiera impedirselo llegó al pie de las escaleras y empezó a subir éstas. Se aproximó a la puerta del dormitorio de Kit. Estaba cerrada... ¡con llave! Y ésta no se encontraba allí. La señorita Taylor frunció el ceño. Aquello no le gustaba nada.

Llamó suavemente.

—¡Kit! ¿Te han subido el desayuno? ¿Te encuentras bien?

No recibió ninguna respuesta, lo cual no era raro, puesto que la habitación estaba vacía. El Dragón tornó a llamar. Aquel silencio le preocupaba.

—¡Kit! ¿Estás ahí? ¡Contéstame!

No hubo ninguna réplica a sus palabras. El Dragón bajó las escaleras, enfrentándose con el señor Barton.

—No creo que Kit esté en su cuarto. He llamado a la puerta y no me ha contestado. Le ruego que abra aquélla, señor Barton. Si no lo hace recurriré a la policía.

El señor Barton estaba ya bastante preocupado también... Pero él pensaba en sus cinco mil libras y no en Kit. Si el chiquillo no aparecía a tiempo perdería su dinero. Y, desde luego, aquél parecía haberse esfumado. Claro, no acertaba a explicarse el porqué de su huida. Ignoraba que al chico le habían puesto en guardia contra él, muy oportunamente, por cierto.

El Dragón golpeó enfadadamente la mesa.

—¿Me ha oído, señor Barton? ¡Si no abre la puerta del dormitorio de Kit



telefonaré a la policía!

No quedaba para el señor Barton otra solución que la de obedecer. El Dragón cumpliría su amenaza de lo contrario y entonces él se vería metido en un buen lío. Sí. Abriría la puerta. Después fingiría un gran asombro al ver que Kit no estaba allí. Haría lo imposible por hacer ver a la señorita Taylor que se hallaban ante otra escapada del pequeño. Intentaría convencerla de que, como en anteriores ocasiones, Kit no tardaría en regresar.

En consecuencia se levantó de la mesa, sacó de uno de sus bolsillos la llave del dormitorio y subió las escaleras acompañado del Dragón.

—Probablemente está irritado y por eso no ha querido responder —dijo en el instante de abrir la puerta.

El cuarto, naturalmente, estaba vacío y la señorita Taylor dio un grito.

—¡No está aquí! ¡En la cama no hay nadie!  
¿Qué le ha ocurrido a Kit, señor Barton? ¿Lo sabe usted?

El señor Barton fingió estar tan asombrado como el Dragón. Abrió mucho los ojos, mirando a un lado y a otro, como si esperase ver a Kit escondido detrás de la puerta o de la cómoda.

—¿Dónde puede haberse metido ese chico? —inquirió.

—Señor Barton: ¿habrá sido secuestrado de nuevo el pequeño? —preguntó la señorita Taylor, muy pálida—. ¿Cómo puede haber salido de este cuarto hallándose encerrado bajo llave? Es imposible que saltara por la ventana. ¡Se habría roto la cabeza!

—¡Ah! Existe la posibilidad de que alguien entrase por la ventana y se llevase a Kit. Bueno, señorita Taylor, no nos preocupemos por tan poco. Tal vez saliera de la habitación antes de que yo cerrara la puerta, escondiéndose seguidamente... Usted sabe que tales jugarretas no son extrañas en él.

El Dragón miró fijamente al señor Barton. No creía una sola de las palabras que había dicho.

—¿Qué significaban las carreras y el griterío de anoche? —preguntó la mujer de repente—. Sí, esas que oí después de haber enviado a su visitante escaleras arriba.

—¿Qué carreras? ¿De qué griterío habla usted? —repuso el señor Barton, fingiendo una gran inocencia—. No sé qué quiere decir. Sin duda, está usted confundida. Bueno, bajemos al comedor de nuevo. Terminemos de desayunar en paz.



Lo más seguro es que Kit se presente en la casa antes de levantarnos de la mesa.

—Si no ocurre así, ¡llamaré a la policía inmediatamente! —exclamó el Dragón. Y por el tono de su voz se advertía que iba a estallar en sollozos de un momento a otro. Tendría fama de severa, pero ella quería a Kit...

Sentáronse otra vez y acabaron de desayunar. El señor Barton estaba furioso por la intromisión de la señorita Taylor. Mentalmente trazó su plan. Si se empeñaba en telefonar a la policía no podría impedirselo, esto era indudable. Perfectamente. Fingiría hallarse tan trastornado y confuso como ella misma. Nadie podría señalarle como el secuestrador del chico.

«Esté donde esté escondido, la policía dará pronto con el chico, poniéndolo de nuevo en mis manos», pensó. «Con tal motivo lo entregaré a su tío inmediatamente y al final conseguiré mis cinco mil libras. Sí... No son perjuicios lo que precisamente ocasionaría una llamada de esta mujer a la policía. Y si intento impedirle que se ponga en contacto con los agentes de la ley, la señorita Taylor se sentiría extrañada al observar mi conducta».

Así, pues, cuando el Dragón se encaminó al teléfono con el propósito ya anunciado, el señor Barton no opuso la menor objeción. Él mismo habló con los representantes de la ley, explicándoles que el pequeño Kit había sido secuestrado ya dos veces en América.

—Esta vez, sin embargo, tengo la seguridad de que no se trata de un rapto —añadió el señor Barton, expresándose con un tono de voz impregnado de amabilidad—. Creo que se ha escapado, simplemente, que ha querido hacernos una jugarreta. Desde luego, le disgustaba que le tuviéramos escondido aquí como si fuese un prisionero. Si ustedes logran dar con él nosotros se lo agradeceríamos, pues sea como sea, andamos preocupados, incomodados...

A la media hora de celebrado este primer cambio de impresiones se presentó en la casa un inspector de policía, el cual procedió a formular unas preguntas al Dragón y al señor Barton. Pareció estar de acuerdo con el señor Barton, estimando que el asunto se reducía a una mera travesura de Kit.

—Los chicos son chicos siempre —dijo el hombre—. Tan pronto nos enteremos de que él se encuentra en el distrito se lo haremos saber. Pero lo más probable es que regrese espontáneamente. Sí. En cuanto sienta un poquito de hambre.



—No anda usted descaminado en sus suposiciones, señor inspector.

¡Cuánto le hubiera agradado al señor Barton hablar con Robin al objeto de preguntarle por el paradero de Kit! Indudablemente, los chicos de la casa de al lado tenían más relación con el desaparecido de la que él se había imaginado. La zanja de debajo de la cerca debía haber sido utilizada muy a menudo por ellos.

Después de haberse ido el inspector de policía sonó el timbre del teléfono. El señor Barton atendió la llamada. En seguida identificó la voz del tío del chico.

—¿Hay noticias?

—No —replicó Barton—. Bueno, debo comunicarle que la señorita Taylor llamó a la policía. Pero si ésta encuentra al chiquillo me lo entregará, con lo cual usted lo tendrá en seguida, sin más que venir a por él aquí.

—No —contestó la voz—. No quiero arriesgarme a ser capturado yendo a esa casa. Le enseñaré el escondite que he preparado para él. Usted mismo podrá llevarlo allí. Únase a mí al otro lado de Faldham dentro de media hora.

—¿Dónde se encuentra ese escondite maravilloso? —preguntó el señor Barton, impacientemente—. Siempre está usted hablando de él...

Hubo una pausa.

—Se trata de una casa embarcación —fue la respuesta—. Usted sabe que alquilamos esa vivienda solitaria que hay junto al río, ¿verdad? Pues bien, descubrimos una casa a flote anexa a la propiedad. Encontramos unos cuantos chiquillos jugando en ella y les echamos. A continuación la remolcamos hasta un remanso que forma la corriente en la vecindad de la finca, ocultándola entre las ramas de unos grandes sauces. La tenemos dispuesta ahora para recibir al chico. ¿A quién se le va a ocurrir mirar allí? Hemos clavado las hojas de las ventanas y puesto un candado en la puerta...

Oyóse un silbido de admiración por parte del señor Barton.

—La idea es muy buena —opinó—. Conforme... Dentro de media hora nos veremos en el sitio convenido, con el fin ya indicado. Más tarde, cuando tenga de nuevo al chico en mi poder, lo conduciré directamente a esa casa flotante. Procuraré que no se dé cuenta del camino...

—¡Magnífico! —exclamó el tío de Kit—. Si lo lleva usted de noche nadie les verá.

—¿Y qué hay de mi dinero?

—No le será dado a usted ni un solo penique en tanto no nos entregue al chico. En cuanto Kit ponga los pies en la cubierta de la casa embarcación usted recibirá su recompensa.

El señor Barton colgó el receptor y abandonó la casa para sacar el coche. Deseaba ver exactamente dónde quedaba el singular escondite porque en el momento en que pusiera las manos sobre Kit...

Y lo curioso era que Kit estaba allí ya. Se ocultaba en el escondite que para él habían preparado sus secuestradores. Naturalmente, el chico ignoraba todo esto. Y aquéllos, a su vez, estaban muy lejos de sospechar que el pequeño se hallase ya acomodado en la casa flotante. Ésta era la más extraña de todas las cosas que podían haber sucedido... El señor Barton se dirigía ahora, pues, al «Cisne Negro». Y Kit se encontraba dentro de éste. ¡Cuidado, muchacho! ¡Estás en peligro nuevamente!

## Más momentos de apuro

Por la mañana Robin decidió ir a ver a Kit antes de referir nada a su madre en relación con los emocionantes acontecimientos del día precedente. Así, pues, el chico se subió al bote y comenzó a remar río abajo. Pasó frente a la pequeña isla, perdió de vista la casa solitaria, y se internó en el escondido remanso. Amarró el bote de manera que quedase bajo unas ramas que casi tocaban el agua oculto a la vista de cualquier persona que caminase por las cercanías.

Luego saltó a tierra, dirigiéndose a los sauces cuyas ramas casi tapaban el casco del «Cisne Negro». Muy cerca de éste se detuvo unos segundos, escuchando. A sus oídos no llegó ningún ruido sospechoso. Subió a la cubierta de la casa embarcación, avanzando hacia el camarote en que, según supuso, su amigo estaría descansando.

Kit, en efecto, se encontraba allí, leyendo un libro. No había oído los pasos de Robin, debido a las muchas precauciones que éste había tomado, caminando siempre con el mayor sigilo posible. Por eso experimentó un terrible sobresalto al oír de pronto su voz.

—¡Kit! ¿Marcha todo bien?

—¡Robin! Me has hecho dar un salto. ¡Qué susto! No obstante, me alegro mucho de verte. He pasado una noche estupenda. Estuve durmiendo como un topo y esta mañana, al despertarme, hube de dejar pasar unos minutos antes de lograr explicarme qué hacía yo aquí.

Robin sonrió.

—Por lo visto te preocupan poco tus enemigos —observó—. Betty, Lucy y yo, en cambio, apenas pudimos pegar un ojo pensando en ti. Mira, Kit... Quisiera que nos pusiésemos de acuerdo. ¿Qué será lo más conveniente ahora? ¿Refiero a mí madre toda esta historia? Desde luego, en mi opinión, no nos creerá. Si el señor Barton es inteligente y sabe contarle unas cuantas mentiras bien urdidas, por otra parte, lo más seguro es que vayas a parar de nuevo a sus manos.

—Sí —repuso Kit, pensativo—. Tal vez lo más prudente fuese esperar un poco. Sin embargo, Robin, creo que no haremos nada de más si informamos debidamente al Dragón. Me parece que esa mujer me tiene bastante cariño y sé que odia al señor Barton. ¿No podrías ir a verla? Sólo para enterarte de si está inquieta por causa de mi desaparición... En tal caso dile todo lo que sabes. Indícale además que si caigo de nuevo en poder de mi tutor, que no consienta de ningún modo que éste se haga responsable de mí.

—Es una mujer tan severa... —objetó Robin, al que no sedujo nada la idea de acercarse al Dragón con el propósito de dialogar con ella.

—Parece albergar la ferocidad de veinte dragones, lo sé, Robin —manifestó Kit—. Pero esto es sólo aparente. ¡Con qué afán deseo averiguar, de un modo que no deje lugar a dudas, si la señorita Taylor figura en el grupo de mis amigos! ¿Cómo vamos a saberlo?



Lo sabrían... ¡Y a no mucho tardar!

Súbitamente llegó a sus oídos un rumor de voces procedentes de la orilla. Los dos chicos irguieron la cabeza, alarmados. ¿Quién se acercaba al «Cisne Negro»? Se trataba del señor Barton y del tío de Kit, por supuesto. Este último enseñaba a su colaborador en aquella vil empresa el escondite que había preparado para el chico, que ocuparía en cuanto fuese secuestrado. ¡Qué lejos estaban de pensar que Kit estaba ya allí!

—¡Alguien se acerca! —susurró Robin.

—¡Rápido! ¡Métete en ese armario alto! —dijo Kit—. El que queda detrás de esa cortina, donde están las perchas. Yo me esconderé en el mismo sitio, dentro del otro camarote.

Había una puerta entre los dos camarotes y Kit pasó en seguida al compartimiento anexo, para ocultarse. A juzgar por el ruido, los hombres acababan de poner los pies en la cubierta de la embarcación.

Uno de ellos era el señor Barton y el otro su tío. Kit estaba absolutamente seguro de esto. No había visto nunca a aquel familiar, pero existía algo especial que atraía su atención en el rostro cruel, en los fríos y azules ojos, en la boca, de labios de fino trazo... El individuo en cuestión hablaba con acento americano.

—Bien, señor Barton... ¿Qué opina usted del escondite que hemos pensado utilizar para mi sobrino? Esto queda lejos de todas partes, ¿verdad?

—Sí... El sitio es magnífico —repuso el aludido—. Veamos... ¿Cómo puedo llegar yo aquí desde el río? Sí... Podría salir en un bote de aquel punto en que la corriente de agua describe una curva, no muy lejos de nuestro jardín, poniéndome a remar hasta que localizara en una de las orillas esta especie de caleta.

—Sabrá dónde cae el remanso si tiene en cuenta que viene a continuación de la casa —dijo el tío de Kit—. No hay en varias millas otra edificación próxima, relativamente, a la orilla. No puede usted cometer ningún error. Examine los camarotes... Verá que el chico va a estar cómodo, si bien, esto es inevitable, va a sentirse algo solo. Como ya le notifiqué, nos hemos hecho de un candado para la puerta, habiendo clavado las ventanas además. Una vez instalado aquí dentro no podrá escapar.

Para espanto de los dos chiquillos escondidos, la pareja se adentró en los pequeños camarotes. Kit intentó recordar si se había dejado por allí alguno de sus objetos de uso personal. La cesta de las provisiones estaba en la cocina, bajo la mesa. Quizá no la vieran. Pero se había olvidado de su libro. Y era posible también que el pijama estuviese sobre cualquier silla o dondequiera que lo hubiese colocado la noche anterior.

Los recién llegados examinaron distraídamente los camarotes. ¡Ni por un momento se les ocurrió pensar que el chico que tantos deseos tenían de capturar se encontraba tan sólo a unos centímetros de ellos, detrás de una cortina que podían haber tocado en cualquier instante!

Kit y Robin temblaban como azogados. Entonces se enteraron de que el escondite escogido era el mismo que los enemigos del primero le habían preparado. Ahora se explicaban por qué habían sido clavadas las ventanas por qué el camarote se hallaba tan cuidado, por qué había sido abastecido de víveres y agua... Todo aquello era para Kit. La noche anterior, de haberle salido la cosa bien al señor Barton, Kit hubiera sido entregado a sus enemigos, siendo trasladado luego al «Cisne Negro».

¿Podía producirse una coincidencia tan extraordinaria? Y todo aquello, además de extraño, resultaba bastante atemorizador.

Los dos chicos estaban convencidos de que en el momento menos pensado las cortinas serían echadas a un lado, viéndose así descubiertos. ¡Qué catástrofe si a uno de ellos le daban ganas de estornudar o toser! Kit llegó a pensar que el estornudo era inevitable...

—¡Cuánto me gustaría saber dónde se ha metido ese condenado chiquillo! — exclamó el señor Barton, en un tono de voz que delataba su enfado—. Le había encerrado bajo llave en su habitación, ¿sabe?, cuando se coló como una exhalación por la puerta, al abrir yo ésta. Debe haberse escondido en algún lugar de la campiña. Pero ahora la policía le busca e, indudablemente, no tardará en encontrarle.

Esto último no lo sabían los muchachos...



—Lástima grande ha sido que usted no pudiera impedir que la señorita Taylor

recurriese a la policía —opinó el tío de Kit, no menos irritado—. Supongo que no podemos comprar sus servicios. ¿Me equivoco? ¿Dejará de preocuparse por el niño, decidiéndose luego a desaparecer para permitirnos obrar con absoluta libertad, si le entregamos unos centenares de libras?

—No. Tengo la seguridad de que una oferta semejante no le producirá ningún efecto —manifestó el señor Barton—. Le ha tomado cariño al pequeño, Dios sabe por qué. Acostumbra a demostrar su ternura de una manera muy curiosa porque es una mujer de aire sombrío... No, no creo que pueda usted sacar provecho alguno de ella. Conocía al padre de Kit muy bien y nada más saber de la catástrofe aérea se fue en busca del chico, para no separarse de él.

—De acuerdo. No podemos contar con esa mujer entonces —dijo el tío de Kit—. Voy a indicarle lo que haremos... Enviaremos a la señorita Taylor las notas que escribamos con respecto al rescate del chico cuando lo tengamos en nuestro poder. Kit quedará en libertad mediante el pago de una fuerte suma. Ella será la mediadora. Si esa mujer nos trae el dinero que solicitemos, el cual puede obtener de la tía abuela del niño, quien administra su fortuna, nosotros pondremos aquél en sus manos, sano y salvo. En este asunto, por supuesto, yo no tengo que aparecer para nada. Y todo lo que usted deberá hacer es callar, no decírselo a nadie, coger su dinero y esfumarse en cuanto tengamos al chico.

—Ya, ya —se apresuró a contestar el señor Barton—. ¡Si lograra hacerme con Kit! Antes de ponerlo en sus manos le voy a dar una buena zurra.

—Tampoco saldrá muy bien parado de las mías —dijo el tío de Kit con voz amenazadora—. ¡Cuántas molestias nos ha causado! ¡Lo que daría por cogerlo ahora mismo!

Poco se imaginaba que para hacer realidad tan censurable deseo le hubiera bastado con extender el brazo izquierdo. A los chicos no se les escapó una sola palabra de aquella conversación. Kit estaba muy furioso con el señor Barton. Había demostrado ser tan desalmado como su tío al traicionarle. Pero el pequeño experimentó en aquellos instantes una alegría también: el Dragón estaba a su lado. Tal actitud merecía su agradecimiento.

—¡Vámonos ya! —dijo el señor Barton por fin—. Hace demasiado calor aquí dentro. Estoy seguro de que sabré llegar hasta aquí si consigo localizar al pequeño. Después de encerrarlo en este camarote le llamaré a usted por teléfono. Me limitaré a decirle: «El paquete se encuentra ya en nuestro poder». Supongo que recordará el verdadero significado de esas palabras.

El tío de Kit se echó a reír.

—Naturalmente que lo recordaré —contestó—. Mire, aquí tiene el candado, en el antepecho de la ventana. Acompáñeme hasta la casa ahora. Antes de que se marche de estos parajes beberemos alguna cosa.

Para alivio de los dos apurados chicos, la pareja abandonó la casa embarcación. Una vez en tierra el señor Barton y su acompañante se encaminaron a la edificación



que alquilara a este último al señor Cunningham. Afortunadamente, no habían llegado a ver el libro de Kit, ni su pijama. El americano salió del camarote, mirando por entre las ramas de los sauces para asegurarse de que sus enemigos se habían alejado. Luego volvió a reunirse con Robin. Ambos estaban muy pálidos. Aquellos minutos habían sido de prueba, en verdad.

—¡Es desconcertante! —exclamó Kit por fin—. ¿Quién había de decirme que iba a meterme yo mismo, espontáneamente, en el escondite que esa gente preparó para mí?

—Es mejor que continúes aquí —le contestó Robin—. Después de todo, éste es el último sitio del mundo en que tu tío esperaría encontrarte. Dispones en abundancia de víveres... Yo regresaré inmediatamente a mi casa con el propósito de poner al Dragón al corriente de lo ocurrido. La señorita Taylor, probablemente, irá en busca de mi madre y entre las dos decidirán lo que más te conviene. Ya volveré yo oportunamente para comunicarte qué han pensado.

—Conforme, Robin. ¡Dios mío! ¡Qué cara pondrán esos hombres algún día, cuando se enteren de que dentro de esos camarotes hemos estado a un palmo de sus narices!

## Una sorpresa maravillosa

Robin embarcó en el bote y empezó a remar. Quería salir cuanto antes del remanso. Ansiaba referir la historia en que había tomado parte activa a su madre. Todo parecía haberse tornado demasiado serio de repente. Con anterioridad a los últimos acontecimientos había juzgado aquella una aventura de la que, simplemente, podía extraer alguna diversión. Ahora bien, ésta había cesado en el preciso instante en que se había escondido detrás de una cortina, colocándose al alcance de dos hombres de comprobada perversidad.

«Esto va de mal en peor», pensó mientras remaba con todas sus fuerzas. «Tenemos que hacer algo. Tan pronto salte a tierra iré a ver al Dragón».

Primeramente marchó en busca de Betty y Lucy, para darles cuenta de las últimas noticias. Apenas se atrevieron a dar crédito a sus palabras.

—¡Hemos de contárselo todo a mamá en seguida! —opinó Betty—. Tengo miedo, Robin.

—¿Es que no te acuerdas de que tu madre ha salido y estará ausente lo que resta de día? —le preguntó Lucy—. Mejor será ir en busca del Dragón. ¡Es lo que vamos a hacer ahora mismo!

—Es que... ¿Y si ha vuelto el señor Barton? —dijo Robin, al que no le seducía nada la idea de tropezar con aquel antipático sujeto—. Primero iré a ver si está su coche en el jardín.

En efecto... ¡El turismo estaba allí! ¡Había regresado! Esto supuso algo muy desagradable para los chicos. Luego, Robin trepó hasta las ramas más altas del castaño para ver si localizaba al Dragón por las inmediaciones. En caso afirmativo, siempre cabía el recurso de salvar el obstáculo de la cerca y entrevistarse con ella. Al descender del árbol las chicas sorprendieron en su rostro una expresión de alegría.

—Sí... Está como siempre, haciendo punto de aguja. Y al señor Barton no he llegado a verle. Veamos... Pasaremos al jardín de Kit.

Llegaron al sitio en que días atrás abrieron el pasillo que en tantas ocasiones utilizaron. Entonces, irritados, presa de un tremendo desaliento, observaron que alguien había cegado aquél. Ya no podrían entrar y salir del jardín por allí. Se quedaron paralizados, con los rostros encendidos por la rabia que sentían.

—¡Ese estúpido del señor Barton tiene la culpa! —exclamó Robin fuera de sí—. Estoy seguro de que es él quien nos ha jugado esta mala pasada. ¡No estamos en condiciones de acercarnos a la puerta del jardín y llamar, sin más!

—Espiaremos los movimientos del señor Barton, a ver si abandona la casa nuevamente —propuso Betty, muy sombría—. Yo no pienso entrar de todos modos mientras él esté ahí. ¡No quiero verme secuestrada!

—Pues con este fin habremos de establecer turnos de vigilancia. Sólo así estaremos enterados de los movimientos del señor Barton —indicó Lucy—. Empezaré yo. Me esconderé yo. Me esconderé por aquí, desde donde puedo ver con

facilidad si alguien entra en el edificio o sale de él.

—De acuerdo —aprobó Robin—. Los turnos serán de media hora. Si ese hombre se marcha nosotros entraremos para contarle al Dragón cuanto sabemos.

Lucy se apostó en el sitio elegido. Al poco rato abandonó el recinto vecino el cocinero de la casa, montado en su bicicleta, regresando más tarde, cargado con un cesto de viandas. La chica divisó también al chófer, lavando el coche. Descubrió a «Sandy» vagando de un lado para otro, en busca de conejos, para volver minutos después. «Tiger», sentado tranquilamente al sol, limpiaba cuidadosamente su pelaje. El perro no se atrevía a acercarse ahora a la gata.

Al cabo de media hora apareció Robin para relevar a Lucy. Luego le llegó la vez a Betty. Después de la comida prosiguieron sus turnos de vigilancia. Empezaban ya a estar cansados. Llegó la hora del té y el señor Barton continuaba aún en la casa, Betty y Lucy se sentían ya desesperadas...

A las seis y media, hallándose Robin de vigilancia, el señor Barton salió de la casa. El muchacho, desbordante de contento, contempló su figura, avanzando por el sendero interior de la finca, aquel que conducía hasta la misma puerta del edificio principal. Iba a Correos, según dedujo por la carta que llevaba en la mano. ¡Magnífico! ¡Había llegado la ocasión tan ansiada!

Robin silbó débilmente. Las chicas acudieron corriendo, muy nerviosas. Les acompañaba «Sandy».



—¡Ha salido! —exclamó Robin—. Vamos. No dispondremos de otra oportunidad semejante. Nos llevaremos a «Sandy». Creo que estaremos más seguros protegidos por nuestro perro.

—¡Adelante, «Sandy»! —dijo Lucy.

El pequeño «foxterrier», que no se separaba casi nunca de su dueña, meneó el

rabo alegremente.

Los chicos recorrieron la distancia que separaba la puerta del jardín de la casa vecina de la entrada de la misma. Pulsaron el botón del timbre. Una doncella se plantó en el umbral.

—¿Po... podríamos hablar con la señorita Dragón? —le preguntó Robin, que no se acordó en aquel momento de que aquel vocablo era, simplemente, un apodo.

—Aquí no vive nadie que lleve ese apellido —respondió la doncella, a punto de cerrar la puerta.

—No... Me he equivocado. Es la señorita Taylor —se apresuró a rectificar Robin—. Ella vive aquí. Lo sé muy bien.

La muchacha abrió un poco más la puerta, objetando, no obstante:

—Creo que no debo dejaros entrar porque he recibido órdenes en ese sentido... En fin, iré a buscar a la señorita Taylor. Esperad aquí un momento.

—Por favor, no tarde usted mucho —rogó Robin, que temía que el señor Barton regresara de un instante a otro.

La doncella se marchó. Estuvo dentro de la casa largo rato... Eso al menos se les antojó a los tres. Por fin volvió, esta vez acompañada de la señorita Taylor, quien les miró frunciendo el ceño.

—¿Qué queréis de mí? —inquirió.

—¿Podríamos hablar con usted reservadamente unos minutos, señorita Taylor? —le preguntó Robin—. Tenemos importantes noticias que comunicarle.

El Dragón miró fijamente a Robin.

—¿Referentes a Kit, quizá? —quiso saber.

El chico asintió. La señorita Taylor les hizo una seña para que pasaran al interior de la casa.

—El señor Barton regresará en seguida —anunció—. Podréis hablar con él también.

—No. No lo haremos —respondió Robin—. Está con los hombres que apoyan al perverso tío de Kit.

—¿Qué? —inquirió el Dragón, extraordinariamente asombrada—. ¿Qué demonios sabéis del señor Barton?

—Pues... mucho —afirmó Robin—. Por favor, llévenos a algún sitio donde estemos a solas. Es importante, importantísimo.

—¿Conocéis el paradero de Kit? —preguntó el Dragón, bajando la voz.

Robin asintió. La señorita Taylor les condujo a una pequeña habitación, cuya puerta cerró. «Sandy» entró también en el cuarto. No cesaba de moverse, husmeándolo absolutamente todo.

—Bueno, ¿qué significa en realidad todo este misterio? —dijo el Dragón sentándose—. Comenzad por el principio y no omitáis ningún detalle.

Robin, pues, inició su relato. El Dragón sabía escuchar y no le interrumpió una sola vez. Únicamente, cuando comprendió sin lugar a dudas que el señor Barton era

un traidor, hizo un movimiento. Luego se levantó, empezando a pasear por el cuarto. Tenía la faz lívida.

Robin continuó hablando hasta el fin. Al terminar comprobó con gran sorpresa que los ojos del Dragón estaban llenos de lágrimas...

—¡Pobre Kit! —exclamó—. ¡Pobre pequeño!

Los chicos la contemplaron atónitos. A ninguno se le había pasado por la cabeza la idea de que la feroz señorita Dragón fuera capaz de llorar. Ésta sacó un pañuelo, secándose los ojos.

—Creo que habéis demostrado ser muy inteligentes y valerosos —dijo la señorita Taylor a sus visitantes—. Me alegro mucho de que hayáis venido.

Robin abrió la boca para contestar... Pero en este preciso momento sonaron unos aldabonazos tan fuertes en la puerta principal del edificio que todos se levantaron, sobresaltados.

—¿Qué significa eso? —preguntó la señorita Taylor, sorprendida—. ¿Quién llama así?

Robin y las chicas esperaban que no se tratase del señor Barton. Oyeron los apresurados pasos de la doncella corriendo hacia la entrada y el ruido de la puerta al abrirse. Alguien hablaba con acento americano a gritos. La criada, entró, muy nerviosa, en el cuarto, dirigiéndose al Dragón.

—Señorita Taylor: ahí fuera hay un señor que dice que ha venido a ver al pequeño. Le dije que éste no se encuentra en la casa pero se niega a creerme.

Se oyó ahora un rumor de pasos en el vestíbulo y en el umbral de la habitación se plantó un hombre. Era aquel que estuviera hablando con Robin en el establecimiento del poblado, aquel a quien el chico tratara con cierta desconsideración. Parecía estar preocupado.

El Dragón lanzó una exclamación:

—¡Peter! —La emoción ahogó su voz—. ¡Peter! ¡No es posible que seas tú!



El rostro del recién llegado tomó una expresión afectuosa. Sus labios, incluso, esbozaron una sonrisa.

—¡Jane Taylor! Así, pues, fuiste tú la persona a quien confiaron el niño, ¿no?

—¡Peter! ¡Todos te creíamos muerto! —contestó el Dragón, comenzando a llorar de nuevo—. Me parece estar viviendo un sueño. No acierto a comprender del todo qué es lo que sucede...

—¡Anímate, Jane! —dijo el hombre soltando la carcajada. Se rió igual que Kit...—. No, no estoy muerto. Yo no viajaba en este avión que al estrellarse fue pasto de las llamas. Sufrí un accidente, sí, volando con Roy, mi amigo. Los dos fuimos conducidos a un hospital. Teníamos graves quemaduras. Nadie nos conocía allí. Y mi cerebro no se repuso del percance más que al cabo de varios meses. Perdí la noción de todo...

—¡Oh, Peter! Aún me cuesta trabajo creer que sea verdad lo que estoy viendo —dijo la señorita Taylor, sonriendo pero todavía con los ojos llorosos.

—¡Y tan verdad como es! Cuando me repuse recordé quién era y también que tenía un hijo llamado Kit. Después me enteré de que para aprovecharse de su fortuna ese granuja de Paul lo secuestró dos veces. Ahora lo único que desea es dar con él. Supe que Kit había sido enviado a Inglaterra, entregado a los cuidados de dos personas en quienes mi tía confiaba. Seguidamente me informaron de que Paul había partido, con el mismo destino. Me figuré cuál era la causa de su viaje. ¡Andaba detrás de Kit de nuevo! Vine aquí tras él... y también con la intención de reunirme con el pequeño.

—¡Oh! —Robin profirió un gemido—. Y nosotros le tomamos por el tío de Kit... cuando... cuando en realidad usted es su padre, ¿no es así?

—¡Naturalmente! Bueno, quiero ver a Kit. ¿Dónde está?

—En este momento no se encuentra aquí —repuso Robin—. Está en una casa

embarcación anclada en un remanso del río. Nosotros le escondimos allí cuando supimos que su tío le perseguía.

¡Qué lástima que Robin hubiera levantado tanto la voz! Porque en el instante en que pronunciaba estas palabras el señor Barton se hallaba en el vestíbulo. Había utilizado su llave para abrir la puerta, prestando atención a lo que se estaba diciendo allí dentro.

Se detuvo, desconcertado. Luego, sin hacer el menor ruido, volvió sobre sus pasos, encaminándose al garaje. De manera que Kit estaba ya en la casa flotante... Sus amigos le habían escondido en el mismo sitio en que pensaron los secuestradores. ¡Qué suerte!



«Iré a ver a Paul inmediatamente para comunicarle que su paquete ha llegado», se dijo el señor Barton sonriendo irónicamente al poner en marcha el motor del coche. «Después, los dos juntos, procederemos a hacernos cargo de él. ¡Ah, Kit! Te esperan unos instantes difíciles».

El señor Barton avanzaba satisfecho en la oscuridad de la noche. Aún no sabía que el padre de Kit había llegado a Faldham, dispuesto, naturalmente, a reunirse con su hijo y a ponerlo a salvo de las criminales asechanzas de sus enemigos.

## Kit tiene una magnífica idea

Ni los chicos ni la señorita Taylor sabían que el señor Barton había oído las últimas palabras de Robin. Todos continuaron charlando animadamente, acabando por referir al padre de Kit toda la aventura vivida.

—Bueno, yo creí siempre que los niños americanos eran bastante valientes y decididos —dijo el hombre—, pero la verdad es que vosotros tres les dais ciento y raya. Hay pasajes memorables en vuestra historia: la construcción de la zanja de la cerca, el procedimiento ideado para penetrar en la buhardilla, el traslado de mi hijo al «Cisne Negro»... Os habéis portado como unos buenos amigos con él, demostrando estimarle.

—¿No cree usted que lo lógico ahora es ir a decirle a Kit que ha llegado su padre? —preguntó Robin, rojo de placer al oír tantos elogios—. Hay una cosa... Hay que procurar que Kit esté en la casa embarcación el menor tiempo posible ahora que sabemos que aquél es el escondite que sus raptores le tenían preparado. ¡Éstos podrían sorprenderle cuando esté durmiendo, por ejemplo! ¡Qué alegría se va a llevar cuando le vea, señor Armstrong!

—Primeramente voy a celebrar una entrevista con la policía —anunció el padre de Kit, muy serio—. Tengo la impresión de que donde mejor podrían estar Barton, Paul y sus probables amigos es en una buena prisión inglesa. De este modo evitaríamos que causaran nuevos daños. Haré que la policía rodee la casa que esa gente alquiló y entretanto me llevaréis hasta la casa flotante. Luego, si esos individuos intentan escapar se encontrarán con todas sus salidas cerradas. La policía dominará en tierra, ¡y nosotros en el río!

El señor Armstrong se dirigió al teléfono. El Dragón abrazó a los chiquillos, uno por uno, con gran sorpresa por parte de los mismos. Repentinamente, la señorita Taylor les pareció mucho más joven y no tan feroz como siempre se les había antojado.

—Las cosas van saliendo bien —dijo aquélla—. ¡Pobre Kit! ¡Qué sorpresa tan maravillosa se va a llevar cuando se entere!

—¿Qué estará haciendo ahora? —comentó Robin—. Ha sido muy oportuno el señor Barton en hallarse ausente todo este tiempo... No me figuraba yo que tardaría tanto cuando no iba a hacer otra cosa que echar una carta al buzón de alcance.

El señor Barton habíase reunido con el tío de Kit ya por entonces. Refirió a su amigo lo que había oído afirmar a Robin.

—El chico se encuentra ya en su casa embarcación. Esos tres pequeños que usted obligó a salir del «Cisne Negro» deben ser los mismos que viven al lado de nuestra casa... Hicieron amistad con Kit, sin duda, conocieron su secreto y por una razón u otra decidieron que se ocultara en la casa flotante.

—Iremos a ver... —contestó Paul, que aún no había salido de su asombro—. De haber sucedido eso hay que reconocer que hemos



tenido suerte. Supongo que ese chico no se hallaría ahí cuando visitamos juntos «El Cisne Negro»... No. No observamos nada que delatara su presencia.

—Hemos de adoptar toda clase de precauciones al acercarnos a la embarcación —recomendó el señor Barton, echando a andar al lado de Paul—. No pronuncie usted una sola palabra. De lo contrario nos expondríamos a que nos viera u oyese. Le cogemos por sorpresa... Ese chico va a arrepentirse del mal rato que nos ha hecho pasar. Ahora ya no podremos utilizar como escondite «El Cisne Negro», desgraciadamente, porque esos críos conocen ya demasiadas cosas acerca de aquél. Bueno... No nos costará mucho trabajo dar con otro lugar idóneo para el fin que perseguimos.

Los dos hombres se deslizaban silenciosamente por el prado, camino de los sauces cuyas ramas escondían a medias la casa flotante. Kit no oyó ningún ruido sospechoso. Aquel día, terminaba la lectura de su libro, se había sentido un tanto aburrido, entreteniéndose para pasar el rato en contemplar las carreras y los juegos de unos conejos que no se habían movido de las inmediaciones de la orilla, asomándose por entre las ramas de los sauces...

No. No oyó ningún ruido que le alarmara, pero en cambio, ¡vio acercarse a los dos hombres! Contempló con atención sus rostros y su corazón comenzó a latir más de prisa. Parecían satisfechos y avanzaban con decisión, como si les llevara allí un objetivo concreto, previamente acordado... ¡Como si supieran que Kit se encontraba a bordo del «Cisne Negro»!

¿Lo sabían, realmente? Kit tornó a fijarse en las caras de sus enemigos. Pensó en seguida que no iba a esconderse dentro de la casa flotante. ¡No! Aquélla no parecía ofrecerle ya seguridad alguna. En cuanto la pareja empezara a llevar a cabo un registro un tanto detenido le encontrarían.

El chico se trasladó a la banda opuesta de la embarcación y pegándose al casco se deslizó poco a poco en el agua. Apenas produjo un leve chapoteo. Dentro del remanso las profundidades eran insignificantes. En efecto, los pies de Kit tocaban ya el fondo. Si se mantenía inmóvil nadie se daría cuenta de que estaba allí.

Los hombres subieron a bordo del «Cisne Negro» con todo el sigilo posible. Se detuvieron un momento, escuchando, y luego apartaron cuidadosamente las ramas de los sauces que llegaban a tocar la cubierta. Ahora podrían avanzar más fácilmente por ésta.

—Debe estar en alguno de los camarotes —susurró el señor Barton—.



Perfectamente. No nos costará trabajo hacernos con él. Usted vaya por ahí. Yo entraré por este lado.

Los dos hombres fueron aproximándose a la puerta de las cabinas. Plantáronse frente a la misma, hablando en voz alta.

—¿Estás ahí, Kit?

No hubo ninguna respuesta.

—No lograrás nada callando —dijo Barton, comenzando a perder la paciencia—. Sabemos que estás ahí. Nos lo comunicó el chico que vive en la casa que está junto a la nuestra.

Nada. Tampoco contestó nadie esta vez a sus palabras.

—¡Entremos! —exclamó Paul, impaciente.

Los dos hombres abrieron la puerta, precipitándose dentro del primer camarote. Desde luego, ni en éste ni en el otro parecía haber nadie. Barton y Paul levantaron las colchonetas de las literas y examinaron todos los rincones. Lo más seguro era que el chico se había escondido.

Y entonces, ¡una gran idea cruzó por la cabeza de Kit!

Tan grande, tan sorprendente era, que hubo que hacer un enorme esfuerzo para trepar de nuevo hasta la cubierta del «Cisne Negro», pues estaba temblando de emoción. Avanzando silenciosamente, procurando mantenerse oculto en todo instante, alcanzó la puerta de los camarotes. Buscó el candado y lo colocó en su sitio. Y después, con un rapidísimo movimiento, cerró aquella de un golpe. Hecho esto dio dos vueltas a la llave, que se encontraba en su sitio, e hizo lo mismo con el candado, tras haberlo pasado por el segundo cáncamo.

Los dos hombres, naturalmente, le oyeron entonces. Barton se lanzó hacia la puerta, con la intención de abrirla. No consiguió nada. Sólo percibió el golpeteo del candado contra la madera.

—¿Quién está ahí? —gritó Barton, furioso, dando unos puñetazos en el mamparo—. ¡No pueden dejarnos aquí dentro encerrados!

—Soy yo, señores: Kit —contestó el chico—. Querían ustedes hacer de mí su prisionero, ¿eh? ¿Qué? ¿Qué impresión les produce esto? ¡Espero que los camarotes les parezcan suficiente amplios para los dos!

Barton y Paul miraron a su alrededor. Primeramente pensaron en abrir mediante unas cuantas patadas los ventanillos, pero éstos eran demasiado pequeños para permitir el paso de una persona mayor. Pues sí... Habían caído en una especie de trampa. Barton, fuera de sí, se lanzó de nuevo sobre la puerta, aporreándola brutalmente con verdadera ira.

—¿Quiere hacerme el favor de estarse quieto? —le dijo Paul—. Está usted haciendo algún ruido de más. Déjeme hablar con Kit.

Pero el chico no estaba dispuesto a escuchar nada de lo que su tío pudiera decirle. Sentóse en la cubierta. Latíale el corazón de prisa, a causa del gozo que le producía haber logrado capturar con tanta sencillez a sus enemigos. ¡Qué sorpresa se iba a

llevar Robin cuando apareciera por allí!

«Esperaré a que llegue Robin», se dijo el chico. «Seguro que vendrá esta noche. Luego le diré que telefonee a la policía. Yo cuidaré del señor Barton y de mi tío hasta la aparición de ésta. ¡Vaya escándalo que están armando! Confío en que no conseguirán romper la puerta».

Fue una suerte que «El Cisne Negro», en su último fondeadero, quedase lejos de la casa. De otro modo los ocupantes de la misma hubieran oído los golpes y el griterío de los prisioneros. Kit se sintió preocupado al pensar en la fortaleza de sus frustrados secuestradores. En la buhardilla habían echado abajo la puerta sin mucho trabajo. Sí continuaban por algunos minutos más laborando por su liberación con aquel ardor quizá lograrían escapar. Menos mal que ya estaba oscureciendo y en caso de necesidad podría esconderse en cualquier sitio, de momento. Kit no tenía miedo... Simplemente, ansiaba que Robin llegara a tiempo. ¡Qué estupenda idea la suya al encerrarles allí dentro!

Sentado en la cubierta, Kit veía cómo lentamente las aguas del río iban tomando un tinte sombrío. Aguzó el oído, esperando sorprender, procedente de la lejanía, algún sonido que le anunciara el acercamiento de una embarcación.

¡Oh! ¡Ojalá llegara Robin a tiempo! ¡Quizá le acompañase el Dragón! ¡Y cómo se reiría al ver al huraño señor Barton encerrado en un camarote, en compañía del malvado tío del chico!

Kit se irguió, en un gesto que recordaba el de un perro al percibir un ruido sospechoso a lo lejos. Estaba seguro de haber acabado de escuchar el característico «chop-chop» de los remos. La oscuridad se había acentuado tanto ahora que Kit sólo alcanzaba a ver las cosas más inmediatas a él. Forzó la vista, intentando distinguir algún movimiento a la entrada del remanso...

Súbitamente vio algo que tomaba cuerpo entre las sombras. En aquella embarcación parecía haber mucha gente. A bordo se encontraba un hombre, de eso no cabía la menor duda. Kit se levantó sin hacer ruido. ¿Seguro que los que viajaban en aquel bote eran sus amigos? Tenía que verlo. ¿Y si se trataba de un grupo de desconocidos que habían ido allí de excursión? Corría el peligro de que oyeran los golpes y las voces de los prisioneros y que se empeñaran después en ponerlos en libertad. Kit decidió volver a sentarse en silencio. No les llamaría. Existía la posibilidad de que atracaran en una orilla apartada. Lo más probable era que no vieran «El Cisne Negro», oculto como estaba entre las ramas de los sauces.





En aquel preciso instante, los prisioneros empezaron a gritar otra vez. Los que remaban, en el bote, se quedaron parados un momento. El bote pasó suavemente, junto a la embarcación, grande...

Y después, súbitamente Kit sintió que alguien le cogía firmemente por los hombros, zarandeándole con violencia.

—¡Ya tengo a uno de ellos! —gritó el desconocido—. ¡Enciende una linterna! ¡Rápido!

## Buenas noticias para Kit

Después de haberse ido el padre de Kit a telefonar los chicos se sentaron, esperando al Dragón. El señor Armstrong regresó en seguida, muy sonriente.

—La policía ha escuchado con mucho interés cuanto tenía que decirles —manifestó—. Ahora mismo salen en un coche los agentes en dirección a la casa que vosotros me describisteis. Les notifiqué que nosotros iríamos por el río, para impedir que esos hombres lo utilizaran para huir. Será mejor que tú me acompañes, Robin, ya que yo ignoro la ruta a seguir.

—Nosotras iremos también —dijo Betty, apoyada por un gesto de asentimiento de Lucy.

—No, vosotras os quedaréis aquí —repuso Robin.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Lucy, fieramente—. Últimamente, de los tres tú has sido el único que se ha divertido. Y mientras, nosotras hemos estado por aquí, aburriéndonos. Pues sabrás que aunque te opongas te acompañaremos.

—Como yo misma pienso ir, creo que la presencia de las dos chicas está justificada —declaró inesperadamente el Dragón—. La verdad es que tengo ganas de ver a Kit. Partiremos ahora, ¿no, Peter? Está oscureciendo.

—Sí. Tendremos que irnos inmediatamente —contestó el señor Armstrong—. ¡En marcha! Tú delante, Robin.

Pasaron al jardín de aquél, llegando después al fondo del mismo. Seguidamente abrieron la puerta del recinto y tras cruzar unos prados alcanzaron la orilla del río.

Acomodáronse en el bote. Robin soltó la amarra y le dio un empujón. La pequeña embarcación se deslizaba por el agua un tanto sobrecargada. Iban a bordo cinco personas... y un perro. Porque «Sandy», naturalmente, habíase unido a la expedición. Él no quería perderse nada.

—Espero que encontremos a Kit sin novedad —dijo el señor Armstrong, algo inquieto—. No quiero ni pensarlo... Ese chico se encuentra prácticamente en manos de sus enemigos. Podrían localizarle en cualquier momento.

—Estoy seguro de que Kit se hallaba perfectamente —opinó Robin—. Su hijo es un chico muy inteligente, señor Armstrong. Oiga... Lamento haber sido tan brusco con usted aquella vez que nos encontramos en el establecimiento del poblado. Tiene que perdonármelo. Yo no cesaba de pensar en su malvado tío. La verdad es que al verle rondando por allí, formulando preguntas, pensé que pudiera ser usted él.

—Pues es cierto que me trataste con alguna rudeza —manifestó el señor Armstrong, remando con todas sus fuerzas—. Me alejé de aquí entonces. Estaba seguro de que en Faldham no habían escondido ningún niño. Creí haberme equivocado de lugar y fui a otro que tiene idéntica denominación. Pero pronto averigüé que mis señas iniciales eran buenas, apresurándome a regresar.

—¡Supongo que ahora la persona rica es usted y no Kit! —dijo Lucy.

—Supones bien, pequeña —respondió el señor Armstrong—. Claro que a Paul le

costará más trabajo secuestrarme a mí que a Kit.

—Ya estamos pasando frente a nuestra pequeña isla —señaló Lucy, aguzando la vista, pues era ya aquél el momento del crepúsculo—. Pronto nos encontraremos frente a la casa solitaria, por donde se hallaba antes «El Cisne Negro».

—Entonces no levantéis la voz —aconsejó el padre de Kit—. Ya sabéis que los sonidos, sobre el agua, se perciben a bastante distancia. Hemos de impedir que esos hombres adviertan nuestro progresivo acercamiento de encontrarse por ahí.

Todo el mundo guardó silencio. Dejaron atrás el sitio en que estuviera emplazado «El Cisne Negro», dirigiéndose hacia la entrada del remanso. Ya no se veía muy bien, pero Robin, con gran habilidad, consiguió guiar el bote hasta aquél.

—¿Dónde está la casa embarcación? —preguntó en un susurro el señor Armstrong.

—Se esconde entre las ramas de aquellos dos enormes sauces —contestó Robin en el mismo tono de voz—. Desde aquí no se ven más que dos grandes masas oscuras. ¡Eh! ¿Qué es eso?



Alguien gritaba. Las voces, al parecer, procedían del «Cisne Negro». Luego oyeron golpes. El señor Armstrong dejó de remar. Todos prestaron atención.

—¡Señor Armstrong! ¡Yo creo que esa gente ha logrado encerrar a Kit en los

camarotes! —siseó Robin, asustado—. El que grita pide auxilio. Claro que las voces que se perciben son muy confusas... Alguien debe estar en estos instantes tras una puerta, dando golpes en ella, intentando salir de las cabinas. ¡Oh, Dios mío! ¡Espero que no le haya sucedido nada a Kit!

—Veamos... Pasaremos junto a la embarcación para atracar más arriba —dijo el padre de Kit—. Seguramente, esos tipos han dejado a alguien de guardia en la puerta...

—Debe ser así, hemos de procurar que no se den cuenta de que estamos aquí. Ahora..., ¡todo el mundo a guardar silencio!

Muy sigilosamente, desde luego, con sólo un levísimo chapoteo de los remos, el bote se deslizó por las inmediaciones del «Cisne Negro», dirigiéndose al lado opuesto. El señor Armstrong siguió remando un poco más y después giró hacia la orilla. La proa del bote se hundió en una masa de espesas y altas hierbas. El padre de Kit saltó a tierra, buscó el árbol más próximo y sujetó la amarra al tronco.

—Tú me acompañarás, Robin —susurró el señor Armstrong—. Las chicas se quedarán ahí, con la señorita Taylor. Cuidado con hacer el menor ruido.

El hombre y el niño echaron a andar en dirección a los grandes sauces, entre cuyas ramas se hallaba escondida la casa embarcación. Una vez junto a ésta, el padre de Kit examinó atentamente la cubierta.

—Ahí hay alguien sentado —susurró al oído de Robin—. Han apostado un centinela, me imagino. Bien. Me abalanzaré sobre él, inmovilizándole. Inmediatamente, intentaremos rescatar a Kit.

No sabía que era el propio Kit quien se hallaba sentado allí, atento a sus dos prisioneros, que en aquel instante guardaban silencio. Peter Armstrong trepó a la cubierta con tanto sigilo que Kit no percibía el menor sonido. Luego, de un salto, aquél se arrojó sobre el niño, con tanta precisión y fuerza que Kit no acertó a hacer ningún movimiento.

—¡Ya tengo a uno de ellos! —gritó volviendo la cabeza hacia Robin el señor Armstrong—. ¡Enciende una linterna!

—¿Quién es usted? ¡Déjeme! —rugió Kit, redoblando sus esfuerzos por librarse de su atacante.

El chico pensaba, naturalmente, que aquél debía ser uno de los hombres de la casa cercana. Debatíase fieramente, pero aquel individuo le sujetaba con demasiada fuerza para que pudiera escabullirse.

—¡Déjeme usted! ¡Déjeme! —gritó de nuevo.

Robin conoció al instante la voz de Kit, chillando en seguida:

—¡Suéltele, señor! ¡Suéltele! ¡Es Kit!

Pero con los gritos del pequeño americano el señor Armstrong no oyó las voces de su amigo Robin. Después, advirtiendo que no tenía por qué temer al individuo que acababa de apresar, el cual le había parecido de muy pequeña talla, Peter alargó una mano, en demanda de la linterna de Robin. A continuación dirigió el haz luminoso

sobre el rostro de su menudo adversario.

La lechosa luz reveló una expresión ceñuda en la faz de Kit. El señor Armstrong se quedó helado. ¡Pero si aquél era Kit, su hijo! De su garganta salió un espontáneo grito de alegría.

—¡Kit! ¿Eres tú, hijo mío? ¿Estás bien? ¡Oh, Kit! ¡Por fin he logrado encontrarte!

El corazón de Kit latía muy de prisa. Aquélla era la voz de su padre, que aún recordaba muy bien. Pero..., ¿cómo podía ser esto? Su padre había muerto. Robin se apresuró a dirigirle la palabra.

—¡Kit! ¡Es tu padre! ¡De veras! Visitó la casa esta noche, hablando con el Dragón... No murió carbonizado en aquel accidente de aviación. ¡Vive! ¿No lo ves?



Kit se irguió. Padre e hijo se contemplaron en la semioscuridad del lugar. El pequeño, por fin, pasó los brazos en torno a la cintura de aquél, apoyando la cabeza en su pecho.

—¡Papá! —exclamó con un ahogado sollozo—. ¡No puedo creerlo!

—¡Pues es verdad, hijo mío! —respondió su padre, abrazándole más estrechamente—. ¡No sabía que fueras tú cuando me lancé sobre ti! ¡Pensé que estabas encerrado en un camarote, que eras tú quien gritaba!

Las voces y los golpes comenzaron a oírse de nuevo. Robin miró a Kit.

—¿Quién está ahí? —preguntó, sorprendido.

—El señor Barton y mi querido tío Paul —respondió Kit, muy orgulloso—. Subieron a bordo para comprobar si yo me encontraba aquí. Esperé a que entraran en los camarotes y conseguí dejarlos encerrados. Hasta utilicé el mismo candado que habían preparado pensando en mí.

—¡Muy bien, Kit! —exclamó Robin, encantado—. ¡Qué hazaña la tuya al capturarlos!

—Tendremos que hacer venir a la policía para que se haga cargo de esta gente —



sugirió el señor Armstrong, todavía con uno de sus brazos alrededor de los hombros de su hijo—. No sé si yo solo hubiera podido hacerme con esos tipos. Vamos... Tenemos que ver si los agentes han llegado ya. Hace rato que telefoneé.

—Iré a ver al Dragón y a las chicas para contarles lo que estamos haciendo —dijo Robin, quien sabía que Betty y Lucy se quejarían amargamente por haber sido privadas de aquel espectáculo y la diversión consiguiente—. No tardaré, señor Armstrong. Me uniré a usted más tarde. Conozco el camino que conduce a la casa.

Robin se encaminó al sitio en que esperaba la señorita Taylor, acompañada de Betty y Lucy, mientras que el señor Armstrong y su hijo se dirigieron a la casa, para ver si, por casualidad, estaba la policía allí. En pocas palabras, Robin puso al corriente a las tres de los últimos acontecimientos.

—Así es como mi amigo logró capturar a esos dos individuos —terminó—. ¿Verdad que Kit es un chico maravilloso?

En este instante, procedente del «Cisne Negro», se oyó un gran estruendo. Los dos prisioneros realizaban un esfuerzo decisivo para liberarse. Evidentemente, habían unido sus fuerzas. Debían estar actuando como verdaderas catapultas, lanzándose contra la puerta, con la esperanza de derribarla.

La puerta no tardó en desprenderse de sus goznes y luego cedió, quedando colgada del marco por el candado y lo que restaba de la cerradura.

—¡Se han escapado!

Al tiempo que aullaba, más que gritaba, las anteriores palabras, Robin echó a correr hacia la embarcación. No le movía ningún propósito concreto en estos momentos. Desde luego, él solo no sería capaz de detener a los dos hombres. Ésta era una cosa que ya daba por descontado.

Barton y Paul corrían para esconderse. Sabían que la casa que el segundo alquilara al señor Cunningham no les ofrecía la menor seguridad. Perdiéronse entre los grandes matorrales de las cercanías. Ya no se les veía. No se percibía tampoco ningún ruido. ¿No era esto, verdaderamente, una racha de mala suerte para los que de un modo directo o indirecto habían logrado por breve tiempo tenerlos a buen recaudo?

Robin estaba desolado.

—Confío en que no podrán alejarse mucho de estos parajes —dijo—. ¡Eh! ¿Qué significa eso? ¡Lucy! Haz el favor de regresar inmediatamente al bote.

Lucy se apresuró a explicarse.

—Me he traído a «Sandy». Si yo se lo mando seguirá el rastro de esos dos hombres guiándose por su olfato. ¡Oh, Robin! ¡Mira! ¿Son esas personas que se acercan los policías?

No se equivocaba. Tres hombres descendían por el prado, en compañía del señor Armstrong y Kit. Les hicieron unas señas...

—¡Eh! ¿Qué fue ese ruido?

—¡Los prisioneros se han escapado! —gimió Robin—. Se han escondido entre

las malezas, no sé dónde exactamente. Nos va a costar trabajo dar con ellos.

—¡«Sandy»! ¡Vamos, precioso, dedícate a cazar conejos, conejos muy grandes! —dijo Lucy, dirigiéndose al nervioso «foxterrier». ¡Vamos, pequeño!

«Sandy» salió disparado. Estaba seguro de que lo que su dueña deseaba era que localizase a los dos hombres que acababan de huir. Aplicó casi sus hocicos al piso y se dejó guiar por el olor de los dos hombres. ¡Si alguien daba con ellos éste tenía que ser «Sandy»!

## En casa de nuevo... ¡Y reunión de cumpleaños!

Todos se quedaron inmóviles, esperando a que el perro ladrara. Repetidamente le oyeron:

—¡Guauu! ¡Guauu! ¡Guauu!

—¡Les ha encontrado! —exclamó Lucy, complacida—. ¡Este «Sandy» es maravilloso!

El policía echó a andar en dirección al perro. Éste se había situado a escasa distancia de unos espesos matorrales y continuaba ladrando. El agente observó que la hierba aparecía pisoteada por los alrededores, adivinando entonces que los hombres se encontraban allí.

—Si no salen de ahí voluntariamente les sacaremos a la fuerza —les advirtió el inspector.

Hubo unos momentos de silencio. Y luego los dos hombres se dejaron ver. Los focos de las linternas de los agentes revelaron un par de rostros de agria expresión...

—Nosotros regresaremos a la casa —dijo el inspector—. Háganse cargo de estos hombres —añadió, dirigiéndose a sus subordinados.

Cada policía se ocupó de un prisionero y el grupo remontó el prado, encaminándose a la casa. La vieja se quedó atónita al verles; no podía imaginarse que era lo que había pasado.

—¿Qué va a suceder ahora? Sí... ¿Qué va a suceder? Esto desconcierta a cualquiera. Mañana daré cuenta de ello...

Pero nadie reparó en la anciana. Los dos prisioneros fueron obligados a enfrentarse con el inspector y entonces el tío de Kit dio un grito. Había visto de pronto al padre el chico.

—¡Peter! ¡No! ¡No puede ser Peter! Pero, en ese caso, de no ser él, ¿quién es? ¡Peter murió!

—No, Peter no murió —repuso el señor Armstrong con voz tranquila y fría—. Está vivo y bien vivo. ¡Y te va a ajustar las cuentas, Paul, por el trato que has dado a su hijo!

Paul se puso muy pálido. A cualquier otra persona hubiera podido mentirle, pero no al padre de Kit, quien le conocía desde hacía bastantes años, quien sabía de sus censurables métodos. Era su hermanastro y desde bien joven había mostrado malas inclinaciones. Bajó los ojos y no dijo nada.



—En cuanto a usted —agregó el padre de Kit, mirando a Barton—, le diré que se ha portado como un canalla. Se hizo cargo del chico, a cambio de cierta suma de dinero... luego entró en negociaciones con los raptores del niño. Tenga la seguridad de que no descansaré hasta que se le haya castigado como merece. Dé por descontado que no volverá usted nunca más a acercarse a ningún joven en plan de profesor.

Al señor Barton no se le ocurría nada... Jamás había sido cariñoso con Kit. No podía esperar, pues, que aquél saliera en su defensa. Estaba recogiendo los frutos a que se había hecho acreedor por su mala conducta. El hombre permaneció inmóvil, muy serio, mirando de vez en cuando con enojo al Dragón.

El inspector hizo una seña a los dos agentes para que sacaran de la casa a los detenidos.

—Ahí fuera tenemos un coche —anunció—. ¿Podríamos vernos de nuevo por la mañana, señor? Gracias.

Los agentes apremiaron al señor Barton y al tío de Kit camino de la salida. Los chicos oyeron sucesivamente el golpe de la puerta de la casa y luego de la portezuela del coche. Éste se puso en marcha, perdiéndose más tarde con un rugido en la oscuridad de la noche, rumbo a la prisión.

—Ahí se acabó su historia —comentó Lucy, refiriéndose a los dos hombres—. ¡Oh, Kit! ¿Estás contento de volver a ver a tu padre?

—¡Ya lo creo, Lucy! —exclamó el chico, que no se había apartado un instante de aquél.

Le costaba trabajo creer que su padre pudiera hallarse allí. Ya tenía compañía, ya tenía quien cuidaría de él. ¡Estaba viviendo unos momentos maravillosos!

Betty bostezó.

—Debierais estar todos en cama ya —dijo el Dragón—. Vámonos. Tenemos que regresar.

—Acabo de cruzar unas palabras con la anciana encargada de la casa —manifestó el señor Armstrong—. La pobre es incapaz de comprender qué es lo que ha ocurrido.

—Aquí había otro hombre... —dijo Robin, pensativo.

—Le echaremos mano también, indudablemente —contestó el señor Armstrong.

Éste se acercó a continuación a la vieja. Ella le acogió con un gruñido. Escuchaba a su interlocutor sin cesar de mover enérgicamente la cabeza.

—¡Qué cosas tan extrañas suceden hoy! Me alegro de que el señor Cunningham haya regresado del extranjero. Habrá de enterarse de todo esto. Estaba decidida a telefonarle y lo hubiera hecho... ¡de haber sabido cómo se manejaba el chisme!

—No se preocupe, señora. Seré yo quien telefonee. ¿Cuál es el número del señor Cunningham? ¿Lo sabe usted?



Al poco, el padre de Kit se había puesto en comunicación con aquél. El señor Cunningham se mostró extraordinariamente asombrado al enterarse de lo que había pasado en su casa flotante.

—Mañana iré por ahí —prometió—. Nos encontraremos en «El Cisne Negro», ¿le parece bien? ¡Dios mío! ¡Acabo de acordarme ahora mismo! ¡Es el día de mi cumpleaños! ¡Dígale a Lucy que llevaré un pastel! No será tan rico como el suyo, pero estoy seguro de que le gustará. Podemos reunirnos a las once, para dar buena cuenta de él y beber un poco de cerveza.

—¡Oh, qué estupendo! —Exclamaron los chicos.

—Ahora sí que podremos hacer lo que nos plazca con «El Cisne Negro» —aventuró Betty.

Regresaron a casa en el bote. Estaban cansados, nerviosos. Tenían sueño. La madre de Robin y Betty se hallaba un tanto intranquila por su ausencia. Luego, al ver al padre de Kit, a éste y al Dragón, se quedó atónita.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

—¡Oh, mamá! ¿No recuerdas haber oído hablar de un chico llamado Sammy, que era mudo? —le preguntó Robin—. Pues aquí lo tienes.

—¿Cómo está usted, señora? —dijo Kit tendiéndole la mano.

—¡Este niño no es mudo!

Todos se echaron a reír. Luego se acomodaron para charlar un rato. Muy asombrada también, la madre de Robin escuchó el relato completo de la aventura de las dos jóvenes parejas.

—¡Pensar que todo esto ha ocurrido delante de mis narices, sin que yo llegara a darme cuenta de nada! —comentó la buena señora, cómicamente enfadada—. Vaya, vaya... Menos mal que todo ha salido bien. Habréis vivido momentos de verdadero apuro, especialmente Kit.

—¡Oh, no, señora! Quienes se han visto apurados han sido los otros, al enfrentarse con unos chicos del temple de los suyos —respondió el señor Armstrong, soltando la carcajada—. Bueno, Kit está agotado. Tendrá que acostarse. Buenas noches. ¡Hasta mañana, chicos!

El Dragón, el señor Armstrong y Kit se fueron a su casa. La madre de Robin empezó a batallar con sus hijos y su sobrina, que no querían irse a la cama de ninguna manera.

—¡Yo quiero seguir aquí, hablando hasta que den las doce! —dijo Lucy.

Pero nada más caer en sus lechos se quedaron dormidos como troncos y no se despertaron hasta que el golpe de gong del desayuno resonó por toda la casa.

—Hoy es la reunión de cumpleaños del señor Cunningham —recordó Lucy a sus primos—. Espero que se haya hecho un buen pastel. Va a ser divertidísimo contárselo todo.

A las once se encontraron a bordo del «Cisne Negro». El señor Cunningham les aguardaba ya, mostrándose tan amable como siempre. Sobre una mesa había sido colocado el pastel de cumpleaños más grande que los niños habían podido ver en su vida. En realidad era enorme. Por encima tenía una capa de azúcar blanco y rosa.

—¡No hay velitas! —exclamó Lucy, asombrada.

—Tengo ya muchos años —dijo el señor Cunningham—. Cuarenta y dos, concretamente. Son demasiadas velas para un pastel.

—Pues de viejo no tiene usted nada —manifestó Betty—. No importaría nada eso, además es usted muy simpático.

—Gracias —repuso el señor Cunningham—. Bueno, ¿quién quiere la primera tajada? ¡«Sandy»! ¡Oh! ¡Un perro que saborea pasteles de cumpleaños, en compañía de su dueña! ¡Quieto, «Sandy»! Ya llegará tu turno. ¡Primero las damas, por favor! ¡Robin! ¡Ocúpate de la cerveza! He introducido las botellas en un gran cubo de hielo, para que nos pudiéramos beber aquélla fresca. El cubo está dentro del camarote.

¡Vaya festín! Jamás se habían enfrentado los chicos con unas tajadas de pastel más grandes. Y la cerveza estaba tan fría que tenían las gargantas heladas. Casi era

molesta aquella sensación. Pero, como dijo Lucy, «se trataba de una molestia agradable».

El señor Cunningham escuchó el relato de la aventura desde el principio hasta el fin con atención, inspeccionando luego la puerta que había sido deteriorada la noche anterior.

—Ése ha sido el único daño que estos chicos han causado —dijo solemnemente, dirigiéndose al señor Armstrong—. Son admirables. Tanto que estoy pensando en venderles «El Cisne Negro».

Robin, Betty y Lucy, así como Kit, estudiaron atentamente el rostro del señor Cunningham.

—¿Qué quiere usted decir, señor Cunningham? —preguntó por último Robin.

—Pues... La verdad es que, ¿para qué quiero yo esto? Vosotros, en cambio, habéis sabido darle aplicación, pues incluso habéis llegado a utilizar «El Cisne Negro» como prisión... No. No creo que sea un disparate venderos mi casa Flotante.

—Y a nosotros nos gustaría comprársela, señor... Sin embargo, ¿qué va usted a pedir por ella? —preguntó Robin, con alguna ansiedad—. De momento no dispongo más que de cinco chelines, los que llevo en el bolsillo. Claro que en el Banco tengo más dinero...

—No voy a pedir mucho por «El Cisne Negro». Os diré una cosa. He pensado trasladarme a esta casa de las cercanías del río. Si vosotros estáis dispuestos a comprarme la embarcación yo os la cederé con una condición: habréis de pagármela haciéndome, por lo menos, cincuenta y dos visitas en el plazo de un año. ¿Estimáis que es pedir mucho eso?



Los chicos habían estado esperando que dijese «cincuenta y dos libras». Ahora se

sentían profundamente encantados.

—Pero... Una visita, ¿qué valor puede tener? —dijo Lucy por fin—. Nosotros le visitaremos a usted por nada.

—Pues ése es el pago que yo exijo —declaró el señor Cunningham solemnemente—. ¿Cerramos el trato o no?

—¡Oh, sí! —respondió Betty, desbordante de alegría.

¡Sería estupendo ir a ver a señor Cunningham una vez por semana! ¡Como siempre había sido tan amable con ellos!... Y luego, disfrutar del «Cisne Negro» a sus anchas, como lo que iba a ser, una propiedad privada, era una perspectiva sumamente atrayente. Dormirían en la casa embarcación siempre que se les antojase, pasarían en ella, prácticamente, sus vacaciones.

—Tendrá Kit su parte también en nuestro «Cisne Negro», ¿verdad? —quiso saber Betty.

—Naturalmente —respondió el señor Cunningham—. Aunque supongo que no tardará en regresar a América con su padre. ¿Es así, señor Armstrong?

—Pasaré aquí el resto de sus vacaciones —repuso aquél. Los chicos profirieron unas cuantas exclamaciones que denotaban su alegría—. Después ya veremos... Ya que me encuentro en Inglaterra desearía conocer el país mejor. Estimaría mucho, señor Cunningham, que en el futuro, cada vez que se traslade usted a América se molestase en visitar mi casa.

Estaban pasando un rato delicioso. La ración de pastel fue doble, incluso para «Sandy». La cerveza se sirvió sin tasa. Más tarde los chicos se despidieron del señor Cunningham, prometiéndole hacerle una visita tan pronto les fuese posible.

—¡Procurad no retrasaros en vuestros pagos! —gritó desde la borda del «Cisne Negro» su amigo.

—¡Descuide usted, señor Cunningham! ¡Procuraremos ser puntuales!

Todo eran gestos y ademanes de adiós...

Robin dijo:

—¿Queréis creer que siento que haya llegado a su fin esta aventura?

—Yo no —respondió Kit—. ¡Oh, papá! ¡Es estupendo esto de volver a tenerte a mi lado! ¡Es que aún no me he hecho a la idea de que pueda ser cierto!

—Me hago cargo de tus sentimientos, querido —replicó su padre, sonriendo—. Vamos a pasarlo bien juntos, Kit. ¡Ya lo verás!

—¡«El Cisne Negro» es nuestro! —exclamó Lucy—. ¿No es eso una grandiosa suerte? ¡Oh, qué afortunados hemos sido!

—¡Vamos a pasar unos ratos maravillosos en esa casa flotante! —señaló Betty.

La hermana de Robin no se equivocaba en su suposición. En efecto, «El Cisne Negro» fue desde aquel día el centro de sus actividades durante el gozoso período de las vacaciones.





**Fin**



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.